

LICENCIADO PERALTA

---

# Carnet de un Filósofo de Antaño

---

Anécdotas y Episodios  
de relativo interés y útil enseñanza,  
narrados por el mismo

---

TOMO PRIMERO

---

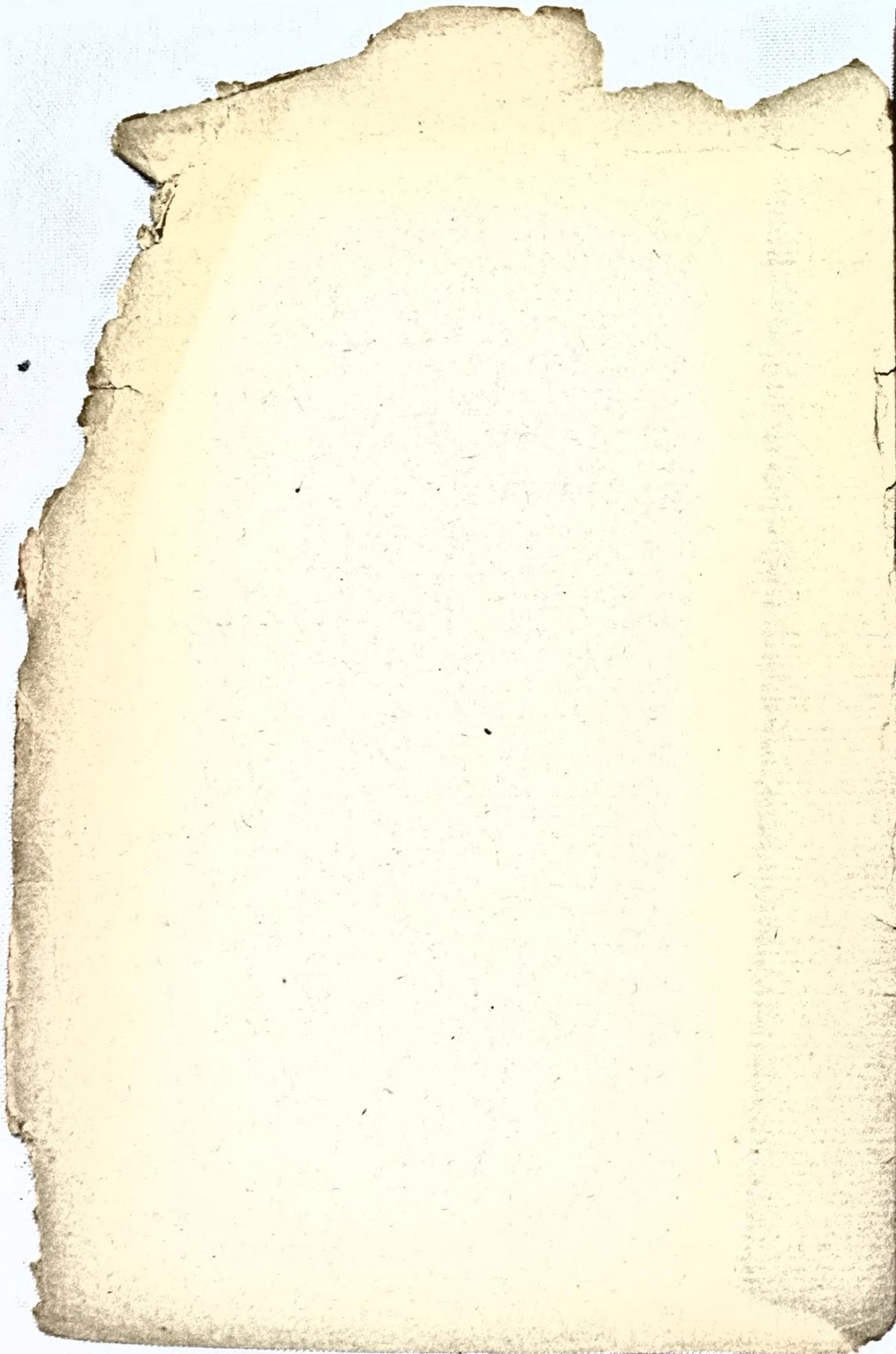
MONTEVIDEO

---

Imp. «El Siglo Ilustrado», de Gregorio V. Mariño

938 — Calle San José — 938

1917



CARNET DE UN FILÓSOFO DE ANTAÑO

---

26



LICENCIADO PERALTA

---

# Carnet de un Filósofo de Antaño

---

Anécdotas y Episodios  
de relativo interés y útil enseñanza,  
narrados por el mismo

---

TOMO PRIMERO

---

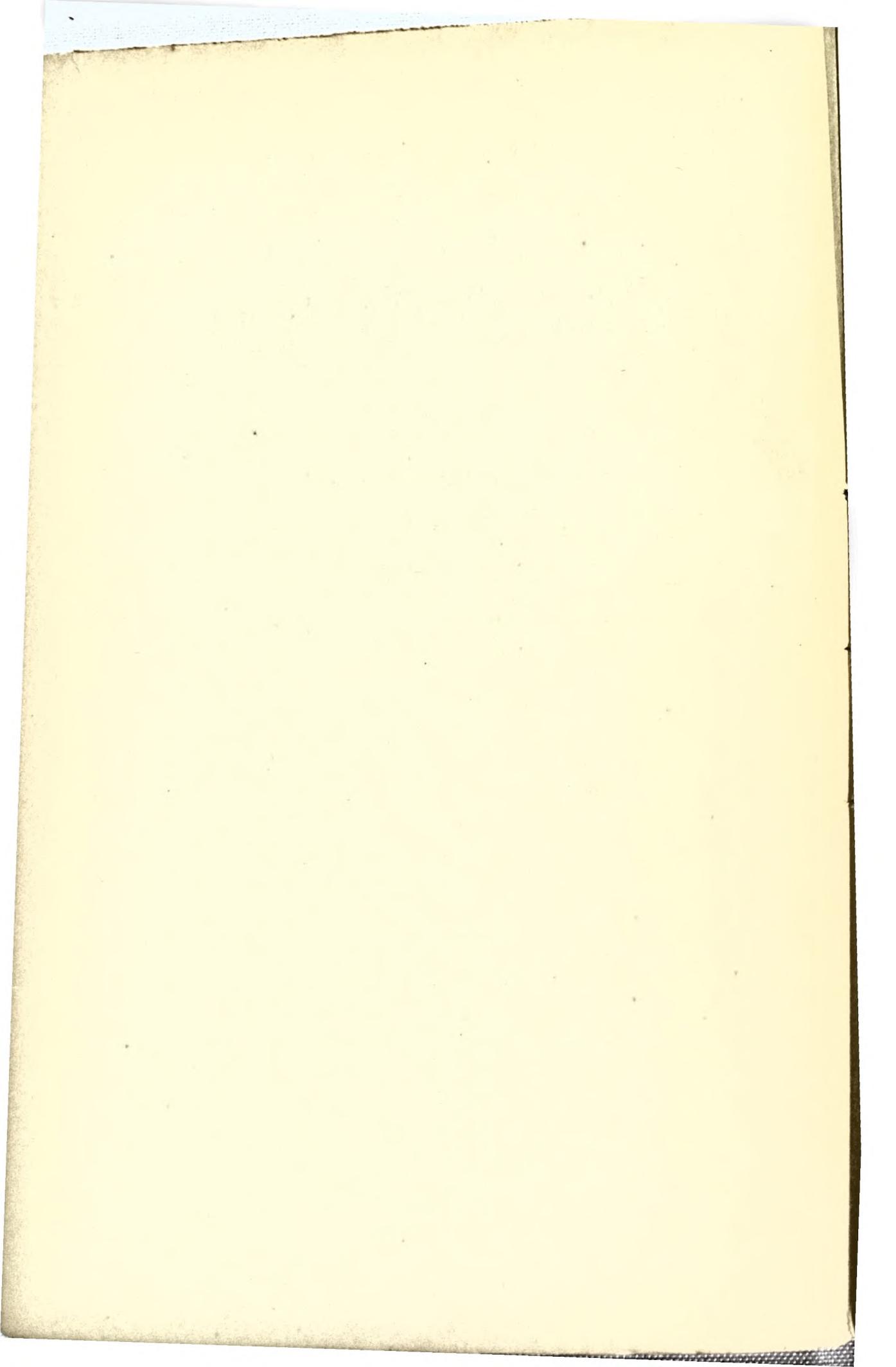
MONTEVIDEO

---

*Imp. «El Siglo Ilustrado», de Gregorio V. Mariño*

938 -- Calle San José -- 938

1917



## PRÓLOGO

### I

Permítaseme rectificar, pues el lector está en un grave error: yo no soy chileno, sino peruano, y para hablar con mayor precisión, diré que soy limeño, aunque educado aquí y en el Japón, ese país de hombres de pequeña estatura, de manos y pies de mujer; país en el cual no se encuentra un narigón para remedio, pero en el que, por el contrario, se encuentran ñatos, y reunidas en éstos la inteligencia, la agudeza de ingenio y el tesón, con el patriotismo, el amor al trabajo y el valor personal.

Tampoco soy soltero, como se cree, sino jefe de familia, pero... *in nomine*, porque, aunque casado, no tengo ni he tenido hijos ni... entenados, encontrándome, por el hecho, en igual caso que un tesorero sin plata o un pregonero sin voz, según la frase del festivo poeta don Francisco Acuña de Figueroa.

Soy, en fin, y para decirlo todo, una especie de profesional sin profesión, esto es; soy Peralta,

graduado en filosofía... a secas, como si dijera *in partibus*, no habiendo llegado a serlo en otra cosa, que más me hubiese valido, por terco y empecinado.

Con lo poco que dejó dicho, me parece que ya se sabe lo que soy al presente, aunque reste saberse lo que he sido en mi pasado y no se vea muy claro lo que pueda llegar a ser en lo futuro, pero euenten con que no tardará en despejarse la incógnita.

## II

Del estudio que hice en las aulas, y después de oirme titular "joven laureado", tanto de los filósofos de todas las épocas y escuelas, como de los distintos sistemas que los distinguieron; engolfado en las teorías filosóficas y en el análisis insistente de los problemas que se me ofrecieron en la contemplación de la naturaleza, etc., etc., no saqué otra cosa en limpio, que los elementos necesarios para regentear en 1860 el aula de psicología en la Universidad de Yedo, con un pequeño sueldo, apenas bastante para comer discretamente, que es como si dijéramos, comer poco, aunque... olvidaba, que con este método impuesto por las circunstancias, conseguí otra cosa, y fué... hacer bien la digestión, eficaz preservativo, pues ya en aquel tiempo se conocían las malas partidas del *apéndice*, bien que, con el sencillo nombre de cólicos cerrados... o abiertos, que tanto da.

## III

Con todo, era preciso ser consecuente con el título académico de licenciado en filosofía, título bonito y tan *liviano*, que raya en vaporoso.

El, constituía entonces todo mi capital, y no sabiendo por dónde dar principio, traté de orientarme y darme cuenta de cuál era la verdadera misión que me cabía en medio de tanta filosofía, de tanto sistema y de tanta retórica, frente al cúmulo de necesidades y apremios de la vida.

A pesar de meditar profundamente sobre estas cosas inmateriales y poco tangibles, no supe apreciarlas, y encontrándome tan liviano y vaporoso con mi título, poco a poco empecé a olvidar los apremios de la vida y a elevarme... presa de extraña y poderosa sugestión... a elevarme en alas de mi propia fantasía, concluyendo después de mil revoloteos y planeando de aquí para allá, a estilo de improvisado aviador, por perderme de vista en las regiones aéreas, de las cuales tuve que descender algunas veces, y a mi pesar, por urgencias apremiantes, propias de los que, irreflexivamente, se alejan demasiado del centro de los recursos.

Las veces de auxilio de mi mujer, que más de una vez me tomó por loco, no bastaron para llamarme al orden, porque yo, cediendo no sé a qué impulsos fatales, cada vez me desviaba más de la realidad, para entregarme a un cúmulo de quimeras y alucinaciones sistemáticas, más propias de un desequilibrado, que de un cuerdo.

En los primeros tiempos y antes de estos desvaríos lamentables, con quien primero me dió por meterme, y estaba en lo cierto, fué con el *mundo externo*, como que fué lo primero que me impresionó; pero bien pronto empecé a encontrar faltas en todo lo que se ofrecía a mi vista, nada me satisfacía, y hasta el ambiente que me rodeaba parecía indigno de un filósofo de ideas tan elevadas como las mías; así es que, cansado ya de mirar para afuera sin mayor provecho, siempre soñando con un mundo ideal, y seducido por la inscripción del Templo de Delfos, me dió por reconcentrarme en mí mismo y mirar *para adentro*, con el fin de analizarme y conocerme mejor.

#### IV

¡Bien dice el refrán, que los ejemplos, como los consejos, no ayudan a pagar trampas! ¡Vaya con Dios, y qué triste decepción la mía! ¡Más me valiera no haber dado tal paso de conversión, pues me he persuadido de que, efectivamente, como me lo he figurado más de una vez, y se lo han figurado otros, no valgo un pito, ni al derecho ni al revés.

Con razón ha dicho y repetido mi mujer, que siempre me tembló el pulso para todo, al extremo de que, como marido y jefe de familia, no inventé la pólvora, y todo se me fué en alharacas y posturas académicas, y como filósofo, no hice otra cosa, que soñar con problemas psicológicos sin resolver ninguno. Con especialidad, el referente a la averiguación de lo que me convendría hacer para

vivir con decencia y relativa comodidad, ya que con la filosofía no lo había conseguido, yace todavía sobre el tapete, cubierto de polvo y con una piedra encima.

¡Bastante me amonestó Juanita, así se llama mi mujer, dándome consejos y recordándome los de mis amigos, cuando con profunda convicción me decía, hace apenas un año: “no es lo mismo  
“ cantar letanías y entregarse en cuerpo y alma  
“ al espiritualismo y teoría parda de los milagros,  
“ que descender un poco y pensar, que es necesario vivir, porque, aquello de la multiplicación de  
“ los panes y de que los muchachos nacen con uno  
“ debajo del brazo, no es ya de estos tiempos”. Y después, a guisa de salvedad, agregaba: “no quiero decir con esto que en nuestra casa no se coma... ni se beba, porque hay que reconocer, que  
“ hambre, propiamente hambre, no pasamos, aunque alguna vez se trate de algo parecido, que al  
“ fin y al cabo, Peralta... hablemos claro: en las  
“ veinticuatro horas del día, es más lo que filosofamos y ayunamos... que lo que comemos!”

## V

Estas y otras amonestaciones de mi compañera, confirmadas por la vida de privaciones que llevábamos en nuestra primera época de casados, fué poco a poco calmando mis banales entusiasmos, y, más que éstos, mis alucinaciones, hasta que conseguí reaccionar contra ellas formando la resolución de cambiar de ruta; y al fin, echando al dia-

blo los sistemas filosóficos, concluí por decir para mi capote: “la verdad, que demasiado me conozco a la fecha, para que me detenga en contemplarme por más tiempo. Juanita tiene mucha razón: yo tengo forzosamente que descender al mundo material, que es el mundo de todos los hombres de juicio; él ha de darme, lo que no me han dado hasta ahora aquellas recorridas alacadas por las regiones celestes en alas de mi propia fantasía, como lo he dicho antes. Por otra parte, es necesario convencerse, que si en estos países de América, con la filosofía, la música, la pintura, los versos y las flores, se cantan himnos al Sol y se tejen coronas a Venus y a las ninfas que le hacen coro como candidatas para el futuro, por lo general, no se come de lo fino ni se levantan casas de alto, como comen y las levantan los que hablan en prosa y en estilo rancio. ¡Cuánto más te habría valido, Peralta, haberte hecho arquitecto, abogado, médico, contador o dentista! Habrías tenido edificios que levantar y demoler, pleitos que ganar y que perder, enfermos que curar y despenar, mucho que contar, aunque no fuesen pesos, y dientes que sacar y poner; y hasta Juanita y tú mismo, a propósito de esta última profesión, habrían podido cambiar de catadura, que muy bien les habría venido. Estas sí son profesiones... profesiones verdaderas, lucrativas, y que, desempeñadas con honradez y dedicación, te habrían asegurado una posición desahogada y una vida más

“regular y armónica con las costumbres y necesidades sociales”.

## VI

Al fin se hizo la luz, pues estas reflexiones y la última arremetida de mi mujer, lograron vencer mis escrúpulos y vacilaciones, y hace ya cerca de un año, que he cambiado de táctica, siguiendo las inspiraciones de aquélla y estableciéndome para ello en Montevideo.

Como se comprenderá, no puedo estar todavía muy holgado en mi actual situación, porque la crisis ha sido profunda, y lo es hoy mismo en Chile, en donde debuté, en Buenos Aires y aquí mismo. Sin embargo, unido a mi mujer por un propósito común, con pocos antojos ella y yo, y con económico régimen impuesto por las actuales circunstancias, mis finanzas han empezado a mejorar, viniendo así a aflojarse el lazo corredizo que mis errores y siempre las malditas circunstancias, habían ceñido a mi cuello con extremada presión. Ahora, respiro con más libertad, y espero, que cada día me aproximaré más a la solución definitiva que mi mujer y mis amigos han encontrado como remedio a los años malogrados en tareas poco proficuas para mí. En vez de contemplar a diario las regiones celestes, observando el movimiento de los astros y llevar la cuenta de las veleidades del tiempo con todos los accidentes atmosféricos, como Martín Gil y otros, he estado... escribiendo con regular éxito en concepto de algunos de mis lec-

tores y en mi propio concepto e interés pecuniario.

Lo más serio, es que he estado escribiendo y voy a escribir... para el público..., bien que, sin pretensión alguna de mi parte, porque, ni me considero un escritor, ni menos un literato o cosa parecida, ni mi personalidad supera a la de un pobre diablo.

En todo caso, pido disculpa, por más que no hay que olvidar, que la propensión de escribir es mal endémico en todas partes y del que padecen muchos bien intencionados como yo, cuya responsabilidad, en todo caso, podría dispensarse como proveniente de un simple pecado venial.

## VII

No me toca a mí adelantar garantías sobre el mérito de lo que estoy escribiendo, ni sobre lo que voy a escribir, pero las adelantaré sobre que no he escrito ni escribiré un solo renglón concreto sobre política.

Así no más, no aventuro yo mi pequeño capital, ni me arriesgo a la crítica, y más que a la crítica, a predicar en desierto con las decepciones consiguientes, y hasta llegar a malograr el éxito de mi debut, provocando antipatías y odios, tal vez.

Me guardaré, pues, de tamaña indiscreción, pero, en cambio, escribiré sobre otras cosas y pueden estar seguros los que me lean, que entenderán perfectamente lo que diga en estilo sencillo, que

es condición esencial del lenguaje, y con la precisión y claridad que prescribe la retórica.

Es sabido, que hoy día se escribe mucho con auxilio de las enciclopedias, crónicas, diccionarios biográficos, de la conversación y de la historia, rebuscando palabras de uso poco frecuente para dar más golpe, y se escribe también, abundando en retruécanos, en frecuentes metáforas hasta llegar a la hipérbole y sutalizando de tal manera la frase y sentido o alcance que quiere dársele, que los párrafos así preparados, después de muchos rodeos, se hacen nebulosos, oscuros y hasta ininteligibles para el lector, quien se ve entonces en la necesidad de leerlos y releerlos, para poder digerir la especie.

He conocido y conozco a muchos cojos, que cojean de ese pie, sin poder remediar la cojera.

Nada de esto sucederá conmigo, lo aseguro de la manera más formal, echando la modestia a un lado, pues vuelvo a repetir, que hablaré claro y muy claro, sin rendir culto exagerado a las galas de la retórica. Además, procuraré dar interés creciente a mis producciones, a fin de que ellas merezcan el honor de ser leídas desde su principio a su fin, si no por su mérito literario precisamente, por el interés que pueda despertar el tema.

Sin jactancia y sin temor, abrigo la esperanza de conseguirlo, procurando a la vez, que las moralejas y enseñanzas que envuelvan, no se trasluzcan sino cuando, desarrollado el tema en todos sus detalles, surjan las verdades que se han perseguido

y el ejemplo saludable que puedan producir en el propio concepto del lector.

Y a propósito, tal vez a éste se le ocurra preguntarse: ¿Cómo es que este señor Peralta, que no nos ha hablado hasta este momento sino de quién es, de quién ha sido, de qué propósitos está animado, en qué forma y con qué condiciones nos obsequiará en sus escritos, y que hasta nos ha dicho, *sobre lo que no escribirá*—¿cómo es que nada nos dice sobre lo que ha escrito ni sobre lo que ha de escribir?

Tiene mucha razón el lector, y en el capítulo siguiente va a ser satisfecha su pregunta y, con ella, su justa curiosidad.

## VIII

Por supuesto, que no luché poco ni dejé de hacerme violencia, cuando llegó el momento de trazarme nuevo programa de vida y de tareas. Acostumbrado a andarme por las gavias y mirar de arriba para abajo, o no mirar a parte alguna, y a ocuparme de cosas inmateriales, la necesidad de cambiar de orientación, y de estrategia, ha venido a ofrecerme las dificultades, bien que pasajeras, del que cambia de traje, de sombrero o de bastón, porque en estos casos, todas se vuelven molestias y extrañezas. Con todo, mi resolución estaba tomada y la presencia y entereza de mi consorte, por no decir su sola mirada firme a la par que serena, me subyugó e impuso tanto como el gesto habitual de un provisor de provincia, en la

que, muchos comulgan todavía con ruedas de carreta.

Sabido es, que en esta linda tierra no falta sobre qué escribir, pero los asuntos del presente son unos tan complejos, y otros, que se refieren a muchas de las perniciosas costumbres modernas, tan peligrosos para tratarlos, que nos parece prematuro hacerlo, y preferible esperar a que se acentúe un tanto más el efecto de los desengaños que forzosamente tienen que producirse, antes de mucho tiempo.

Así, se abrirá paso con más oportunidad a la crítica imparcial; se hará menos laboriosa la campaña y más posible la reacción contra tanto error y tanta subversión.

## IX

He aquí, pues, la realidad sobre el liberalismo avanzado de nuestras modernas costumbres, cuyas manifestaciones en sentido de la licencia y supresión de los respetos y consideraciones sociales, van ya tomando relieve alarmante.

¿Y qué podríamos decir, en lo relativo a las virtudes ciudadanas, que es cosa más grave, y a los elementos perturbadores de que aquéllas se ven amenazadas?

¿Tendríamos acaso que convenir, en que asistimos actualmente a una espantosa crisis del carácter y de la dignidad personal, como se ha afirmado y se afirma por la prensa? ¿Sería una verdad, que el debilitamiento del carácter, la falta de con-

vicciones y aspiraciones impersonales y elevadas, son las únicas virtudes cívicas del presente?

No adelantaré juicio sobre el particular, porque, para ello, tendría que apartarme de mi programa, rindiendo culto a la política que hoy impera y divide la opinión de los ciudadanos, aparte de que, a mi juicio, se exagera con estas inculpaciones.

Pero, fuere de ello lo que fuere, ¿cómo se combate todo esto y se desarraigan aquellos nuevos hábitos a que me he referido en primer término, cuando recién se empieza a gustar de ellos con el apoyo moral y material de una fuerza superior e inquebrantable?

Desgraciadamente, unos y otros tienen su período de desarrollo y a él tenemos que someternos por el momento, para poder vencer más tarde, porque, así como el organismo humano necesita en ciertas situaciones de un vigoroso perturbador para que haga crisis el mal que lo afecta, del mismo modo hay que esperar más, de un acontecimiento político y social que restablezca el equilibrio perdido, que de una campaña periodística, muchas veces apasionada, que en las presentes circunstancias resultaría ineficaz y destinada a un seguro fracaso.

## X

En la actualidad, pues, y en medio de este festín de Baltasar, a que asistimos desde afuera y cuyo final no se trasluce aún, preguntaré de nuevo: ¿es

hoy oportuno escribir sobre este y otros temas parecidos?

De ninguna manera, al menos en mi humilde concepto, y es por ello, que he decidido prescindir del *presente*, que más bien que a mí, cuadra a la pujanza de los elementos de acción, que quizás con más fe que yo en el éxito, actúan en la prensa política y de propaganda en favor de la democracia, de la elevación del carácter y de las buenas costumbres.

Asimismo, trabajo les mando, y felices de ellos, si logran convencer a alguien haciendo prosélitos, que al fin vengan a comulgar con la misma hostia.

## XI

Entretanto, yo, en esfera más humilde, voy a ocuparme tranquilamente del *pasado*, de esa víctima del ingrato olvido, trayendo a colación muchos recuerdos de antaño, que surgen de anécdotas y episodios más o menos interesantes, ocurridos en Buenos Aires, unos; alguno lejos de aquí, y la mayor parte en Montevideo durante un largo período de años, aunque remotos, y que no dejan de contener enseñanzas útiles, como el lector va a tener ocasión de reconocerlo.

Muchas personas existen todavía en esta capital, que al leer algunas de mis referencias, no podrán menos de recordar sus detalles, y a los mismos protagonistas que en ellas figuren, aunque no aparezcan más que las iniciales de sus nombres, y

esto, no siempre. Además, existen otras, a las que les ha cabido ser actores, como yo mismo, en los sucesos que me veré obligado a historiar: a éstas les sucederá exactamente lo propio, pudiendo deducirse de ello y de lo que dejo expresado en el párrafo anterior, que los temas o asuntos sobre que versarán mis escritos son todos reales, verdaderos, históricos, diré para mejor inteligencia, y sin otra producción original que pueda atribuírseme, que la que haga indispensable su propia narración.

Abril de 1917.

---

## CAPÍTULO I

### En la línea de fuego

---

De cómo la casa de una apreciable señora, confiada y recomendada por otra dama de gran posición social al cuidado y vigilancia de un militar en acción de guerra, fué teatro de una sorpresa que el lector va a tener ocasión de apreciar y calificar en lo que valga.

#### I

Doña Carolina..., en la época a que voy a referirme, contaba de cuarenta y cinco a cincuenta años. Era robusta, retacona, de formas exuberantes, en una palabra, de mucha manga y de resistente empuje. Daba mayor vigor a su sólida personalidad, el color rojizo de su rostro, su mirada penetrante e inquieta, un tanto dulcificada por sonrisa habitual que jamás abandonaba. Agréguese a esto, un bozo pronunciado sobre el labio superior y un lunar al cohete en la mejilla izquierda, y se tendrá copia exacta de su plebeya fisonomía.

No es, pues, de una belleza, ni siquiera de una buena moza, de la que voy a ocuparme, sino de una mujer frescachona y de fisonomía y talante vulgar. Sin embargo, doña Carolina, pertenecía a una apreciable familia, aunque de condición modesta, y en cuanto a su carácter, era comunicativa, expansiva y hasta alegre. Además, era honesta, pero, después de una tan larga carrera en la vida, sin un dragón, ni un percance siquiera, para dar con su media naranja; la pobre ya no sabía qué factor era esa honestidad, ni para qué podía servirle en lo futuro. Por último, no carecía de preparación y hábitos de relativa sociabilidad y gran afición a la lectura, consiguiendo con ella sobrellevar sus soledades en las largas noches de invierno.

Habitaba aislada, y gracias al favor de dos amigas, una humilde vivienda, con la sola compañía de una chinita Goya, de catorce años, y para complemento de desdichas, ubicada aquella primera en la línea avanzada del ejército al mando del general don Manuel Oribe, que, como es sabido, había sitiado esta plaza hacía poco más de dos años.

Con efecto, el 16 de febrero de 1843 y después de su protesta formulada en Buenos Aires, a propósito de los cuatro meses que faltaban cuando abandonó el país, para completar el período constitucional de cuatro años por que había sido proclamado Presidente de la República en marzo de 1835, aparecieron en las cumbres del Cerrito de la Victoria algunas fuerzas pertenecientes a su ejército,

Desde entonces, el Gobierno de la plaza se preocupó de organizar los elementos de fuerza de que disponía y sobre tablas, los escuadrones provisionales de la guarnición, el Regimiento de Caballería núm. 4, el Escuadrón Escolta y los que se hallaban a las órdenes de los comandantes Marcelino Sosa y Francisco Tajés.

En previsión de cualquier ataque en la noche de aquel día, y en los sucesivos, todo estaba preparado en las baterías que existían entonces, como la "25 de Mayo", en el centro; la "General Rivera", la "Independencia" y la "Cagancha", en la izquierda de la línea de fuego; la "Constitución", la "18 de Julio", la "General Paz" y la "Ituzaingó", en el costado derecho; y esto, sin perjuicio de otras, que fueron construyéndose en los años subsiguientes.

Pues bien; precisamente muy próximo a una de estas últimas, se encontraba ubicada la casa de doña Carlina, y ya es fácil hacerse cargo de las duras pruebas a que estaría sometida la buena señora, sin preparación para afrontarlas con serenidad.

Sin embargo, trató de sobrellevar sus primeras alarmas cuando sentía tiros en los alrededores, con la esperanza de poder mejorar su situación, contando para ello con el influjo de algunas personas caracterizadas de su relación y amistad.

En esta confianza, oyó impasible por algún tiempo, el estruendo de las baterías y tiroteo de las guerrillas, siempre que tenía lugar alguna salida de fuerzas de la guarnición de la ciudad sitiada, o

algún avance imprevisto de los sitiadores, pero, esta tranquila actitud debía durar muy poco.

## II

Así fué. Vino de pronto para doña Carolina una situación más angustiosa, porque, sin recursos para procurarse otro albergue y arreciando cada vez más los combates nocturnos, llegó la pobre señora a tal grado de inquietud y alarmas, que concluyó por tener miedo, y miedo justificado: supo que no faltaban rateros en los alrededores, salidos de la soldadesca, y que horadando los muros de las casas, construídas por allí en barro, casi en su totalidad, se introducían en ellas para consumir sus rate-rías, habiendo ocurrido casos, en que no se limitaron a esto solo.

La repetición de tales hechos, y la poca o ninguna esperanza de que cesasen, la decidieron a pedir consejo a una de sus respetables amigas, señora M. P., esposa de un jefe de alto grado en el ejército.

Así lo hizo una mañana en que tuvo que dejar la cama a hora inusitada, a causa del tiroteo sostenido desde la madrugada de ese día, muy próximo a su morada, y a la explosión de una mina, en uno de los cantones avanzados, lo que puso término al resto de valor y resignación de doña Carolina.

A las nueve de esa misma mañana, se trasladó a la quinta de su amiga, sita en el Miguelete y ubi-

cada desde hacía muchos años, sobre el camino denominado de...

La conferencia fué breve, y el éxito brillantísimo, pues la señora M. P., tomando muy en cuenta la situación angustiosa en que se encontraba su buena amiga, le prometió recomendarla a un jefe del cantón avanzado.

El objeto de la recomendación era el de que, con la gente a sus órdenes, el jefe referido hiciese vigilar la casa de nuestra protagonista, prestándole, además, todos los auxilios y servicios que las circunstancias pudieran exigir.

El regreso de doña Carolina a su casa, fué triunfal y mucho más agradable que la salida por la mañana, bajo la impresión de una noche de temores y zozobras; así es que, con el auxilio de su sirvientita, preparó su cena, haciéndole más tarde los honores.

Hasta la noche apacible que se produjo en la línea, pues no sonó un solo tiro durante ella, fué de buen agüero para la señora; logró dormir tranquilamente hasta que la chinita Goya le llevó el mate a la cama, como de costumbre, costumbre muy generalizada en todas las clases sociales de aquella época remota.

### . III

Pasaron dos días sin novedad, y digo sin novedad, porque a la última noche tranquila se agregó una tregua de dos días, poco frecuente por cierto, en el pleito eterno de las guerrillas avanzadas, lo

que hizo que doña Carolina olvidase los sustos pasados, y con tanta mayor razón, cuanto que, en esos mismos días, recibió cuatro letras de la señora de P. anunciándole, que ya estaba recomendada al comandante O., el cual no tardaría en ponerse a su disposición.

Efectivamente, al siguiente día, de tarde, se presentó este jefe del cantón principal, inmediato al local conocido por "La Calera", con el objeto de saludar a la señora recomendada, y ofrecerle, como le ofreció, toda clase de garantías y protección.

El comandante O. era un hombre de buena presencia y bien parecido, muy serio y formal, y tanto, que al sonreír, cosa muy rara en él, no mostraba sino la extremidad de un solo diente o colmillo, para volver después a su seriedad y gravedad de costumbre.

La dueña de casa, que se impresionó gratamente al considerarse protegida y guardada como otra Dulcinea del Toboso, por un caballero tan bien parecido y de tan apuesta figura, quedó cohibida hasta cierto punto por la seriedad y laconismo militar de su flamante protector y guardián.

Tanto los cumplimientos dirigidos a la señora, como las protestas de fino amor y respeto en contestación a los de ésta, los hacía en tono seco e imperativo, por monosílabos y con una seriedad e inflexiones de voz que pronto ponía punto final al diálogo.

Doña Carolina, por su parte, redobló sus atenciones y trató de sonreír, aunque con cierta vio-

lencia, porque el gesto de su interlocutor era adusto y de tan pocos amigos, que cuando ella se preparaba para obsequiarle con un mate de yerba paraguaya, aquél se levantó de improviso, prometió volver muy pronto y se despidió sin darse por entendido de las protestas de gratitud que se le dirigían hasta la puerta de la calle, ni pudo lograr la señora que aquél diese vuelta una sola vez para corresponder de frente a tantos saludos y agradecimientos. ¡Vaya un hombre original, pensó para sí doña Carolina! ¡Qué carácter más adusto, y qué pocas palabras gasta! La verdad, que no es simpático, ni está su carácter en relación con su fisonomía y apostura gallarda. No puede negarse que los arranques de carácter y falta de cultura y sociabilidad, priman sobre las condiciones físicas y hasta sobre los sentimientos más puros y generosos.

Y después de este breve monólogo, siguió un momento con la vista al arrogante granadero que se alejaba con paso lento y marcial, y entrando después en el grosero y endeble portal de su casucha, echó la tranca y se internó en sus habitaciones.

#### IV

Había pasado una semana después de esta visita, cuando una tarde se presentó en la casucha un ordenanza del comandante O. preguntando por doña Carolina.

Era portador de una fuente mediana, adornada

con papel recortado y cubierta con un paño blanco, y como esto pasaba en la cuaresma de aquel año, no hay para qué extrañar que bajo ese paño blanco, apareciesen, como aparecieron a los ojos de aquella a quien venían consignadas, tres soberbias empanadas, imitación de las famosas cordobesas de este nombre y que tan buenos recuerdos me traen.

Encantada quedó la dueña de casa, primero, por las empanadas, sin duda por estar más cerca, y después, por el recuerdo que ella había merecido al apreciable comandante.

El ordenanza le ofreció el obsequio en nombre de su jefe, y a la vez, anunció una segunda visita para esa misma noche, no sólo para tener el gusto de saludarla, sino también en previsión de lo que pudiese ocurrir en la línea.

La señora devolvió la fuente y el paño, quedándose con las empanadas, como puede suponerse, y hasta sin poder contener un impulso de glotonería, mordió un extremo de la más tentadora de las tres.

Después de esto, y sin pérdida de tiempo, empezó a prepararse para la recepción del comandante, pensando de qué manera correspondería a su fineza. Así llegaron las siete de la tarde, aunque sin aparecer el obsequiante, con grande contrariedad para doña Carolina, quien, teniendo el propósito de invitarle a comer, y siendo ya muy avanzada la hora de costumbre en aquel tiempo, temía, con razón, que el asadito se pasase, y que con la sopa ocurriera otro tanto.

Felizmente, la zozobra e impaciencia de la señora no duró mucho tiempo, pues un cuarto de hora más tarde, se presentó el futuro comensal.

Su talante, era el mismo que en la anterior visita, y su actitud y gestos los mismos también: serio, preciso en sus cumplidos y en sus respuestas y sonriente apenas, sin mostrar otra cosa, que el extremo del diente o colmillo consabido.

El hombre así, inspiraba respeto y cierto recelo, lo que dió lugar a que doña Carolina se encontrase un tanto retraída y contrariada en su presencia.

Después de un corto diálogo, provocado, más por la iniciativa de la dueña de casa, que por deseo marcado del visitante, éste fué invitado a comer, y habiendo aceptado, cinco minutos más tarde, uno y otra se encontraron colocados bis a bis en los tercetos o cabeceras principales de una pequeña mesa del comedor de aquella modesta vivienda.

## V

Se habló de varias cosas insignificantes, pero muy poco, y momentos después, el comandante le dijo estas palabras a la señora: usted no debe extrañar que esta noche haya mucho tiroteo y fuego de artillería en la línea, y sobre todo, en el cantón inmediato. El Batallón "Rincón" y la 3.<sup>a</sup> compañía del de Guardias Nacionales, con una dotación de artillería ligera, van a sorprender a dos cuerpos de línea de la guarnición de la capital, que se sabe, proyectan una salida esta noche. El asunto va a

ser un poco serio, pero usted puede estar tranquila, porque yo no me moveré de aquí hasta que cese la refriega. — Muchas gracias, se apresuró a decir la beneficiada, pero agregó después, yo no puedo permitir que usted se tome semejante molestia. — Señora, replicó el comandante O. yo sé el compromiso que he contraído con doña M. y es para mí una grande responsabilidad el que usted sufra lo más mínimo, por lo cual, no dejaré de imponerme toda clase de molestias, siempre que se trate de protegerla en cualquier eventualidad. Así es que puede usted acostarse... — Pero, señor comandante, interrumpió doña Carolina, es preciso también que usted descanse. — No se preocupe usted de nada... de nada, agregó sonriente para terminar, que yo, pasando la hora indicada para la descubierta o si la salida de la plaza se suspendiese, me retiraré en el acto, teniendo entonces sobrado tiempo para descansar.

Con estas y otras explicaciones, pasaron dos horas largas, y fuera de algunos disparos lejanos y a largos intervalos en las avanzadas, llegaron las doce de la noche sin novedad mayor.

Entretanto, la pobre Dulcinea de esa noche, seguía en pie sin decidirse a dejar al comandante en la equívoca situación en que éste, quería mantenerse, y en la que ella misma se encontraba, sin quererlo.

Finalmente, habiendo empezado a arreciar el fuego, el comandante dispuso en tono un tanto imperativo, que las dos mujeres de la casa, no teniendo nada que hacer levantadas, se acostasen, aparte de

que, en situaciones semejantes, mujeres en pie, para nada eran necesarias, ni útiles.

## VI

Después de este *ultimátum*, no hubo más remedio que obedecer, pues las habitantes de la casa, con un comandante entre puertas, un cañoneo y tiroteos frecuentes en la línea de fuego, empezaban a familiarizarse con la disciplina militar, que sabemos consiste en obedecer y poner *cara fea a o inimigo*.

La noche, a pesar de la estación de otoño, se encontraba un tanto destemplada, y el frío, allá a la 1 de la mañana, empezó a hacerse sentir, a la par de varias descargas cerradas, que parecían hacerse a pocos pasos de la casa.

Siguieron después algunos disparos de cañón y el vocerío de los combatientes tan próximos, al parecer, como las descargas de fusil a que acabo de referirme.

Dña Carolina quiso abandonar el lecho, pero el comandante se lo impidió: apagó en seguida todas las luces de la casa, que no eran sino dos, porque, afirmó, ellas podían comprometerlos, y todo quedó a oscuras y en silencio.

Durante las tres horas que siguieron hasta el amanecer, se ocupó el benévolo militar en calmar las zozobras de la señora y de la sirvienta paseándose del comedor al patio y de éste al comedor, mientras que los combatientes con sus disparos de cañón, con sus tiroteos y sus gritos, formaban un

coro infernal, capaz de imponer terror al más prevenido y con mayor razón, a dos pobres mujeres.

Poco a poco, los cuidados del oficioso guardián fueron tranquilizando a la patrona y a la sirvientilla, concluyendo esta última por dormirse y aquélla por esperar el resultado del acontecimiento bélico que se desarrollaba a su alrededor, hasta que adquirió tal confianza con la presencia marcial del comandante, que a la verdad, ni ya le metía miedo el estruendo de la línea, ni le causaba mayor extrañeza ver a aquel hombre pasearse alrededor de las habitaciones de su casa, a las tres y a las cuatro de la mañana.

. . . . .

## VII

Tres horas después, se vió salir de la casa a una mujer rebujada en un manto y tomar con paso acelerado el camino que conducía a la casa-quinta de la señora M. P., el mismo que ya le vimos tomar otra vez, cuando fué a pedir protección a su amiga contra los riesgos de la línea de fuego, en los terrenos próximos a la Calera de...

La señora doña M., recién acababa de levantarse; era madrugadora, pero asimismo, no pudo menos de extrañar esta visita a hora tan inesperada, por más confianza que existiese entre ella y doña Carolina, pues no era otra la visitante.

Observándosele así, ésta exclamó de *ex abrupto*, y con cierta emoción, haciendo caso omiso de la

extrañeza de su amiga y protectora: Pero... dime; ¿a qué demonio de hombre me has mandado a mi casa? ¿Qué le has pedido para mí, y qué recomendaciones le has hecho respecto a los cuidados y protección que debía dispensarme en mi peligrosa situación?

Un tanto intrigada doña M. por la expresión y nerviosidad que demostraba doña Carolina en su acento y en su gesto, le preguntó a su vez, si acaso el comandante no había cumplido la palabra empeñada, durante la última noche, que, le constaba, había sido terrible.—Pero... exclamó de nuevo doña Carolina,... ¿qué estás diciendo?... por el contrario, ayer de tarde se me presentó de rondón en mi casa con pretexto de cumplir la palabra que te había empeñado; comió conmigo y no hubo quien le hiciese volver a la línea, pues para protegerme mejor en caso de peligro, quieras que no quieras, se pasó la noche de guardia, después de hacerme meter en la cama, casi a la fuerza, lo mismo que a la chinita, alegando que no había necesidad alguna de que pasásemos mal la noche.—¿Qué te parece el comedido?—¿Un hombre en mi casa, a título de protector y a deshoras de la noche?—¿Qué nombre puede dársele a esto, que no merezca la justa censura de un verdadero abuso, y sobre todo... y doña Carolina dió un paso adelante, hasta inclinarse al oído de la señora M., pronunciando breves palabras...

—¡Oh! exclamó ésta retrocediendo un paso, muy seria y llena de sorpresa; pero, inmediatamente cambió de expresión su rostro, miró a doña

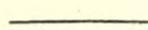
Carolina con una muy singular, que fué acentuándose gradualmente hasta terminar en una mucca, que en el primer momento, no podría adivinarse a qué respondía, y soltando por fin una carcajada estridente, rodeó el cuello de su amiga con el brazo izquierdo, sin dejar de reír, y dándole una soberana con la derecha, salvo sea la parte, exclamó alegremente: Querida Carolina, calma tu enojo, que como cosa improvisada, no está del todo mal; ¿qué sorpresa la tuya, no?... ¿un comandante entre puertas?... pero el... ¡qué gran bribón!... ¡vaya un guardián comedido! ¿se habrá visto cosa igual?... y conteniendo de pronto la risa, agregó con forzada seriedad: ¡Vaya! ¡vaya!... Mas, oye querida...—No, no quiero oír nada, interrumpió doña Carolina.—Sin embargo, continuó la señora de P., nadie podrá negar, que en una noche de asaltos, cañonazos, tiros y cohetes a la Congrève, lo ocurrido es lo menos grave que podía sucederte... no debes olvidar, agregó de nuevo, en tono malicioso y siempre alegre, que estamos en tren militar y en estado de guerra.—¡Cómo, exclamó doña Carolina, aprobarás acaso su conducta!... y miró con ojos hoscos a la que hacía broma de asunto tan serio, pero al querer acentuar su indignación, hizo a su vez un pucherete y otro después, concluyendo en una explosión de risa, que la señora M. no tardó un segundo en acompañar a dúo, amagando a la protagonista con otra caricia como la anterior, caricia que ella supo eludir con un quite *con quebrada* a lo Frascuelo o Lagartijo.

quienes se lo habrían envidiado, frente a un Miura  
o a un Veraguas.

. . . . .  
. . . . .

VIII

Veinte años más tarde, tuve ocasión de conocer personalmente a la heroína de esta singular peripecia, única de esta especie en que, al parecer, tuvo personería, y debo decir en honor de la verdad y de doña Carolina, que aún cuando esa peripecia no tuvo consecuencias de... bulto, la heroína jamás olvidó, y con razón, las encontradas emociones de aquella noche excepcional.



## CAPÍTULO II

### Un émulo de Moratin

---

**Gestiones de un candidato y de un secretario «ad-hoc», para organizar un ministerio**

#### I

Todavía duraba el regocijo y gratas expansiones, que produjo en la Capital y en todo el país, el pacto de conciliación de 1886, cuando empezaron a circular vagos rumores de dificultades surgidas en el seno del Gobierno, producidas por las exigencias de la mayoría del nuevo Ministerio y resistencia del gobernante.

Con distintas alternativas, así continuaron las cosas, pero como poco a poco iban esbozándose las conquistas que para la causa pública se aseguraban día a día, aunque con trabajo, el país continuaba abrigando esperanzas de llegar a una solución definitiva, que si no satisfacía por completo sus aspiraciones, aseguraría, cuando menos, días mejores para la patria.

Era esta la situación y el estado de los ánimos,

cuando un acontecimiento inesperado, y que se anunciaba para realizarse de inmediato, vino a conmover profundamente a nuestra sociedad, haciéndole concebir nuevas esperanzas y temores a la vez: el gobernante renunciaba su alto puesto, ausentándose para Europa y dejando como sustituto al general M. T.

Pocos días después, los rumores se convirtieron en hechos; siendo el último de ellos, la salida del transatlántico que condujo al renunciante fuera de cabos.

La actitud del pueblo, entretanto, fué de expectativa, pero los primeros pasos del nuevo Presidente, y el muy significativo de haber confirmado en sus puestos a los Ministros de la conciliación, lo decidieron por completo en su favor y todos los ciudadanos aplaudieron tal actitud sin distinción de opiniones, ni colores políticos, al menos en su mayoría.

Entre gratas esperanzas, festejos populares y *castillos en el aire*, fueron pasando los días, hasta que empezaron a surgir nuevas dificultades en las alturas, precursoras de una crisis ministerial que se veía venir, y que al fin llegó. Con efecto, los Ministros de Gobierno, de Relaciones Exteriores y de Justicia y Culto, se fueron a sus casas al mismo tiempo que aparecía la silueta del doctor J. H. y O., a quien se indicaba como jefe o cabeza principal del futuro gabinete.

Un día después, sonaba la candidatura del doctor D. M. para el Ministerio de Relaciones, faltan-

do sólo candidato para el Ministerio de Justicia y Culto, aunque no tardó mucho en designarse como tales, uno después de otro, a los doctores J. R. y M. B. y señor A. B., aunque era voz general que ninguno de estos señores aceptaría el cargo, lo que obtuvo completa confirmación.

Esto ocurría el 24 de diciembre, y serían las 7 1/2 de la tarde de ese día, cuando en momentos que un antiguo magistrado judicial transitaba por el ángulo Nordeste de la esquina Ituzaingó y Rincón, apareció en esta bocacalle un carruaje que había repechado trabajosamente el tramo pendiente entre las de 25 de Mayo y aquella última calle, siguiendo después al trote largo de los caballos hacia el Sud, para venir a detener su marcha bruscamente, unos metros antes de llegar al primer pórtico izquierdo de la Catedral.

El magistrado regresaba a su casa y tenía que seguir para ello la misma dirección del coche, y la siguió, encontrándose medio minuto después con dos amigos, que en ese momento bajaron apresuradamente del expresado coche, tendiéndole la mano.

## II

—Tenemos el gusto de saludar al señor Ministro de Justicia y Culto, dijo uno de ellos.

—Así es, agregó el otro.

—No está mal para empezar, observó a su vez el Juez riendo, pero ¿a qué viene esto?

—Esto viene, a que el Presidente de la República nos ha comisionado para obtener su asentimiento para aquel cargo, contestó el que habló primero. El Ministerio está integrado con el doctor M. y conmigo, según es de notoriedad; sólo falta proveer la cartera de Justicia y Culto, y esto urgentemente, pues esta noche misma debe tirarse el decreto correspondiente.

Se trataba de reemplazar en el Gobierno a los doctores J. P. R., J. C. B. y A. R. L., así es que, estando ya designado uno de los dos emisarios, con quien hablaba el magistrado y el doctor M., para reemplazar a los Ministros de Gobierno y Relaciones, salientes, el Ministerio que se ofrecía ahora no era otro que el de Justicia y Culto, según se ha visto.

—¿Creo que podemos contar con su aceptación?, dijo uno de los emisarios.

—De ningún modo, contestó el Juez: yo carezco en absoluto de capital político para desempeñar un puesto de esa importancia, sobre todo en situación tan delicada como la presente, según puede deducirse del mismo hecho de retirarse en estos momentos del Gobierno, tres ciudadanos honorables e independientes, en circunstancias, precursoras, tal vez, de graves acontecimientos, que forzosamente tendrán que producirse.

—Está usted en error; el actual Gobierno es de conciliación, y de lo que menos va a necesitar usted, es del capital político que echa de menos. El Ministerio de Justicia y Culto es indicadísimo

para usted; su larga experiencia en el ejercicio de la profesión y en la Magistratura, y su laboriosidad bien conocida, le ofrecen oportunidad propicia para desempeñar este Ministerio a completa satisfacción. Por otra parte, todos cooperaremos al mismo fin, porque a todos nos animan iguales propósitos.

—Permítame, interrumpió el Juez, que abrigue serias dudas sobre la actitud que usted y sus demás colegas de gabinete, asumirán cuando venga la cuestión electoral y otras que, no por ser de menor importancia, dejarán por eso de dar mucho que hacer.

—Usted exagera la situación, doctor: las ideas de paz y concordia son las que están en el ambiente, y ellas serán las que imperen en el ánimo de todos en esta época de reparación y reconstrucción nacional.

—Perfectamente: yo no niego que las ideas de paz y concordia están en el ambiente, y ahí se pueden estar, pero aunque grande placer me causa verlo a usted en el orden de ideas a que parece rendir culto, mucho me temo, que se vea obligado a proceder de manera muy distinta.

—Usted no tiene en qué fundar semejante suposición, replicó el candidato H., ni motivo alguno para dudar de mis protestas, que no se apartan ni pueden apartarse un ápice del programa de conciliación del Presidente de la República.

—Permítame que le observe, se apresuró a decir el doctor, que yo no dudo de su buena inten-

ción, pero que, a pesar de ello, temo mucho, como he dicho antes, que usted no pueda prescindir de reunir los elementos dispersos de su partido con ventajas superiores a las mías, para presentarse organizado y fuerte ante el adversario político. En rigor, yo mismo en su lugar, tendría que proceder de igual manera por deber partidario, y si bien en tal caso, usted no me toleraría semejante actitud, porque, como ha dicho antes, el programa del Presidente es de conciliación y de paz, del mismo modo, yo no podría ver sin protesta, que viniese usted a hacer política partidaria, allí donde no correspondería sino "trabajar en paz por los intereses de la patria", como ha dicho Nicolás Granada por boca del Presidente.

—Vuelvo a observarle, replicó el candidato, que usted exagera su situación, y además le agregaré que si usted quiere, podemos llevarlo en nuestro carruaje a lo del Presidente, quien espera con impaciencia su resolución y oirá usted de su boca, las mismas seguridades que yo le adelanté. ¡Vaya que es usted timorato!, exclamó después sonriendo, y esto cuando todo contribuye a ofrecerle completas garantías! Encerrado en su ministerio, ministerio de labor, casi ajeno a la política, navegará usted en un lago amplio y sereno.

—¡En un lago amplio y sereno, dice usted, y encerrado!... exclamó el doctor. ¡Qué bien suena esto en el primer momento, y qué complejo y misterioso aparece después!... ¡Quiere decir, que mi campo de operaciones, no sería otro, que aquel en

el cual se tratasen y resolviesen los asuntos relacionados con la Justicia y el Culto?, ¿no tendría sino que entenderme con curiales y moni....?

—Naturalmente, Ministro de Justicia y Culto... dijo entre dientes el candidato: me parece, que jamás tendría usted una necesidad apremiante de ocuparse de la política, que tanta prevención le inspira.

—Lo que quiere decir, tradujo el doctor, que en los acuerdos generales, o brillaría yo por mi ausencia, o concurriría a ellos para ser vencido sin remedio en los casos, a que usted sabe, quiero referirme.

—Pero, observó el secretario don L. E., la consecuencia que usted saca no es lógica, porque habría muchas cuestiones en que coincidirían todos los Ministros.

—Menos en los políticos, mi estimado don Liborio... no hay que olvidar la situación que se esboza después de la dimisión del Ministerio anterior... Disculpen, pues, que rehuse el ofrecimiento que ustedes me hacen a nombre del señor Presidente, no obstante quedar sumamente agradecido por tan alta distinción.

### III

¿De manera que desaira usted nuestro empeño?, interrogó el candidato. — Yo, que cuando surgió su candidatura en casa del Presidente, fuí el que respondió de que usted aceptaría, siempre que se

delegase en mí la comisión de hablarle en primer término, vengo ahora a quedar en ridículo.

—Usted alimentó, con razón, aquella seguridad, pues sabe la consideración y el aprecio que me merece, pero vuelvo a pedirle disculpa: no me es posible declinar de mi resolución... además, lo que sobra son candidatos, si usted busca, y no pocos.

—Sí, señor, dijo el presunto Ministro un poco amostazado y arrugando el entrecejo, hemos visto a los doctores R. B. y don A. B. que se embarcaba esta tarde para Buenos Aires, pero se han rehusado como usted, sin dar razones más fuertes que las suyas. Y a propósito, ¿no cree usted probable, que aceptará el cargo el doctor don M. A.?

—Me parece que no aceptará, pero...

—¿Pero?...

—Esta tarde, he estado a visitar a un abogado amigo, el doctor D. T., quien sale mañana temprano para la Florida, con objeto de pasar las vacaciones en familia, y no sería difícil que éste aceptase, pues es muy conocida su condición de partidario decidido y luchador en política. Tendrá usted, en aquel amigo, a un digno contrincante, y él, a su vez, lo tendrá en usted, y después, continuó el doctor dirigiéndose al futuro Ministro de Gobierno, puedo asegurarle que ni él ni usted estarán ociosos. Pero, si les gusta el candidato, les advierto, que deben aprovechar el tiempo y abordarlo de inmediato, pues ya les he dicho, que sale mañana en primer tren para el campo.

—Está bien, dijo el señor E., pero nosotros está-

bamos en la persuasión de que usted iba a acompañarnos, mas ya que rehusa, veremos al doctor T.

—Yo habría tenido que renunciar a los quince días, observó el Juez, porque como le he dicho ya, carezco de las condiciones de luchador, y con mayor motivo, en el propio seno del Gobierno y con armas desiguales, mientras que al doctor T., le sobra aquella y otras condiciones inapreciables. En cambio, confórmese usted, que éste actuará en el Ministerio más tiempo del que actuaría yo, porque es más constante y decidido.

—Es inútil, con estas componendas no se justifica usted conmigo, interrumpió el doctor H.

—Vamos, medite usted un momento sobre la situación en que vendría a colocarme, aceptando su proposición. Mire usted: un ejemplo, tomado de cierta comedia del dramaturgo español, don Leandro Fernández de Moratin, podría demostrarlo muy a lo vivo.

—¿Cuentito tenemos?, observó el futuro Ministro.

—Si le contraría, dijo con indiferencia el doctor, no insistiré... y después, en vista de que aquél guardara silencio, agregó: ¿conoce usted sus obras?

—Algo, contestó el aludido con seriedad y un tanto hosco, a pesar de su exquisita cultura y amabilidad.

—Pues bien, insistió el Magistrado; permítame que les ofrezca ese ejemplo, pues tengo la esperanza de que con él, desarrugaré la frente de este amigo, y señaló al candidato, y me perdonarán uste-

des a la vez, la contrariedad que puede haberles ofrecido mi negativa.

—Vaya, pues, dijo don L. E., venga el cuento al caso: somos todo oídos.

#### IV

Pues bien: en una de sus comedias: “El viejo y la niña”, nos presenta Moratin a un vejete de setenta años, achacoso por añadidura y casado con mujer joven, bien parecida, y con sobrino joven también hospedado en su misma casa.

El viejo, salía de ella a sus diligencias diarias y volvía a ocuparla, después de corta ausencia.

A su regreso, y mientras que el mucamo le cambiaba la levita por un batón de casa, el sombrero por un gorro con borla bordado y las botas por unas chancas (1), él interrogaba al amanuense, en esta forma breve y sumaria:

—¿La señora?

—Muy bien.

—¿Está?

—En el salón.

—¿Sola?

—Con el sobrino.

El viejo se erguía entonces, obligaba a su ayudante a que apresurase su *toilette*.

Después, con cierta animación, se dirigía a la

---

(1) Se les daba este nombre a los zapatos holgados y sin tacos de andar en casa, cuando la comedia fué escrita.

escalera haciendo X con las piernas, que es el signo más elocuente de la decadencia muscular y de otras decadencias que calla el cuento, y por último, aquí caigo y allá levanto, la trepaba y llegaba al fin, jadeante a la puerta del salón. Observen ustedes, que aquí empieza el diálogo, que con motivo de uno de estos sustos, tiene el viejo en la comedia con el interlocutor que le da Moratin, y cuyo nombre no recuerdo si era Muñoz, aunque esto nada importa al caso.

—Por supuesto: vamos al ejemplo.

—Pues bien: el interlocutor dice después de las confidencias que le hace el viejo sobre sus cuitas y desconfianzas:

“Muñoz.—Pues bien, ya estáis desengañado.

Roque.—Sí lo estoy; pero aún me falta

Qué decir, porque esta noche,  
Al pasar yo por la sala,  
Noté que en el gabinete  
El y mi mujer estaban.

Muñoz.—¡ Bueno!

Roque.— Acércome, mas no

Pude entenderle palabra,  
Sólo vi que el tal Don Juan  
Como que la regañaba,  
Iba a levantarse, y ella  
Con acciones y palabras  
Le detenía. Yo viendo  
Aquello de mala data,  
Di algunos pasos atrás,  
Hice ruido con las chanclas,

Entre, y la encuentro cosiendo  
Unas cintas a mi bata,  
Y a él entretenido en ver  
Las pinturas y los mapas.

Muñoz.—¡Qué prontitud de demonios!”

—Y bien: ¿Han entendido ustedes?—preguntó el doctor con intención.

—No alcanzo lo que esto tenga que ver con el Ministerio de Justicia y Culto, dijo don L. E.

—Lo que es con el Ministerio, nada absolutamente tiene que ver, y con fundado motivo, parece no encontrar usted la relación.

—Pues entonces, ¿a qué ha venido el cuento?—observó con ironía el candidato.

—A que, si él no tiene que ver con el Ministerio y con los acuerdos particulares que debiesen tener lugar, tiene que ver, y mucho, con el Ministro personalmente, y con los acuerdos generales.

—¡Hombre! observó don L. E. ¿y por qué?: explíquese usted.

—Porque, al concurrir a ellos y antes de entrar al salón presidencial, tendría a mi vez, que *hacer ruido con las chanclas*, para no sorprender a sus colegas del Ministerio, y al mismo Presidente, sumiéndole la boya.

. . . . .  
. . . . .

## V

A las 9 1/2 de la noche, los muchachos callejeros, vendedores de diarios, anunciaban a gritos la organización definitiva del Ministerio integrado con los doctores H. y O., M. y T., y doce días después, teníamos la *banderita al tope* en la parte más alta del palo jabonado que, con otros aparatos de pasatiempo y adorno, propios de los festejos decretados en celebración de la conciliación de los partidos, se elevaba en el costado Sur de la Plaza de Artola, o sea Treinta y Tres, y a la vez, se repartían fotografías del flamante Ministro de Gobierno, con la expresada *banderita al tope*, flameando sobre su frente.

Eran precisamente, manifestaciones de este género, y en esta u otra forma, las que había presenciado el magistrado, y sin duda, fué esta preocupación, la que le indujo a rehuir la aceptación del Ministerio.

---

## CAPITULO III

### El gato en capilla

---

**Se hace la graciosa historieta de un negocio malogrado, y de recuerdo eterno para dos buenos amigos.**

Nos encontrábamos en una época de prosperidad, no sé si real o aparente, pero en la que la actividad y entusiasmo por los negocios en general, y sobre todo en campos, preocupaba la atención y las actividades de los corredores y agentes que los iniciaban y propagaban en la Bolsa y otros centros, a donde afluían los especuladores, que compraban de primera mano, para vender más tarde, asegurando mayores ganancias.

Se hablaba en todos los centros de un negocio de campos ubicados en el departamento de..., con pastos y aguadas abundantes, y que podían obtenerse en condiciones ventajosas, y con sobras dentro de sus marcos y divisas, que con arreglo al Código Civil podían denunciarse y obtenerse su escrituración.

Esto, como se comprende, venía a constituir un

nuevo aliciente para entrar en la especulación, de modo que, cada interesado dijo para su capote: campo fértil, a las puertas de Montevideo, con pastos y aguadas en abundancia y con dos leguas y media de sobras, no hay nada más de que hablar, y al negocio..., y el negocio se realizó adquiriéndose los campos por setenta y tantos mil pesos. Se emitieron acciones por doble cantidad, pues debiendo destinarse aquellos campos a la invernada de ganado flaco, contando para ello con las especiales condiciones que ofrecían, las utilidades serían numerosas y darían para todo.

Bastaron quince días de propaganda, para formar un ambiente de prestigio y una aureola color verde esperanza alrededor del negocio de los campos de..., y después de esto, no se trató de otra cosa, que hacer balance de caja por cada uno de los tomadores de acciones, preparando los pesos que cada uno, según su fuerza y cálculos, se proponía emplear.

La demanda de acciones fué extraordinaria, excediendo de las esperanzas de los agentes y jefes de propaganda, que trataban de explotar sus relaciones en pro del negocio, que creían excelente en todos conceptos.

Entre éstos, y en primera línea, figuraba don N. R., hombre inteligente, suspicaz y activísimo.

Era italiano de origen, pero adoptó esta tierra como su segunda patria, lo mismo que la he adoptado yo, aunque con la notable diferencia, de que aquel señor lo hizo desde edad temprana, no con-

servando ni vestigios del acento y entonaciones de su idioma natal.

En sus actividades, empleaba el tiempo en toda clase de negocios, ya fuesen judiciales o extrajudiciales, aceptando para ello poderes y comisiones por igualas, por un tanto o por mensualidades.

Era generoso y protector decidido de todo el mundo; hacía el bien posible a su prójimo, pero, con el mejor deseo del mundo, solía meter a sus amigos en negocios arriesgados, que él consideraba claros como la luz, y de ahí las víctimas que resultaban como consecuencia de sus optimismos, y de su carácter algo visionario, pero jamás de la cábala ni de ninguna pasión mezquina.

Don N. R. era, además, un hombre peligroso, pero entendámonos, peligroso por lo simpático e insinuante, y como antes he dicho, generoso, servidor oficioso, y tan diligente para servir, como otros para negar su concurso a las necesidades ajenas. Fué mi buen amigo, hasta su muerte, que sentí con verdadera pena, y no hay día que no tenga para él un recuerdo y una protesta de sincero afecto.

Entre los abogados era muy considerado y apreciado, y frecuentaba asiduamente los estudios de los doctores Antonio de las Carreras, Francisco Solano de Antuña, Ambrosio Velazco, J. Requena, Tristán Narvaja, José Ellauri, D. González, M. Berinduague y otros. Muy especialmente se le encontraba en el del doctor Estrázulas, a quien le unía una íntima amistad, y era por ello el vocero

de todas las relevantes condiciones de aquel distinguido jurisconsulto.

## II

Por la prensa se habló, allá por el año de 1878, de la negociación en tierras de pastoreo, a que me he referido, y que, al parecer, ofrecía oportunidad propicia para una buena especulación.

Muchos individuos de negocios, tomaron cartas en el que se ofrecía bajo tan buenos auspicios, y es casi excusado decir, que don N. R., era *leader* principal que difundía por los centros de negocios las ventajas que ofrecían las tierras de..., tierras que valían poco a la sazón, pero que, por lo mismo, ofrecían mayores ganancias, gracias a las condiciones en que la mentada especulación iba a realizarse.

Entre los seducidos por el optimismo y la palabra elocuente de don N. R., estaba don J. M., persona muy apreciable, a quien también conocí y traté por aquella época, y por muchos años después.

El giro a que se había dedicado, y de que hacía profesión, era completamente ajeno al negocio en que don N. R. le ofrecía villas y castillos, con las mismas seguridades que don Quijote de la Mancha ofreció ínsulas baratarias a su escudero Sancho Panza, pero las instancias del *leader* y el ejemplo de algunos amigos, que apechugaron tras el lucro que se les ofrecía, destacado sobre un fondo color rosa, y con albores de verde esperanza, concluyeron por arrastrarle, y al fin, allá fueron los pesitos que

había producido en un año su peluquería, ubicada al costado Sur de la Catedral, en el preciso lugar que hoy ocupa parte del nuevo edificio y sastrería de Spera.

El hombre fué debidamente documentado, y el primero y segundo mes lo pasó leyendo lo que decía la prensa de la época sobre el negocio en perspectiva, y los comentarios y pronósticos auspiciosos de don N. R., quien al terminar sus peroraciones, acostumbraba a sacar de un tirón airoso el pañuelo de manos del bolsillo de su saco, y sonarse con estrépito, lo que hacía como compás de espera, para reanudar después con más vigor, si fuere posible, su interrumpida peroración.

### III

Fueron pasando los meses, y las noticias y referencias sobre el asunto nada dejaron que desear, lamentándose más de una vez don J. M., de no haber entrado en la especulación con más capital.

A don N. R. no le sucedía otro tanto, porque él no hacía jamás negocios de ninguna clase a título propio: los hacía para sus clientes y amigos, de manera que nada arriesgaba en ellos, ni aún su comisión, porque ésta se cobraba con la anticipación de costumbre.

Un buen día, en medio de la más auspiciosa marcha del asunto y de las congratulaciones que se prodigaban recíprocamente todos los interesados en él, llegó a sus oídos un rumor alarmante, que

no dejó de preocuparle y de impedir que más de uno almórzase tranquilo; pero gracias a la elocuencia de don N. R., que de buena fe creía excelente el negocio, la confianza, aunque a medias, fué restablecida entre los alarmados especuladores, conviniendo en que era prematuro formar malos juicios por referencias aisladas, y que, por otra parte, estaban en contradicción con los datos que tenía el directorio de la sociedad.

Así pasaron muchos días, y aún cuando nadie podía hacerse superior a cierta ansiedad por estar al corriente de lo que realmente ocurría, poco a poco, fué volviendo la tranquilidad a los ánimos.

Sin embargo, esto debía durar apenas un mes, porque, en agosto de 1879, vinieron a ver claro, demasiado claro, y a convencerse, muy a su pesar, de que habían tirado a la calle la mitad de su dinero.

Entretanto empezaron a correr los días, los meses y los años, hasta que llegó el de 1882, sin que nadie hubiese podido saber qué se había hecho de sus pesos, ni qué representaban los campos para ellos al presente, ni qué podrían representar para el futuro.

Gestiones por aquí, gestiones por allá, ruegos, amonestaciones, amenazas, gritos y hasta palos a diestro y siniestro, entre algunos del directorio y las víctimas, todo, todo fué inútil, y hasta los más sensibles a la desgracia y los menos resignados, tuvieron *velis nolis* que someterse a la realidad, renunciando al infinitivo del verbo recuperar.

Las quejas, las críticas, los cargos e inculpacio-

nes, fueron aminorando, y después de tan tempestuosa y amenazante situación, al fin empezó ésta a serenarse, hablándose del asunto como se habla de un caso perdido, sin otro consuelo que el de hacer propósito firme de no ser ni pasar por tonto otra vez, pues tratándose de un negocio desgraciado por falta de experiencia, no había ni a quién hacer responsable del desastre.

## IV

Como generalmente sucede, al cabo de quince días, nadie se ocupaba ya del negocio famoso, que tantos dolores de cabeza había causado a muchos; pero la presencia del iniciador y propagandista don N. R., siempre provocaba sus cargos y recriminaciones, bien que en tono de broma, y que al fin, como todas las cosas, pasó de moda, y nadie se ocupó ya de este señor, con motivo del desgraciado negocio.

Sin embargo, para don J. M., era de Dios que había de llegar hasta morir sin olvidar el clavo que se había llevado, y aunque obró con deliberada voluntad, sin coacción, y menos ejercida por su amigo y corredor intermediario, el hecho es, que no lo encontraba una vez sin referirse a sus perdidos cominos.

Iba por la calle solo o acompañado, y era ver a don N. R., que se dirigía por la misma acera en dirección opuesta a la que él llevaba, cuando faltando cinco pasos, antes de pasar por su lado, le decía sonriente, en genovés y en tono zumbón:

*“Il giorno che io veda il risultato de quel affare, io mi mangiò un gatto con pelle e tutto”*, y pasaba de largo; don N. R., a su vez, apretaba el paso, sonriente también, y muchas veces contestando con alguna chuscada, imprimía a su marcha una velocidad mayor que la de costumbre.

Pero es el caso, que don J. M., no perdonaba a su viejo amigo, ni aún cuando se encontraban y se veían de una acera a otra, pues, en tal caso, antes de enfrentarse, para que R. pudiese distinguir bien sus signos, se cuadraba de frente, hacía una pantomima graciosísima, simulando comerse algo con cierta dificultad, concluyendo por llevarse la mano derecha al cuello.

Como dejo dicho, y repetiré ahora, don N. R. apuraba el paso riendo y saludando a la vez con la mano o con su pañuelo de colores y no tardaba en desaparecer por una de las calles que cruzaban la dirección que él seguía.

## V

El estimado don J. M. murió después de pasados algunos años, sin haber logrado reunirse con sus economías perdidas en el malhadado negocio de los campos, lo que quiere decir, que no llegó la oportunidad de cumplirse la promesa condicional, tantas veces hecha a don N. R., en su tránsito por las calles de Montevideo.

---

## CAPITULO IV

### Responsos y Chocolate

---

Cómo cambian las costumbres con el andar del tiempo

#### I

Hace más de medio siglo que en todas las capitales del Río de la Plata y allende los Andes, rindiendo homenaje a las costumbres de nuestros mayores y a nuestra madre común, la España, las misas de Réquiem, los funerales y cabos de año, estaban a la orden del día.

Era más fácil que el viudo o la viuda, y los hijos del fallecido o fallecida pobre, quedasen sin un centésimo en casa, y reducidos a media ración, que el padre o madre de familia malogrados, sin la ceremonia fúnebre, rezada o cantada, con el correspondiente responso, y pagado todo en buenas monedas para que, en ningún caso, la deuda pudiese pesar sobre el alma del difunto.

Aunque observada religiosamente esta costumbre

desde antigua fecha por ricos y pobres, hace tiempo que empezó a caer en desuso, a extremo de que, al presente, puede considerarse reducida a un número limitado de casos en el Río de la Plata, y casi a ninguno aquí, en Montevideo, donde los principios liberales y falta de creencias, hacen progresos en medio de los vicios que engendran para el presente y para el futuro.

Entretanto, hay que reconocer, que las ceremonias fúnebres en los templos, lo mismo que las de otro género cualquiera, se celebraban hace medio siglo con notable solemnidad por parte de la Iglesia y de los fieles, tanto por la corrección y seriedad con que se procedía, como por la actitud respetuosa del séquito de acompañamiento en los funerales y procesiones y de las demás personas que, a la sazón, ocupaban las naves del templo.

## II

Eran aquellos los tiempos de don José Benito Lamas y de don Santiago Estrázulas, Cura Rector y Diácono, respectivamente, de nuestro templo principal, y de los Padres Chantre, Mora y Guattelli, sacerdotes apreciables que desempeñaban su digno ministerio en la hoy Catedral, llamada simplemente la Matriz, en la época a que me refiero.

El padre Chantre, primero de los tres últimos nombrados, uruguayo de nacionalidad, desempeñaba el cargo de Subteniente Cura, es decir, el de Subdiácono, en la celebración de las misas solem-

nes; el segundo era catalán, de una seriedad tan grave como la de un catafalco; bajo profundo de voz en cuello, cantaba en el coro por monosílabos, porque nunca ligaba las figuras musicales optando por la música picada; y, por último, el tercero, Guatelli, a juzgar por el apellido, cualquiera comprenderá que era italiano. Hablaba genovés cerrado, a pesar de diez años de residencia en el país, pero tan cerrado, que nadie le entendía. Su *orremus*, con dos erres, repercutía en todos los ámbitos del templo con estridente sonoridad, era terrible, y más terrible todavía, cierta costumbre de su auxiliar o amanuense Petrito que, sin sonoridad o con ella,—mejor habría sido no tenerla, por más que constituyera, como constituía, el más culminante de sus rasgos característicos y biográficos,—jamás causó, con tal costumbre, la desgracia de su capellán ni la de persona alguna; es muy cierto, pero, no lo es menos, que a nadie le dió la suerte grande... ni la chica, y... a su alrededor, siempre se le dejó libre la cancha... y abiertas las puertas...

Pues en tono agudo  
Y sonido fuerte,  
Tocaba el clarinete  
Petrito Angulo.

### III

Eran también los tiempos de don Juan Esparraguirre, y de los sacristanes Guerrero y Turquí.

Hombre de edad avanzada y afable trato, el primero, desempeñaba el cargo superior de intendente y de director de todos los arreglos y adornos del templo, haciendo prodigios en la ornamentación de los altares, sobre todo en las grandes solemnidades y fiestas que se celebraban durante el año. Describía iniciales, monogramas y arabescos caprichosos, con auxilio de las flores y de las velas, encendidas, en más o menos número, haciendo combinaciones ingeniosas y alegóricas al acto y al santo cuyo aniversario se festejaba.

Todo esto, producía grato efecto y admiración a la concurrencia asidua a aquellos actos religiosos, y constituía, a la vez, el crédito y reputación del apreciable y simpático intendente entre los fieles cristianos, y con especialidad, entre las devotas de pollera corta y de mucho pliegue, mantón largo y zapatos sin tacos ni taloneras.

Los segundos, esto es, los sacristanes Guerrero y Turquí, eran jóvenes; uno de ellos, el mayor, de contextura robusta, semblante tosco, cutis barroso, frente achatada, ojos saltones, boca desaforrada por sus gruesos labios, dientes desproporcionados y encrespados mostachos, en una palabra, era feo como Picio, pero, en cambio, no le costaba mucho cautivar a las personas con su exquisita amabilidad. Turquí, por el contrario, era mejor, es decir, pasable, de pequeña estatura, algo cargado de espaldas y más serio de lo conveniente.

Ambos se distinguieron siempre por la contracción al trabajo, y muy especialmente, por el hábil manejo de las campanas del templo, que entonces

sonaban armoniosamente concertando dos cortos, pero melodiosos motivos, mientras que hoy suenan sin compás, ni otra medida o combinación, que denuncie el más insignificante propósito de armonizar las cuatro notas, que ellas producen.

Es que al presente, dirá alguien, se repica a tontas y a locas, se repica a badajazos y tente tieso, como quien da sobre un yunque, o como quien reparte mandobles a diestro y siniestro, aunque es la verdad, que casi en todo se procede lo mismo.

Eran también los tiempos de don Pablo Domelech, establecido con una pequeña librería en la casita, que actualmente se ubica, como se ubicó siempre, al costado Norte de la Catedral, sobre la plaza Constitución, y en la cual se vende hoy el rico café de los "Dos Americanos".

En aquella librería, más que libros, propiamente, se vendían: el manual de misa, el catecismo del padre Astete y las fábulas de Esopo, jaculatorias, letanías, cuentos en romance, estampitas y medallitas, y para concluir, velas de cera de todos calibres.

Y eran, por último, los tiempos de don Ciriaco, el organista de *fuegos para atrás*, del cantor portugués de poco *fiatto*, don Luis..., de Gallina atorada, con menos *fiatto* todavía, como que bregaba diariamente con treinta y cinco centímetros de pescuezo fuera del holgado cuello de su camisa para no asfixiarse, y del moreno Misericordia Campana; estos últimos, con pujos de sacristanes *ad-*

*honorem*, sin haber llegado nunca a serlo de efectivo.

Sin embargo, tocaron alguna vez a misa, y se les confió la *matraca* (1) y son los mismos que con algún acompañante de afición, y conducidos en grupo por los sacristanes titulares después del *santus*, y antes de alzar, aparecían en las puertas del presbiterio con un atado a cuestras de cirios encendidos, de a libra de peso cada uno, y los cuales, en conjunto, formaban pequeñas hogueras, que ponían en peligro los rostros congestionados, cabelleras y barbas, más o menos pobladas, de los conductores.

Con estos cirios encendidos, debé saberse, era con los que, cada uno de los concurrentes a los funerales de cabo de año, pringaba con cera derretida los faldones de los fraes y levitas, pantalones, talones y zapatos de los que tenían por delante en las filas de sillas destinadas al cortejo.

Los viejos, los jóvenes, cortos de vista, y los mismos que veían bien y no eran viejos, pero que no se ocupaban de ligeras cosas, ni se detenían en pequeños detalles, todos contribuían a pringar de cera a conocidos y desconocidos concurrentes que los precedían en la colocación, quedándose después lo más frescos, tranquilos e indiferentes ante el daño causado.

---

(1) Pequeña tabla con manija y dos aros de hierro movibles que, agitada, reemplaza las campanas y campanillas en el interior de los templos durante la Semana Santa.

Ahora, en cuanto a la absolución, bastaban dos golpes de pecho a tiempo, y un *mea culpa*, para descargarse del pecado y almorzar sin miedo a una mala digestión.

Terminado el acto definitivamente, el sacerdote que presidía el duelo, se dirigía con éste hasta la entrada del templo, y una vez allí, se despedía.

Los deudos, a su vez, trasponían el cancel de entrada y se dirigían a pie hasta su casa-habitación, *seguidos* de casi la totalidad de los concurrentes, que en muchas ocasiones, podían llegar a un centenar y a mayor número también.

#### IV

¿Qué objeto podría tener una procesión semejante por las calles de la ciudad, a las 10 1/2 u 11 de la mañana?

Voy a satisfacer a muchos de los lectores, que no están al corriente de ciertas costumbres de antaño.

Hace poco menos de medio siglo que, ya se tratase de un funeral, inmediato a la fecha del fallecimiento de la persona en cuyo sufragio se celebraba, o de la primera edición de un cabo de año, siempre estaban los deudos en condiciones de conservar abierta una cuenta corriente, cuenta que se mantenía abierta por tiempo indefinido, hasta que la familia podía contar con otra defunción. En tal caso, se tomaba en cuenta al último fallecido, y se comprendía a éste y al anterior en la presunta invitación funeraria.

Pero, independientemente de esto, y volviendo a la costumbre de concurrir los invitados a casa de los deudos vestidos de negro y de rigurosa etiqueta, sin exclusión de frac o levita cruzada, galera alta y bota fuerte, hay que convenir en que era una verdadera atención, que no podía menos de obligar la gratitud de los deudos.

Una o dos jícaras de chocolate, a falta de cosa mejor, con un agregado de bizcochuelo, fué lo que se le ocurrió a nuestros antepasados. Databa esta costumbre de tiempo inmemorial, y no fueron pocas las víctimas que ella ocasionó en todo el continente sudamericano.

## V

Estamos, pues, en que, en tales condiciones, no se podía menos que corresponder de alguna manera a semejante atención, porque no se concebía una recepción en el interior de la casa de los deudos, ni una despedida en la puerta de calle de la misma, a pico seco. En aquella época, no se conocían los sandwiches, ni el Champagne, a lo menos no se había generalizado su uso, y estábamos a bandeja de dulce corrida. De lo contrario, se habría tenido oportunidad de quedar bien con poco trabajo, pero, en cambio, se conocía el chocolate y la leche de vaca, y todos los doloridos presentes y futuros a una, mirarán como un ideal para estos casos, una buena taza de la exquisita crema. Aquí mismo, en mi juventud, he tenido ocasión de saborearla con el esponjoso bizcochuelo de las confiterías de don

Raymundo y de Narizana, de la calle 25 de Mayo, y de la de don Mauricio Musante, en la del Rincón, entre Cerro y Juncal, frente a la antigua cancha de pelota de Casenave.

## VI

El frente de la casa de una familia, desde la víspera de celebrarse un funeral, ofrecía movimiento inusitado, no sólo de parte de los miembros de ella, grandes y chicos, sino de los sirvientes de la casa y de las contiguas, con las cuales aquélla estaba en relación; a la vez, los chicos de la vecindad, en conocimiento de lo que iba a suceder en la cuadra en que vivían, no dejaban la ida por la venida, ni de hacer a los sirvientes de la casa sindicada, todas las preguntas conducentes al acto que se preparaba, y del cual tenían que sacar su partido al día siguiente.

Hace 50 o 60 años, el servicio doméstico, a diferencia de hoy, con raras excepciones, estaba desempeñado por mujeres de color, y cuando se trataba de un funeral, las negritas criollas, las de edad madura y hasta algunas africanas, entre ellas, se veían cruzar diligentes de unas a otras casas de la vecindad. Entraban unas y salían otras, sólo que, cuando hacían lo último, era con una bandeja de grandes dimensiones y pintarrajeada de colores vivos, conteniendo platos, tazas, cucharillas, vasos y otros utensilios de mesa, con cuya carga entraban en la casa de sus patrones. Como fácilmente se explica, no era posible a una sola familia contar

con cien y menos, con mayor número de tazas, ni con el mismo de cucharillas, ni con las sillas que podrían necesitarse al siguiente día para hacer frente a la irrupción de los que iban a tomar por asalto aquella casa de familia.

Era necesario demandar auxilio a los vecinos, como si hubiera ocurrido una desgracia personal, un incendio o cosa parecida; hoy por ti y mañana por mí, y así lo hacían.

Las emisarias morochas, armadas de las consabidas bandejas, se presentaban en la casa del vecino A o B; daban las buenas tardes en nombre de la *señora y de las niñas*, preguntaban por la salud de todos los habitantes de aquélla y en seguida, formulaban su demanda extensiva al mayor número de tazas, platos y demás útiles, que pudiese *su merced* facilitar para el día siguiente.

Por supuesto, que la demanda era atendida sobre tablas.

Terminado el acopio de todo el material necesario para la refriega en ciernes, contratado con un tambo de las inmediaciones el mar de leche que se necesitaba y apiladas las libras y no kilos de chocolate, pues no regía entonces nuestro sistema moderno de pesas y medidas, preparada la docena de chocolateras con sus correspondientes molinillos, apilado el bizcochuelo, y por último, los vasos y los platos correspondientes para servir el agua y satisfacer la sed de los concurrentes; la actividad en las sirvientes iba disminuyendo y volviendo la tranquilidad a los dueños de casa, que, al fin, se veían munidos de todo el material necesario.

Los vecinos, a su vez, después de remitir su respectivo contingente y considerándose felices de hacer de este modo todo el bien posible al muerto, quedaban a la espera del acontecimiento que debía producirse en la manzana, y hasta los chicuelos del barrio, que a cada momento se asomaban a la puerta avanzando hasta dominar el patio, en el cual no iba a faltarles rol, llegado el momento propicio, empezaban a ralear por los alrededores hasta meterse en sus respectivos alojamientos en los precisos momentos de entrarse el sol de aquel día.

## VII

Al siguiente, a las 8 de la mañana, empezaban a reproducirse las actividades de la víspera en todos nuestros personajes: dueños de casa, sirvientes, chicos y mirones. Advertidos estos últimos por los avisos en la prensa del notable acontecimiento, a falta de otros más gratos, de que en la Matriz, en San Francisco, en la Caridad o en los Ejercicios, se iba a celebrar un funeral esa mañana con orquesta o sin ella, cantado o rezado, concluyendo después por una chocolatada en casa de la familia del fallecido, encaminaban sus pasos a la casa consabida con la posible anticipación. En ella, el movimiento iba acentuándose gradualmente desde la puerta de la calle al fondo del último patio.

Siendo bajas la mayor parte de las casas en aquella época, fácilmente se notaba la acción de

aquel conjunto de mujeres afanosas por llenar sus distintos cometidos.

Preparadas así las cosas, como podrían prepararse en una plaza que tiene que resistir la invasión de un enemigo poderoso, se esperaba con apariencias de tranquilidad en el interior y exterior de los departamentos de la casa, que llegase el momento de obrar, como dijera el doctor P., en cierta ocasión, y sin otra preocupación, que la de que no se quemase el chocolate.

### VIII

Era llegar la hora de volver los doloridos del templo, cuando generalmente los chicuelos del barrio, se encargaban de dar la voz de alarma con un *¡ahi vienen!*... que hacía estremecer a todos de emoción, y aquí empezaban las corridas de un lado a otro, a obstruirse de gente las puertas, ventanas y, algunas veces, las azoteas de las casas vecinas. Un cuarto de hora después, la del difunto había adquirido una fisonomía de vida y animación extraordinarias: un contingente de más de un centenar de personas, por lo general, repartidas por el comedor, zaguán y patios, esperaban con impaciencia las jícaras y las rebanadas *macizas* de bizcochuelo, que en aquellos tiempos no se andaba con chicas, y el bizcochuelo, como el jamón y los fiambres, se comían en postas y no en láminas transparentes como se comen hoy, con pesar para los glotones y galopines.

No tardaba en hacerse general la batalla, y justo

es decirlo: en ella no había un solo cobarde; todos eran héroes esclarecidos y valerosos, sin que al fin resultasen vencidos ni vencedores. La atmósfera, si no trascendía a pólvora, trascendía a cacao, y el ambiente embalsamado, retemplaba el valor y aguzaba los envites de los invasores, repitiendo muchos la dosis de dos y tres jícaras ofrecidas por la docena de morenitas que, con gran trabajo, las repartían por los departamentos de la casa.

Los chicuelos, en medio de la confusión, y saboreando de antemano el contenido de aquéllas con la vista y el olfato, invadían los zaguanes durante la jornada, concluyendo por avanzar hasta los patios, corredores, habitaciones interiores y cocinas, donde alcanzaban a atrapar una taza llena o por la mitad, rezagada en algún rincón, limpiándose después la boca con el reverso de la manga de sus camisas, y dejando en éstas y sus propios rostros señales evidentes de haber zopeteado en esa mañana como cualquier hijo de vecino.

Media hora después, los concurrentes habían desalojado la casa del dolorido o doloridos, que nunca llegaron a merecer tal calificativo, con más justicia, que después de esta formidable batida; y poco a poco empezaban muchos de ellos a asomar la cabeza por las puertas entreabiertas, sobre todo, la señoras y niñas de la familia, que habían tenido buen cuidado de cerrarlas herméticamente durante la hecatombe.

Al fin, restablecida la tranquilidad, sólo quedaban en el interior de la casa, los despojos de la formidable batalla, y a su frente y alrededores,

en fila y recostados a su muro exterior, media docena de los chicos de la vecindad, a que antes me he referido, con sus ojos brillantes en fisonomías muy lejos de encontrarse limpias, pero que servían de padrón o cartel para los transeuntes.

Con efecto, a juzgar por la chorrera de sus camisas y sus mostachos marrones, improvisados y frescos todavía, todos quedaban enterados de que en aquella morada, se había prodigado el chocolate.

## IX

Esta práctica, inconveniente desde todo punto de vista, y ridícula además, fué abolida para siempre, desde que un respetable señor del comercio de esta plaza (1873), acompañado al templo por sus dos hijos y un grupo de personas de su amistad, a propósito del funeral de su señor padre, hizo que estas últimas se despidiesen de él en la puerta del templo.

Ante semejante actitud, los invitados se vieron en el compromiso de hacer otro tanto, en vez de dirigirse a la misma casa del muerto, para poner a prueba la paciencia y abnegación de los vivos, que la habitaban.

Desde ese feliz día, se acabaron para siempre las chocolatadas de marras y excusado es decir, que todos se apresuraron a imitar la sabia conducta del inspirado comerciante, no ofreciéndose en lo sucesivo ningún nuevo ejemplo de práctica tan ociosa.

Y es de advertir, a propósito de esta inapreciable

conquista, que debido a la iniciativa de los señores doctor J. P. R., F. B. y familia del doctor J. C. B., se abolió respectivamente la despedida a la puerta de los cementerios, el envío obligado de coronas a la casa de los deudos, y por último, la exhibición de los cadáveres en la sala o salón de la casa mortuoria, lo mismo que las colgaduras, trapos negros en las paredes y pisos, y para concluir, acaba de suprimirse el fumo colgante en las puertas de calle.

---

## CAPÍTULO V

### La mano negra

---

#### **De lo que puede originar una teoría proclamada y comentada por un alto funcionario público**

A principios de 1882, regía los destinos del país el general S., y tanto en los días que precedieron a su gobierno durante la dominación anterior del coronel Latorre, como en los que vinieron después, para concluir con el Quebracho y el atentado de Ortiz en las puertas del Teatro Cíbils, fueron extraordinarios los hechos que se produjeron en Montevideo, y variado, aunque poco ameno, el catálogo que formó de ellos el país, para figurar, tal vez, y ser juzgados en las páginas de su historia.

De sorpresa en sorpresa, y en medio de emociones encontradas, fué pasando el tiempo, hasta principios de 1882, época precisa en que un antiguo abogado de nuestro Foro, recientemente llegado de Europa, recibía la siguiente carta:

Señor doctor D. X...

Querido....

Me asalta un vehemente deseo de que pasemos juntos algunos momentos de intimidad, haciendo partícipes de este placer a nuestros vástagos. Por consiguiente, te espero a comer esta noche, y hazte acompañar de alguna de tus niñas. Viene también Llorente, el Ministro de España, y tú, que llegas recién de Europa, tendrás ocasión de departir con él sobre viajes.

Tu afectísimo amigo.—C. A.

Ante tan amable invitación, el doctor X, acompañado de su hija mayor, y a las siete de la tarde de ese mismo día, se presentó en la casa de su amigo.

En el momento mismo en que los invitados se anunciaban por el timbre de la puerta de calle, una mano negra se apoderó del llamador de la misma y dió con él dos golpes formidables, que debieron repercutir con gran sonoridad en el interior de la casa, junto con el largo redoble del timbre eléctrico.

El doctor X... y su hija, no pudieron menos de volverse con visible y explicable curiosidad, para ver quién había llamado a la par de ellos y de manera tan expresiva, y se encontraron con un moreno, ordenanza del Palacio de Gobierno.

En el mismo momento que bajaba la sirvienta, el ordenanza avanzó escalera arriba, le entregó a

aquella un pliego cerrado para el dueño de casa, con recomendación de ser *urgente*, como efectivamente resultó serlo.

Después de esto, el ordenanza descendió rápidamente la escalera y se lanzó a la calle, esperando entretanto el doctor... y su hija, a que regresase la sirvienta para darle su nombre y advertir a la familia de su presencia. Así lo hizo, y momentos después, fueron introducidos y recibidos amablemente por la distinguida señora del Dr. A. y su hija S.

Al fin de un rato de amable conversación, llegó el señor Llorente, Ministro de España, a quien se alude en la carta que dejó transcrita, y el cual fué presentado al Dr. X. por el dueño de casa, que en ese momento, apareció acompañado de una señorita y con un pliego abierto en la mano, que concluyó por doblar y guardar en uno de los bolsillos interiores de su *jacquet*.

Se habló de cosas indiferentes, y media hora después, pasaron todos al comedor, y sentándose a la mesa en los sitios de antemano designados, departieron sobre impresiones de viaje y otros puntos, creciendo la animación durante la sobremesa y prolongándose ésta hasta las nueve y media de la noche.

## II

Durante la comida y mientras el señor Llorente y el Dr. X sostenían un diálogo animado, el Dr. A, permaneció silencioso, contra su costumbre, apare-

ciendo un tanto alterado su semblante, y más de una vez, cambió miradas furtivas y de inteligencia con su señora, que a su vez, no demostraba mayor contento y bienestar que su marido.

Indudablemente, que algo desagradable ocurría a los esposos en aquellos momentos y hasta parecía denunciarse esto mismo, a juzgar por el semblante que ofrecían sus hijos, quienes a hurtadillas y con mirada triste, parecían interrogar al Dr. A... cuya impassibilidad le mantenía, al parecer, indiferente a todo lo que pasaba a su alrededor.

Recién, al concluir la sobremesa y habiéndose retirado ya la señora y señoritas a las piezas interiores, el Dr. A. reaccionó por completo y, al fin, vino a ser el mismo de siempre, esto es, ocurrente y expansivo, al extremo de borrar bien pronto los últimos vestigios del aspecto triste y meditabundo de momentos antes.

Poco a poco, fueron agotándose los motivos para conservar el interés de la sobremesa, y llamados por último al salón, pasaron a reunirse por segunda vez, y a formar un solo grupo con la señora y señoritas, que lo ocupaban de antemano, siendo el señor Llorente el que vino a interrumpir los variados coloquios que se habían iniciado, despidiéndose de los dueños de casa y demás personas, aparte de que, no le faltaba razón para hacerlo, pues no debía tardar mucho en dar las doce de la noche.

Todavía no había subido en su coche el señor Llorente, cuando el dueño de casa dirigió una mirada expresiva al doctor X., invitándolo con ella

a pasar a una de las piezas contiguas, que no era otra que su estudio o despacho.

### III

Solos y bis a bis en esta habitación, el doctor A. desenfundó el pliego que momentos antes había introducido en uno de los bolsillos interiores de su *jacquet*, y le dirigió a su amigo esta pregunta: ¿Serías capaz de adivinar lo que contiene este pliego?

—Pero, contestó aquél, ¿cómo quieres que lo adivine? Carezco completamente de antecedentes, y no es posible aventurar un juicio exacto.

—¿De manera que no te aventuras a formar juicio alguno?

—No digo tanto, replicó el doctor X..., porque hablando francamente, desde que he entrado esta noche en tu casa, he creído leer un gran desagrado en tu semblante y en el de toda tu familia, y lo he atribuído a ese pliego que tienes en tus manos, que, si no me equivoco, tiene su origen en el Palacio de Gobierno.

—Has acertado, pero en resumidas cuentas, presientes que he tenido una mala noticia, pero no me dices en qué consiste ella.

—Vuelvo a repetirte, observó el doctor X., que con esa pretensión me pides un imposible; lo que yo entiendo, es que se trata de una mala noticia, y nada más...

—Pues bien, ya que no se te ocurre de lo que se trata, concluyó el doctor A., yo te lo diré: He sido separado con esta fecha de mi alto cargo.

—¡Separado!... ¿y separado por qué?

—Voy a decírtelo: Tú sabes que últimamente hice una publicación coincidiendo con las ideas que profesa el doctor don J. C. G.

—Efectivamente, he leído ese artículo... ¿y qué?

—Eso es lo que yo digo. ¿Es esto, acaso, motivo para una separación? ¿No tengo yo los mismos derechos del doctor G. y de cualquier otro ciudadano, para opinar como se me antoje?

—Efectivamente, observó el doctor X., nadie puede negarte ese derecho, ni negárselo a ningún ciudadano, pues que la emisión del pensamiento es libre en nuestro país, y todos lo sabemos, pero...

—¿Cómo, tenemos un pero? ¿Quieres explicármelo?

—Partiremos—dijo el doctor X. con mucha calma,—de la base de encontrarnos conformes en cuanto al derecho que te asiste a ti y a cualquier ciudadano en tu lugar, pero necesito recordarte la época que atravesamos y el elemento que rige hoy los destinos del país. Los grandes principios necesitan ambiente y oportunidad para hacerse efectivos, y entre nosotros, falta hoy ese ambiente y esa oportunidad; lo único que puede prevenir inconvenientes como el que tú estás palpando, es la discreción y prudencia en casos como el presente: proceder de otro modo, es ir al muere sin resultado práctico. En el desempeño del alto cargo que has ocupado hasta hoy, cargo de verdadera confianza, en el cual se traduce cierta solidaridad entre el Gobierno y su asesor, manifestaciones como la que

tú has hecho, resultan poco prudentes y si no justifican, cuando menos explican la conducta que se ha observado contigo, por más injusta e irregular que parezca, por su alcance y por su forma.

—De manera que—replicó con tono alterado el doctor A.—o tenemos que entrar en todos esos cálculos para expresar nuestras ideas, o nos exponemos...

—Creo,—continuó el doctor X.—que no deberíamos tener necesidad de los cálculos a que tú te refieres, pero no es menos cierto, que debemos tener cuidado de no cometer indiscreciones, a sabiendas de que puedan convertirse en armas ofensivas contra nosotros mismos. Yo no conozco los fundamentos de esa nota, pero creo adivinarlos....

—Tal vez, dijo el doctor A..., en el primer momento, no darías crédito a la iniquidad de semejantes fundamentos, porque sólo a impulsos de una prevención marcada, o al despecho insano de los que contaron con complacencias de mi parte en ciertas vistas, sin conseguirlo, son los únicos que pueden consignar en un pliego oficial las herejías que contiene este: lee; y se lo tendió al doctor X., quien al pasar vista por el encabezamiento y fundamentos del decreto de destitución, no pudo menos que avergonzarse, explicándose, a la vez, el estado de inmutación y de disgusto, que había notado en su condiscípulo y apreciable familia, durante la comida de esa noche.

Es de pública notoriedad, para los contemporáneos de aquella época, los términos altamente ofensivos en que está concebido el decreto de destitu-

ción de que me ocupo, decreto sin precedentes en los anales administrativos, por cuyo motivo, me abstengo de reproducirlos aquí.

## IV

El doctor A..., sin asentir ni protestar, después de las últimas manifestaciones del doctor X., dijo estas palabras: este es asunto terminado, y no me preocuparé mañana sino de hacer dos líos: uno, de los expedientes que tengo a despacho sobre mi mesa de trabajo, y a los pies de ella, y otro, de mis petates para embarcarme para Buenos Aires, en primera oportunidad.

—Lo que siento por mi parte, dijo a su vez el doctor X., es haber sido yo, en el día y en la hora a que me invitaste a pasar un rato de intimidad amistosa contigo y tu simpática familia, el haberme anunciado, haciendo vibrar el timbre de tu puerta en el momento preciso en que el portador de aquella noticia hacía resonar el picaporte de la misma para anunciártela; créeme, que esta circunstancia, aunque casual, me ha contrariado en extremo.

—No tengo motivo para dudar de tu sinceridad, como tú, de la firmeza de mi carácter...

—*¡Fortem virum!*—exclamó el doctor X...

Y con un apretón de manos, se separaron aquellos dos viejos amigos.

---

## CAPITULO VI

### Receta infalible

---

**Que conduce a la suma previsión en un huésped que se empeña, real o aparentemente, en pasar a mejor vida.**

#### I

Durante mi corta permanencia en Chile, tuve ocasión de conocer personalmente a don S. R., persona muy culta y tan simpática, que poco le costaba captarse desde la primera entrevista, la afición y buena voluntad de las personas con las cuales le tocaba alternar en sociedad.

Era hombre de unos treinta y tantos años en aquella época y de buena presencia, ojos negros y expresivos, cabellos y patillas (abiertas), tan negras como negros sus cabellos y sus ojos, nariz aguileña, boca perfecta y hermosos dientes. Vestía con corrección y estrictamente a la moda, al extremo de que, siendo la de esa época usar los pantalones ajustados exageradamente, no faltaron cró-

nicas que hiciesen la historia de más de un chasco, y de alguna arriesgada avería, también, al sentarse o al montar a caballo. Su andar, era airoso y muy alterado en sus movimientos, denunciando claramente la gracia portuguesa; era hijo de portugués, y hasta tengo idea de que él también lo era.

Me parece verlo en las tardes de verano y otoño en la calle del..., formando grupo con otros leones de la época, como don J. Vargas, los Carreras, el porteño A., los hermanos Arocena, Carlos C., de la Rica y otros, de frac azul o marrón, con botones de metal amarillo y tiros largos, sombrero de copa, negro o blanco, guantes, etc., como traje de paseo, en vez del chocante chambergo y sombrero de paja ordinaria, metido hasta las orejas, pantalones por media pierna, saco entallado, a guisa de chupetín, y rostro morrillo rapado a navaja, provocando recuerdos tristes... y semejanzas plebeyas.

¡Qué contraste en las costumbres, y lo que es peor: en los caracteres y en la cultura!

Felizmente, ni ahora ni antes, se han tomado en cuenta las absolutas, pues es bien sabido, que no hay regla sin excepción.

## II

Salía una tarde del Correo, cuando me encontré con el caballero S. R., quien hacía algunos años había tomado estado con una señorita distinguida de la sociedad chilena.

Durante los primeros años el señor R. pudo

ejercer sus actividades en esta capital con resultado satisfactorio, pero sobrevino una situación tal, que le creó grandes dificultades para proveer a las necesidades de su familia, aunque pequeña.

La suya, que era corta, pues se reducía a su señora y a un niño de tierna edad, estaba al lado de sus abuelos, y el señor R. se preparaba para instalarse en Buenos Aires, y buscar allí lo que aquí no le era posible encontrar.

Esto lo sabía yo por referencias que este amigo me había hecho en conferencia de días antes, y aún cuando estaba advertido de su proyecto, no dejó de sorprenderme y contrariarme también, porque le profesaba verdadero aprecio, y no podía menos de lamentar su ausencia, cuando me dijo al estrecharme la mano: querido Peralta, aprovecho esta oportunidad para pedirle órdenes para Buenos Aires.

—¿Cómo, repliqué, se va usted, efectivamente?

—Mañana a las 7 de la tarde, en el “Magallanes”.

—No supuse que fuera tan pronto, observé.

—Es que he tenido que anticipar el viaje.

—Llevará usted la familia.

—No, se apresuró a decir el señor R.; no, voy solo a explorar el camino, pero inmediatamente de encontrar trabajo vendré a buscarla para instalarme allá definitivamente.

—Vamos, pues, y que sea enhorabuena.

Después de este ligero diálogo nos despedimos cordialmente, siguiendo direcciones opuestas.

## III

¿Quién en este mundo no tiene un defecto?, decía el escritor español Villergas, en una de sus composiciones epigramáticas, y es la verdad que R., en medio de sus excelentes condiciones, tenía los defectos de no haber tenido la necesidad de buscarse lo necesario durante su primera juventud, careciendo, por consiguiente, de hábitos de trabajo; además, tenía el de tratarse bien, sin tener recursos para ello, el de no decir siempre la verdad y el de tratar de solucionar las dificultades con que tropezaba, valiéndose de cuentos tártaros y de la magia moderna con los rodeos y espejismos consiguientes.

En una palabra, estaba acostumbrado a pasarlo bien en todo sentido, pero lo estaba también a no romperse el alma buscando el equivalente necesario para poder realizar este seductor programa, que aunque peque de lacónico, nada pierde de su expresión y elocuencia....

En la tarde del día siguiente, el caballero R. se dirigió desde Santiago al muelle o antiguo embarcadero de Valparaíso, con un regular equipaje: tomó uno de los botes de los hermanos Luissi, y en él se trasladó al paquete inglés que, como me dijo el día anterior, salía esa tarde para Buenos Aires a la par del "Britania", que también tenía bandera de salida.

Doce días después, su familia tuvo noticia de

que aquel amigo había arribado con toda felicidad a la vecina orilla, así como de su instalación provisoria, aún más feliz, en la casa del señor don Juan A. L., hombre de holgada posición.

#### IV

Efectivamente, R. se instaló en la casa del señor L., persona de su amistad y pariente suyo por afinidad, ocupando una pieza independiente del segundo patio.

Desde el primer día se le trató con toda clase de atenciones como acostumbraban hacerlo los dueños de casa, con las personas de su relación y amistad.

Doña Celestina K., que así se llamaba la esposa del señor L., era de alta estatura, robusta, sin deber nada a la hermosura, pero señora virtuosa, muy formal, sin dejar de ser amable y hasta agradable cuando quería serlo, y, además, muy inteligente.

Disentía en gustos con su marido y, en otras cosas, sin ser en gustos, lo que no había que extrañar, pues ambos seguían por distintos caminos, aunque siempre persiguiendo el bien y la satisfacción de sus propias inclinaciones.

Por lo demás, si doña Celestina era grave y risueña y festiva muchas veces, el señor L. era chacotón y jaranista de efectivo; reía de todo y por todo, y cuando le faltaba motivo para esto, él lo inventaba: era un diablo en el sentido que hablo, se entiende, muy ocurrente y bastante gracioso.

Su estimada consorte se había empeinado en que el hombre había de adoptar la formalidad de un provisor en cuaresma, porque no era regular, decía, reir el día entero, y él, por su parte, quería convertir a una señora formal, en una chacotera de toda hora, que hiciese coro a sus ocurrencias, cualquiera que fuese el calibre de ellas.

Fácilmente se explica, después de lo que dejo dicho, que no era fácil que se entendiesen, y es la verdad, que ambos pasaron lo mejor de la vida sin haberse entendido, no obstante haber hecho vida común por más de medio siglo, cada uno *erre* que *erre*, pero en sus *trece*.

#### V

Habían transcurrido unos dos meses desde la llegada del amigo R. a la casa de los esposos L. K., cuando éstos empezaron a notar que aquél salía de casa menos que de costumbre, permaneciendo encerrado en su cuarto, mostrando, además, un aspecto triste, y una distracción e indiferencia tal en sociedad y en la intimidad de la mesa, a las horas del almuerzo y comida, que llegó a ponerlos en cuidado.

Uno de esos días, a la hora del almuerzo, después que la señora se retiró a sus aposentos, adonde acostumbraba a hacerse servir el té, el señor L., adoptando un tono de reserva y bajando la voz, le dijo a su huésped:

—R., lo noto a usted algo triste y retraído desde hace algunos días.

—Está usted en error, A., replicó aquél; estoy lo mismo que siempre.

—No me parece, como que tampoco le parece a Celestina, que ha observado el cambio...

—Cuando le digo a usted...

—Mire, mi amigo,—interrumpió A., con resolución,—déjese de disimular penas, y hable con confianza, pues sabe usted bien que soy su amigo, y que tanto Celestina como yo, hacemos por usted grande aprecio.

—Estoy persuadido de ello,—dijo R., en actitud de agradecimiento, y después de un momento de vacilación, agregó: no quería molestar a usted con mis lamentaciones, pero ya que su amabilidad va hasta preocuparse de mis dolores íntimos, concluiré por hacerle confidencia de asunto muy grave.

—Hable usted, R.,—se apresuró a decir don A., con marcado interés—estoy desde ya a sus órdenes y voy a ser todo oídos.

—Pues bien, ya que usted lo ha querido, hablaré... Usted sabe..., pero al pronunciar estas últimas palabras, se levantó de pronto con ademán de investigar lo que pasaba en la pieza contigua al comedor, miró a su interior con insistencia, y después, al parecer satisfecho, cerró la puerta, entornando la que conducía al segundo patio, regresó a su asiento, y tomándole una mano a su amigo, le dijo en tono compungido:

—A... como a usted le consta, hace dos meses que he llegado de Chile, dos meses empleados en buscar una ocupación, y han resultado dos meses perdidos. Es ésta una situación desesperante...

—¡Pero hombre,—observó el señor L.,—no sea usted impaciente y exagerado!, ¿quién puede negar que mañana, que hoy mismo puede suceder lo que no ha sucedido en los dos meses transcurridos desde su llegada a Buenos Aires?

—Con esperas y con esperanzas, no hacemos nada, y al fin es preciso que esto concluya de una vez... Sí,—agregó después con resolución,—es preciso que concluya, y pronto...—Y todo excitado y cambiando de color, levantóse por segunda vez de la silla que ocupaba, y después de dar dos vueltas a pasos lentos por el comedor, agregó: A., yo espero que usted me guardará reserva y dejará que mi triste destino se cumpla...

—Pero, ¿qué diablos quiere usted decirme con estas palabras? ¿Acaso está usted tan desesperado y harto de la vida?

—Sí, lo estoy; y en cualquier momento...

—No sea majadero, R., y convenga que no tiene usted motivo para pintar tan negra y desesperante su situación;—y con el propósito de hacer girar la conversación sobre tema más agradable, dijo de pronto: la verdad que me ha fumado usted de lo lindo... vaya al diablo con sus bromas de mal gusto... véngase para aquí... para el patio; y mira tú, muchacha,—agregó dirigiéndose a la sirvienta—sírvenos aquí el café... pero bien caliente... ¿has entendido? ¿Sí?... pues, muy bien... —y dos minutos después, el escenario y la escena habían cambiado, encontrándose reunidos en el patio, don R., don I. A. L., la mucama y las dos tazas de café, humeante y aromático, frente a las

cuales, se entabló de inmediato un nuevo diálogo, pero sobre un tema completamente distinto.

## VI

El señor L. salió inmediatamente a sus quehaceres de costumbre, y muy complacido quedó, cuando al atravesar el patio observó que su huésped se preparaba también para salir.

¡Tate!, dijo para sí; éste sale después de tantos días de reclusión, lo que importa un síntoma favorable; y mucho más satisfecho quedó el señor L., cuando a veinte pasos de su casa, en dirección al centro, por la calle Maipú, sintió los pasos y la voz de su amigo, que le decía: voy a acompañarlo hasta la calle Corrientes, donde tengo que ver a mi amigo Larrazábal.

Y aparejados así por la misma acera y a paso igual y acompasado, siguieron ganando camino y hablando de cosas indiferentes hasta la calle Corrientes, en cuya bocacalle se separaron.

Esa tarde, R. no vino a la hora de comer, cosa que se extrañó en la casa del señor L., pues en dos meses, era la primera vez que faltaba a las horas del almuerzo y comida.

A las 10, o poco más, se sintieron pasos en la galería, y R. entró disculpándose de haber faltado a la hora, sin tener la oportunidad de advertirlo, pues en aquel tiempo no existían ni el teléfono ni los mensajeros, por más que estos últimos bien podrían haber existido.

El amigo Larrazábal lo había retenido, y no

había podido menos que acceder a sus instancias y a las de su familia, quedándose a comer.

Durante los tres días subsiguientes, la actitud de R. fué la de los primeros días que habitó en familia la casa del señor L., y esto, naturalmente, halagó mucho a éste y a su señora; pero al cabo de aquellos tres días, el huésped empezó a volver a las andadas, hablando poco en la mesa y no saliendo a la calle.

Como esto se acentuaba cada día, produciendo una situación molesta, sobre todo a la hora de la mesa, el señor L. volvió a abordar a su amigo R., censurando su conducta.

Esta vez, el amonestado no empleó términos ambiguos, y empezó a llamar las cosas por su nombre con tal claridad, y despertando tales sospechas en el ánimo del señor L., que éste tomó la resolución de someterlo a una prueba, que a su juicio, podía conducirle a averiguar con exactitud si R. hablaba con sinceridad o si sólo encerraba una ficción.

Sin embargo, creyó prudente esperar un día más.

R. no salió tampoco ese día, y no salió de su cuarto a la hora de comer, pretextando no encontrarse bien del estómago; dando lugar esto, a que el señor L. hiciese la resolución de no dar más largas al asunto, y abordar a su huésped, en el sentido que a su juicio debía asegurar el éxito de la investigación proyectada.

## VII

Al día siguiente el enfermo se presentó en el comedor a la hora del almuerzo, e interrogado por su salud, contestó, que la molestia había pasado ya.

Así pareció a todos, en efecto, pues el hombre comió con regular apetito, y a los postres estuvo más expansivo que otras veces; pero cuando la señora y la niña se levantaron de la mesa, y quedaron los amigos solos, R. empezó a retraerse de una manera inesperada, a guardar un silencio inconveniente... y a suspirar a retazos, dando lugar, con la repetición, a que el señor L. se impacientase y le dirigiese estas palabras:

—Veo, mi amigo, que he predicado en desierto; y que usted vuelve a sus cavilaciones y ensimismamiento; ¿qué le pasa de nuevo, pues?

—Dispéñeme—contestó R.—pero no se preocupe de mí para nada, porque no lo merezco, y deje que se cumpla mi destino; estoy muy cansado de vivir...

El señor L. tosió una vez, y después, volvió a toser; se levantó de su silla, fué recorriendo y cerrando las puertas del comedor, hasta quedar éste incomunicado con las demás habitaciones, y hasta con los patios.

R., entretanto, miraba azorado y con tamaños ojos las evoluciones de precaución adoptadas por el señor L., a imitación de las que él había tomado días antes durante la primera explicación sobre el mismo punto.

Antes de llegar aquél a su asiento, que acababa de abandonar, respiró tan fuerte como había respirado R., y en voz baja y tono misterioso, le dijo: Amigo, mucho he pensado en lo que le pasa a usted, y por más que he tratado de persuadirlo de que debe usted conservarse, me veo en la necesidad de convenir con usted, en que, efectivamente, no le resta otra solución... que desaparecer...

—¿Decía usted...?—interrumpió R. con cierta ansiedad.

—Decía, recordando la pintura que usted me ha hecho de su situación presente, y de lo que espera usted para el porvenir... que efectivamente, no tiene más remedio eficaz, que suprimirse...

—¿Habla usted en serio?

—¿Cómo!... ¿puede usted dudarlo?

—Y, dígame usted, L.: ¿lo ha meditado usted bastante..., porque, a la verdad, la cuestión es un poco seria...?

—¿Acaso trata de arrepentirse?... En tal caso...

—No, no señor; estoy siempre firme en mi resolución.

—En tal caso, repitió imperturbable el señor L., no hay sino despachar cuanto antes... sólo que...

—Acaso... a su vez, ¿va usted a arrepentirse?...

—Al contrario... sólo que iba a indicar a usted, la conveniencia de dar el menor trabajo a las personas que no tienen culpa de que usted... quiero decir, que decidido como está a realizar su plan, debería irse usted a la Recoleta apenas concluya de almorzar, y con preferencia... a la Chacarita, entendiéndose con el sepulturero para que se ponga

de inmediato a abrir su fosa, cuidando que sea bastante holgada de largo y ancho...

—Está bien... murmuró R., un tanto tembloroso... ¿y después?

—Después,—agregó el señor L.—se levanta usted mañana a las 4 a. m., toma usted una copa a su salud y otra a la mía, se arma usted de mi revólver, que está en mi escritorio a su disposición, se traslada al Cementerio, se mete en la fosa, y después de bien acomodado, se pega usted sin lástima uno, dos o tres... si fuese necesario... aunque yo creo que bastará con dos, y, una hora después llegaré yo con el objeto de recoger mi revólver... que no es justo que lo pierda.

R., que al son del *uno, dos, tres*, como los tres pasos de la Goya en el "Soldadito", había hecho tres muecas, sin poder remediarlo, quedó silencioso por un momento, y después murmuró entre mohino y risueño, sacando maquinalmente la cigarrera del bolsillo: ¡Caramba, que tiene usted unas ideas...!

—No, replicó el señor L., estas no son ideas como las que usted me ha manifestado de sobremesa desde hace un mes, no son ideas, no; son hechos..., pero, en cambio, se le llorará a usted...

## VIII

Excuso decir, que el presunto suicida quedó curado con esta receta; no hablando más de suprimirse ni siquiera de las necesidades de la vida, durante habitó la casa del señor L., y que tampoco pensó en semejantes cosas en su regreso a Chile,

siendo consecuente con esta actitud en el resto de su existencia.

Muchos años después, vino al fin a morir en Chile de muerte natural... y en su cama, no dejando tras sí odios ni prevenciones, porque era bueno, sino, por el contrario, muchos afectos y simpatías.

---

## CAPITULO VII

### Un hombre de mar

---

**En el que se describen con mano maestra, los encantos y placeres de la lucha a cara descubierta con el agua, el viento y el fuego.**

#### I

En 1881, proyecté un viaje a Europa por motivos de salud, y aunque mis recursos no eran muchos, ni mucha mi resolución para meterme en un buque y atravesar el Atlántico, del cual no conocía sino el nombre, al fin no tuve más remedio que decidirme, y el 9 de mayo de aquel año, salí de Montevideo en el vapor "Equateur", de las Mensajerías francesas, dejando a Juanita, mi mujer, en casa de una amiga.

Mi ausencia debía durar muy poco tiempo, no sólo porque el asunto que me llevaba no requería otra cosa, sino porque, como he dicho antes, los recursos con que contaba en aquella época, eran escasos, y mis obligaciones muy apremiantes en Montevideo.

Iban a bordo del paquete francés, varias personas conocidas de esta Capital, y entre ellas, don Pedro Petit, el señor Gainza, don Manuel González y familia, los dos últimos comerciantes de esta plaza, ingenieros don Alberto Capurro y don Manuel Rubio, y el antiguo capitán de navío don Gabriel Plá, dedicado al comercio más tarde, con la introducción en plaza del vino marca Plallorems.

Todas las personas que acabo de enumerar, formábamos un grupo aparte durante el viaje, muy especialmente a las horas del almuerzo y de la comida, estableciéndose por el hecho, y después de pocos días, cierta relación de confianza e intimidad, que hizo más llevadero el viaje interminable, que nos estaba deparado con inversión de 26 días de Montevideo a Burdeos, y escalas en Río, Bahía, Pernambuco, Dakar, Lisboa y Burdeos, donde desembarcamos con toda felicidad el día 5 de junio; y podemos decirlo, porque no tuvimos más accidente a bordo, que la muerte de un hombre al bajar la escalera principal, que conducía al entrepuente; la de otro pasajero, que cayó o se arrojó al mar, frente al Cabo Blanco, en viaje de Dakar a Lisboa, con gran marejada de fondo, y de una defunción de fiebre amarilla entre los pasajeros de Río, que recién vinimos a conocer días después de desembarcar en Burdeos.

Tal vez se le ocurra observar al lector, que los tales accidentes no fueron pocos ni muy llevaderos, pero a esta observación, contestaremos, que según datos que se me han suministrado, hablando

con gente de mar y con otras que, sin serlo, han viajado mucho, los incidentes de nuestro viaje no representan tres cominos con relación a otros, sin comprender, por supuesto, un naufragio, porque esto ya pasaría de accidente para convertirse en una catástrofe, como la del "Sirio" en el Mediterráneo y el "Titanic" en el Atlántico.

## II

A propósito de esto, el lector va a tener una prueba de ello, en la escena al aire libre, que voy a describirle, y que tuvo lugar en el puente del "Equateur", la noche de nuestra salida de Montevideo.

En uno de los párrafos del capítulo anterior, me he referido a un antiguo capitán de buque, el señor don Gabriel Plá, que viajaba con nosotros, mi gran amigo, después, hasta el año de 1905, en que falleció en Barcelona, de donde era oriundo, y al mismo tiempo, creo haber dejado traslucir en el encabezamiento de ese mismo capítulo anterior, que no era mi decidido propósito el de atravesar el Océano, provocando los grandes peligros de la navegación.

Pues bien; siendo este el estado de mi ánimo, y mediante la autoridad de un antiguo marino como el señor Plá, y las explicaciones que nos dió, a mi amigo y compañero de camarote, el ingeniero Capurro y a mí, podrá explicarse fácilmente la impresión seria que esto nos produjo, y a la vez por qué después no nos parecieron muchos ni ex-

traordinariamente graves los tres incidentes de nuestro viaje a que nos hemos referido, por más que concluyesen, como concluyeron, en tres defunciones.

### III

El señor Plá era en esa época un hombre de cincuenta y tantos años, bien parecido, de carácter franco; sumamente escrupuloso en sus maneras y medido en sus palabras; cuidaba de no decir una inexactitud, y si la cometía se apresuraba a rectificar su error, y hasta pedir disculpas. Hombre de conciencia, y de una precisión tal para expresarse, que cuando se trataba de cosas que tenían relación con el pellejo, metía miedo.

Había pasado tantas penurias en sus treinta y seis años de navegación, y más que esto, tantos peligros, de que mucho nos habló después de la primera noche de nuestro viaje, en que tuvo lugar la escena que vamos a describir, que poco a poco fuimos habituándonos a poner pelo en pecho a los peligros a que nos habíamos abocado, hasta no hablar de ellos.

Gracias a esta familiaridad con los horrores en que nos inició el apreciable capitán Plá, nuestro viaje fué un coloquio perpetuo, hablando siempre de cosas agradables y de tierra, pareciéndonos bastante por lo que toca a las de mar, con estar, como estábamos, a su disposición.

## IV

La primera comida en el "Equateur" la hicimos, como se explica fácilmente, la noche de nuestra salida de Montevideo, y la hicimos quedando al fin, poco satisfechos del *menú*, con que nos regalaron, que por cierto nada tenía que ver con el que se sirve hoy en los buques de la Mala Real Inglesa, y en las mismas Mensajerías francesa, alemana y española.

Terminada la comida, de nuestro grupo, varios quedaron de sobremesa, pero el capitán Plá, primero, y después el ingeniero Capurro, salieron del comedor a tomar aire, según lo expresaron al abandonar sus asientos, dirigiéndose a una de las puertas de salida.

Unos momentos más tarde, concluída mi conversación con la señorita Morau, que también iba de viaje y hacía parte distinguida de nuestro grupo, se me ocurrió hacer lo que habían hecho el capitán y mi amigo Capurro, y sin más trámites, me dirigí a uno de los corredores laterales del buque, que en ese momento pasaba a dos millas al Este de la Isla de Flores, y a una velocidad de 10 a 11 nudos por hora.

La noche era buena aunque un tanto ventosa, observándose que el humo y chispas de las chimeneas del vapor, salían con fuerza y se esparcían en un grande espacio sobre toda la extensión del puente principal o centro del expresado buque.

Había poca luz, en aquel lugar, y los tifones

del viento, resultaban bastante incómodos, así es que, iba ya a cambiar de frente y retirarme a cuarteles de invierno, cuando oí que me llamaban, y dirigiendo la vista a un rincón del puente, divisé a Capurro y al capitán, refugiados en una rinconada que evitaba las molestias del viento, de que yo trataba de huir en esos momentos.

## V

—¿Qué hacen ustedes en esa gazapera?, les pregunté, acercándome.

—Ya lo ve usted, señor Peralta, fumamos un cigarrillo, contestó el capitán, y extendió su cigarrera, para que hiciese yo otro tanto.

Le dí las gracias, y prendiendo el cigarro en el de Capurro, me incorporé al grupo.

—Estamos hablando del tiempo, dijo el capitán, y le anunciaba al señor Capurro, que no llegaremos al día de mañana sin que tengamos agua.

—¿Cree usted?, pregunté.

—No sólo lo creo, replicó el capitán, sino que tengo la seguridad de que así sucederá; me lo indica el viento, que aún bastante fresco a esta hora, después de media noche empezará a calmar sus bríos, y horas después, tendremos el agua.

—Felizmente, observé yo, tal cosa no ofrece riesgo de ninguna clase en el mar, ¿no es cierto, capitán?

—No siempre; porque las más de las veces, esas lluvias son precursoras de vientos, y algunas de

temporales, más o menos serios; pero, con esto y todo, no hay nada que temer en buques como éste, construídos a toda prueba.

—Sin embargo, interrumpió Capurro, son muchos otros los peligros que ofrece la navegación, aunque se trate de buques de las dimensiones de éste y de otros que hacen hoy día la travesía del Río de la Plata a Europa, y viceversa.

—No digo lo contrario, replicó el capitán, pero no hay que pensar en esos extremos: en todas partes hay peligros, y los hay en el mar, como los hay en tierra, y ya ven ustedes, que en tanto tiempo que navegan estos buques, jamás ha ocurrido un acontecimiento lamentable debido a las diferentes causas que pueden producirlos en la navegación.

—Pero observo, capitán, dije yo, apresuradamente, que usted alude a diferentes causas que pueden producir una catástrofe en el mar, y yo no conozco sino la de un choque con una roca o con otro buque, el...

—Oiga usted, señor Peralta, interrumpió el capitán, más vale no hablar de estas cosas, que felizmente, para bien de los navegantes, suceden rara vez, con relación al número de viajes felices, que debieran calcularse en un 85 %.

—De manera que, el pellejo corre peligro en un 15 % de viajes.

—Exactamente, como sucede en tierra y en todos los trances de la vida.

—Pero, hablando en plata, insistí, ¿cuáles son

esas *diferentes causas*, que pueden determinar un desastre marítimo?

—Sí, capitán, yo digo lo mismo, agregó Capurro, ¿cuáles son?

—Pues, bien, yo se las diré, pero subentendido, que la mayor parte de estas causas, no ocurren sino en rarísimos casos, y que por consiguiente, no debe dárselles importancia... sino cuando se producen.

—Quedamos enterados, refunfuñamos nosotros

## VI

El capitán, después de sus últimas palabras guardó un corto silencio, atizó su cigarro de hoja, echó al aire una bocanada de humo, y luego de asegurar su gorra de visera, propia del que está acostumbrado a luchar con vientos recios, se produjo en estos términos:

La verdad es, que en la referencia que voy a hacerles, tendré que ajustarme a la verdad, como acostumbro a hacerlo siempre, pues no valdría la pena de hablar, para apartarse de ella.

Convinimos en ello, y el capitán continuó en estos términos: las causas de las catástrofes del mar, son muchas más de las que supone el señor Peralta, pero como ya dije, no son frecuentes, y mucho menos hoy día, en que tanto adelanto se ha hecho en la navegación moderna...

—Oímos a usted, capitán, le dijimos a dúo, y aquél continuó:

—Tratándose de viajes costeros, sobre todo, en

este litoral desde la Punta del Este e Isla de Lobos hasta Pernambuco, las lajas constituyen el peligro más frecuente.

—¿Me permite, capitán?, observé yo; ¿qué se entiende por lajas?

—Escollos, piedras que se encuentran en las costas, próximas a tierra, y que al rozar con ellas un buque, abre en sus fondos rumbos de más o menos importancia; pero esto, si puede ocasionar algunas veces la pérdida del buque y de su cargamento, no es lo frecuente, y jamás compromete la vida de los pasajeros.

—Vaya, más vale así, dijo Capurro, y *sotto voce*, yo dije lo mismo.

—Otra causa, es una colisión en alta mar.

—Esto ya es más grave...—murmuró Capurro.

—Y tanto, dijo el capitán, que el buque investido se va a pique en veinte minutos, si es que no se van los dos a la vez.

—En cuyo caso, murmuré yo, no queda ni quién pueda contar el cuento.

—Así es, agregó el capitán, pero esto ocurre tan raramente, que no hay para qué tomarlo en cuenta.

Otro peligro, es... el fuego...

## VII

Neté un movimiento brusco en Capurro, y yo también lo hice de seguro, pues se me cayó de la boca el resto del bahía que me había ofrecido el capitán al principio de nuestra conversación.

—Efectivamente..., dije yo, el fuego es cosa terrible, y sobre todo, en un día o en una noche de viento...

—Como que, está usted a merced de los tres terribles elementos... pero, vamos, no hay que pensar mucho en esto, porque los casos de fuego a bordo de los paquetes, es peligro poco frecuente, y si se produce, fácilmente se conjura por la vigilancia que se ejerce a bordo, y por el servicio de bombas que arrojan el agua en abundancia y a gran distancia.

—A mí me parece lo mismo, agregó Capurro, pero ¡sálvenos Dios de tal cosa!, por más que reconozco la bondad de las bombas modernas.

—Además, la pérdida del timón, de la hélice, y descompostura de la máquina, son sucesos equivalentes muchas veces a un naufragio, porque el buque queda sin gobierno y a merced de los golpes de mar, producido un temporal, y a las contingencias consiguientes, equivaliendo a casi lo mismo que a una epidemia declarada a bordo, o una sublevación producida por la tripulación.

—La verdad es, dije yo, que pensando uno despacio en estas cosas, concluiría por convencerse, que lo más prudente sería permanecer en tierra.

—¡Cá!, exclamó el capitán: quedaríamos reducidos a la nada, si así pensásemos; y después de una pausa dijo: vea usted, señor Capurro; no resta ahora sino otro peligro, que no es pequeño, pero que no ocurre nunca en estos buques... y guardó silencio, esperando, sin duda, que le interrogásemos.

No lo hicimos, ni Capurro ni yo, porque sin duda a aquél se le ocurrió como a mí, que las últimas palabras del capitán, significaban claramente, que debería ser este último peligro, el más formidable de todos.

Pero al fin, dije yo: ¿un peligro más, todavía?

—Sí, contestó Plá:... una explosión.

### VIII

¡Diablo!, y Capurro y yo, dimos un paso atrás, preguntando aquél con cierta curiosidad: ¿explosión, dice usted?... pero, ¿producida por qué causa?

—¡Por las calderas!...

Capurro y yo giramos sobre un talón, y en aptitud de disparar.

—Ya saben ustedes, agregó el capitán, que estas cosas figuran entre lo imprevisto y poco probable, lo que debe tranquilizar a ustedes, como me tranquiliza a mí, y sobre todo...

—¿Sobre todo, qué?, pregunté yo con cierta preocupación e inquietud.

—Sobre todo, cuando la explosión es para arriba...

—Oiga..., dijo Capurro haciendo una mueca, que la distinguí perfectamente, a pesar de la poca luz que nos alumbraba...

Entretanto, yo quedé en suspenso, hasta que el capitán agregó algo compungido; y gracias cuando así sucede, porque cuando la explosión encuen-

tra menos resistencia en los costados o en el fondo del buque... entonces...

—¡Ya, ya, capitán, no siga usted, que ya conocemos bien los riesgos de la navegación!

—Sin embargo, ya les he dicho, que estas cosas no deben tomarse al pie de la letra y en lo serio, sino cuando suceden.

—Y tanto, dijo Capurro, que demasiado tendremos entonces.

—Sin pagar el tributo adelantado, agregué yo, que estamos pagando.

Y en medio de risas, y apurados un tanto por la fresca brisa de la noche, nos retiramos al salón comedor, en donde se hacía en ese momento un poco de música, y en donde al son y compás de ella, se hablaba por los codos en los distintos grupos que formaban la totalidad del pasaje de primera del inolvidable "Equateur".

---

## CAPÍTULO VIII

### Percances de un nombre y un apellido

---

Cómo por sugestión o erróneo concepto, se habla a una joven casada de un supuesto marido suyo, en presencia de quien lo es verdadero.

#### I

Un joven abogado de apellido X., se encontraba cierto día en su Estudio, cuando se presentó en él *Basoa*, el conocido sargento citador del Batallón 2.º de Guardias Nacionales, comandado allá en 1861 por el coronel don Rafael Fernández Echenique, siendo mayor del mismo cuerpo don Martín Aldcoa, militar de orden, tan distinguido y culto, como celoso del cumplimiento de sus deberes y a la vez, del uso rígido de sus facultades.

—¡Hola, Basoa!, ¿qué lo trae por aquí?, exclamó el abogado, sin dejar del todo la tarea de escribir, en que lo sorprendió el sargento.

Este dió dos pasos al frente, y contestóle con sorna y en forma interrogativa: ¿Y no se le ocu-

re lo que me trae, después de faltar usted ayer al ejercicio de fuego?

—¡Pero, si yo he dado parte de enfermo!...

—En tal caso, todo podrá arreglarse cuando hable usted con el mayor, pero, entretanto, éste me ha ordenado lo cite a usted, para que concurra a la Mayoría del cuerpo, a las 3 de la tarde del día de hoy.

—¡Qué ganas de hacer perder el tiempo!

—Así será, pero yo no tengo la culpa, ni puedo remediarlo: no se enoje.

—Bueno, bueno, a las 3 estaré allí... y el abogado, después de la pequeña interrupción que había hecho a su tarea para atender al sargento, volvió a ella, como si de nada se tratase ya.

—*Doctor*, observó Basoa, cumplo con advertirle, que la Mayoría del cuerpo se ha trasladado al Fuerte, (1) en la rinconada sobre la calleja, continuación de Alzáibar... y dió un paso en disposición de salir.

—Está bien...

—¡Ah!, agregó aún desde la puerta del Estudio, olvidaba decirle también, que se entra por el costado Este, frente al cuerpo de guardia, en el cual se hacen los retenes, y... se pagan las *rabonas*.

—Gracias, Basoa... Gracias por la buena noticia y por la advertencia, hasta dentro de una hora.

Sonriente, el doctor X. continuó escribiendo, re-

---

(1) Antigua casa de Gobierno que ocupaba la manzana que hoy constituye la Plaza Zabala.

tirándose el sargento, a quien me parece ver en este momento, alto, muy alto, enjuto, pálido, el pelo ralo y la barba mucho más. Encontraba grande dificultad en mantener la posición vertical. Su perfil de girafa, especialmente cuando jugaba rol militar en las formaciones y a la cabeza de la compañía de granaderos, a que pertenecía con mejor título que todos los que la componían, era sólo comparable con el de Don Quijote de la Mancha o el del barcelonés Mombrú, célebre propagandista entre nosotros del sistema hidropático, como remedio y preservativo eficaz contra el cólera morbus, del cual no tardó en ser una de sus tantas víctimas, en la epidemia memorable de 1868.

## II

A las 2 1/2 de la tarde, el doctor X. se encontraba en presencia del comandante Aldecoa, quien después de enterarse con interés de su salud, le aconsejó, como lo había hecho otras veces, que iniciara sus gestiones para obtener la baja correspondiente, con separación absoluta del servicio de las armas por falta de salud. El mayor, reconocía que a juzgar por el semblante del aludido, no había duda, de que estaba realmente enfermo, y por consiguiente, comprendido en uno de los casos de excepción establecidos por la ley de guardias nacionales.

Entonces X., aprovechando la buena oportunidad, trató de explicar su falta al servicio del día

anterior, fundado precisamente en las causas que el mayor Aldecoa reconocía, pero fué grande su sorpresa cuando éste, cambiando bruscamente de actitud, de gesto y de tono, irguiéndose un tanto, al compás de una tosecilla seca y dirigiéndose a Basoa, que esperaba a la puerta de la Mayoría, más derecho y a plomo que de costumbre: sargento, le dijo: *leve usted a este hombre a la Prevención*, y haciendo una ligera inclinación de cabeza, dió dos pasos hacia la puerta del fondo y desapareció en la habitación contigua.

### III

—¿Cómo?... exclamó el prevenido, mas ya no era tiempo... y sí solo de obedecer la orden, para lo cual, Basoa, sonriendo, le invitó a seguirle.

Lo cortés no quita lo valiente, diría alguien, y por cierto, que esto debería ser una verdad en los tiempos que atravesamos.

El trayecto a recorrer fué corto, pues la tal Prevención se encontraba a veinte metros de la Mayoría, casa de alto, pequeña, contigua a la que ocupó hasta hace poco, y de muchos años atrás, el Tribunal de Apelaciones de 2.º Turno.

Todavía existe, con su frente exterior, tal cual se encontraba hace cincuenta y seis años: una puerta y una ventana con reja de hierro en la planta baja, dos balcones en la alta con aberturas y un pescante al costado izquierdo, que data de igual fecha. En este local, que lleva el número 1380, existe al presente un taller de carpintería,

siendo el edificio propiedad de la sucesión Magariños Roca.

Allí fué entregado el prevenido a la guardia de Prevención hasta nueva orden, y como el piso bajo estaba ocupado por ella, se le invitó a pasar al piso alto, en el cual, sólo se advertía una extensa tarima y dos pequeños bancos.

En uno de ellos se sentó el detenido, después de pasearse un momento por la cuadra y asomarse al balcón, desde el cual se dominaba hasta el extremo de la acera que formaba y forma esquina con una de la calle del Rincón.

Pasadas ya las cuatro de la tarde, se acordó de un libro que llevaba en su faltriquera y trató de matar el tiempo, como vulgarmente se dice, hasta tanto llegase el coronel Echenique, estando seguro de que éste no llevaría su rigorismo hasta hacerle pasar la noche sobre aquella tarima desmantelada.

Los paseos de un extremo a otro de la cuadra se repitieron hasta la última hora de la tarde, y cuando el fastidio y el aburrimiento empezaron a invadirle, acrecentados por las sombras del crepúsculo, se dirigió al balcón por quinta o sexta vez durante las dos y media horas que llevaba de encierro. Echó una mirada a la izquierda hacia la embocadura de la calle Alzáibar, y al dirigir otra a la derecha hirió su vista la presencia de un caballero, que aparecía en ese momento en la esquina Nordeste del Fuerte, como si viniera de las inmediaciones del Teatro de San Felipe o del mismo Fuerte o Casa de Gobierno. Era de estatura pe-

queña, vestía pantalón blanco, levita negra y sombrero de copa inclinado sobre el lado izquierdo, y un poco hacia atrás; y se encaminaba en dirección a la calle de Alzáibar, debiendo, por el hecho, pasar forzosamente por frente al balcón que ocupaba X.

Este no tardó en reconocer en aquel caballero, a su joven condiscípulo y amigo C. A... que esos días había llegado de las provincias de Entre Ríos y Corrientes, después de larga ausencia.

El joven de los pantalones blancos, a su vez reconoció al doctor X., y con este motivo, y no siéndole extraño el local que éste ocupaba, se hizo cargo, desde luego, que su amigo se encontraba detenido por faltar al servicio en el cuerpo de Guardias Nacionales a que pertenecía, y que la noche que le esperaba en la Prevención, no había de serle muy agradable.

Con efecto, sabía por referencias de la prensa de Entre Ríos, que su amigo acababa de casarse con la señorita B... y que, por consecuencia, se encontraba en plena luna de miel.

Así se lo expresó, ofreciéndose para auxiliarle en trance semejante. En su concepto, debía empezarse por advertir a la joven esposa, a quien pediría la remisión a la Prevención de un colchón, almohadas y abrigo necesario para que X. pasase la noche del mejor modo posible.

Este protestó, manifestando al oficioso condiscípulo que estaba en error al suponerlo casado y en plena luna de miel, agregando, por otra parte, que no necesitaba de nada, por estar seguro, que antes de las 10 de la noche el coronel Echenique

lo pondría en libertad, y que lo mismo que en las anteriores, dormiría tranquilamente en su cama, solo como buen soltero, y no en compañía de la supuesta esposa que le atribuía.

El joven amigo, se rió de la protesta tomando la cosa a broma; y arguyó con que era preciso evitar, que un hombre de salud delicada como X., pasase una mala noche, sin necesidad. Insistió, pues, en tenerlo por casado, y desentendiéndose, por último, de las nuevas protestas formuladas por aquél, y quieras que no quieras, tomó la calle de Alzáibar a media carrera y desapareció.

### III

X. permaneció un momento en el balcón, después de la precipitada partida de su amigo; parecía preocupado, y desde ese momento, no hizo sino andar del balcón al interior de la cuadra, y de ésta al balcón; tan pronto reía y se frotaba las manos, como cambiaba de actitud y gesto, y adoptaba una seriedad que hacía contraste con su anterior expresión.

Entretanto, C. A., en su camino, recordaba algunos detalles de la descripción que había leído en Gualeguaychú, transcrita de los diarios de la capital sobre la fiesta a que dió origen el casamiento de un señor X, de la calle. . . , con la señorita B., y aún cuando no conocía el número, tratándose como se trataba de una fiesta reciente, de quince días antes, no faltó en la vecindad quien se lo indicase.

Y como el apellido del supuesto casado era el mismo que el del casado de veras, y el nombre de la novia de aquél (pues la tenía), era conocido de C. A. y coincidía, a su vez, con el de la joven desposada; lo cierto es que, por sugestión o erróneo concepto, aquél no pensó ya sino en su amigo X., y desde el primer momento, lo consideró egresado del gremio de solteros y elevado a la categoría de *huomo de stato*.

X. sabía, que la casa a que se había dirigido A., no estaba muy distante de la Prevención, y cuando pasó media hora, empezó a impacientarse por hacerse esperar demasiado el regreso del emisario, como si tuviese gran interés en conocer el resultado de la misión en falso, de que se había encargado A.

Al fin, había empezado a oscurecer, y en momentos que se prendía el farol de la esquina, se le vió aparecer en ella: traía en su mano izquierda el sombrero, blandiendo el bastón con la derecha. Parecía haber crecido en altura y en agilidad, y abarcar más espacio con sus pasos, que el de costumbre, por más que sus piernas siempre fueron cortas y su andar lento y acompasado.

Antes de llegar al frente del balcón que ocupaba X., C. A., en tono destemplado y ademán violento, golpeando el sombrero, y blandiendo siempre el bastón, increpó a X. de haberlo inducido a un serio desagrado con la persona a cuya casa se había dirigido, cuando pudo evitarlo sacándolo de su error como fácilmente pudo hacerlo. El doctor X. empezó a reirse.

—Ha sido una verdadera bribonada, agregó A. con exaltación, y jamás habría podido suponer tanta felonía de tu parte, permitir que me haya expuesto a conflicto semejante, que hasta ha podido costarme...

—¿Acaso la vida?... de cualquier modo, la culpa ha sido tuya, pues para nada diste tiempo... no sé lo que ha ocurrido, y después de tu actitud insultante y grosera, no me importa saberlo. Tú has sido el autor de todo este enredo, y ahora pretendes responsabilizarme a mí. ¿Quién me casó? ¿quién se ofreció y empeñó en ir en comisión a meterse en las intimidades de una casa ajena? Tú, tú solo, y por consecuencia, que haya sucedido lo que dices, o no haya sucedido cosa que valga la pena, nadie es responsable de ello en rigor, sino tú, tú solo. Andate, pues, al diablo, y furioso cerró con violencia la puerta del balcón y desapareció.

El agente en comisión quedó bramando en medio de la calle, que solitaria felizmente a esa hora, no reunió público que pudiera enterarse de aquella escena violenta entre dos buenos amigos.

#### IV

X. permaneció en la Prevención hasta las 10 de la noche, hora en que llegó el coronel Echenique, y después de un diálogo amable con aquél, a quien conocía y apreciaba en alto grado, dispuso que se retirase a su casa. Lo hizo de inmediato, llegando a ella en medio del mayor disgusto, y an-

sioso, además, por saber lo que había ocurrido a su amigo.

A juzgar por la escena desagradable que acababa de ocurrir, y de que tiene conocimiento el lector, X. no podía hacerse ilusiones para satisfacer su justa curiosidad. Sólo C. A. podría iniciarlo en aquel secreto, y las cosas habían quedado tan mal paradas, que tendría que conformarse con esperar a que la tormenta pasase.

Por consiguiente, decidió dejar correr un par de días, hasta que se presentase la oportunidad de hablar tranquilamente con A. valiéndose en el primer momento de la intervención o mediación de un amigo común, aparte de que esperaba, que aquél reaccionase espontáneamente, reconociendo que, en rigor, y en último caso, era él el único responsable de lo que pudiese haber ocurrido.

## V

El día siguiente llegó y pasó, sin adelantar X. cosa alguna sobre el particular, no atreviéndose a buscar al amigo por temor de provocar un nuevo incidente, pues a veces le asaltaban serios temores, de que hubiese pasado algo más grave de lo que él juzgaba probable, conociendo como conocía a fondo el carácter apacible y moderado de quien, sin embargo, se había producido con él de manera tan inconveniente.

Era preciso, pues, que algo serio hubiese pasado en la supuesta casa, y digo supuesta casa, porque el lector ha comprendido con la lectura de los

primeros párrafos del anterior capítulo, y tal vez desde antes, que la casa a que se dirigió A., no fué a la de su amigo X., como él podía haberlo supuesto, sino a la de los novios o héroes de la fiesta de que se había ocupado la prensa días antes: el doctor X., era soltero en 1861 y vivía en la calle Treinta y Tres con un amigo, y esto explica lo difícil de la situación que se creó C. A. en presencia de la señora B. y del otro señor X.

## VI

Decía en el capítulo anterior, que X., a pesar de su impaciencia y explicable curiosidad por saber lo ocurrido en la casa de los jóvenes esposos, había decidido dejar pasar unos días antes de provocar una explicación sobre el asunto. Sin embargo, sin gestión alguna de su parte, vino a conocer cuanto deseaba el segundo día de salir a la calle, quedando justificada, en su concepto, la furia e indignación de A. en la tarde en que quiso su mala suerte encaminarlo en dirección de la calleja de la Plaza Zabala.

Eran las 4 de la tarde y X se dirigía por la calle Sarandí, y al llegar a unos metros antes de la tienda de Caubarrere, que en la época en que pasaron estas cosas, ocupaba el Café de Crampai, hete aquí que aparece la silueta de A. con igual traje que dos días antes, guantes y bastón, encaminándose en dirección opuesta al doctor, que al contrario de A., se dirigía hacia el exterior Este del mercado, el que, desde hace muchos años, vino

a hacer parte integrante y ampliatoria de la Plaza Independencia.

Cuando X. se creyó abocado a una explicación desagradable en una calle pública, pues tenía razón sobrada para sospecharlo, observó con sorpresa al principio y con satisfacción después, que A., al aperebirse de su presencia, empezó a reirse con tales ganas, recostado al muro y ángulo de una puerta del café a que me he referido antes, cruzados los brazos sobre su abdomen para mejor resistir la trepidación que le producían las carcajadas con que inauguró el encuentro con el amigo y condiscípulo.

De repente, la hoja de puerta del café a que se había recostado A. y que se encontraba con un solo pasador, cerrado en falso, cedió de pronto y aquél cayó de espaldas, quedando apenas sostenido por una silla colocada en el interior del salón del expresado café.

X. le tendió la mano para que se incorporase.

—Supongo, dijo A., que habrás echado a la espalda, todos los desatinos de que te hice objeto con motivo del chasco que me llevé por tu culpa y por la mía.

—No tanto, porque sea cual fuere lo sucedido, no supuse que te encontrases tan penetrado de que yo hubiese dejado de ser soltero.

C. A. no dejaba de reir con ganas, y apenas por monosílabos al principio, y después, en pocas palabras y riendo siempre, explicó a X. lo que le había pasado con la señora B. y con el señor... en estos términos: Desde que te dejé, apresuré la mar.

cha cuanto me fué posible, y antes de un cuarto de hora, me hice anunciar a la señora de..., siendo introducido a la sala por la puerta que daba al zaguán.

Como sabes, era la oración cuando me despedí de ti, y si la luz era ya muy poca, mucho menos lo era cuando me encontré bis a bis con la recién casada, a quien riendo y en tono de amable confianza para no alarmarla, le anuncié que tú habías caído en el garlito del mayor Aldecoa, por haber faltado al ejercicio de fuego, pero que nada tenía que temer por ello, pues esta misma noche le *serías restituído*.

La señora dió un paso atrás, y exclamó: ¿qué significa lo que está usted diciendo? Yo nada comprendo... esto no tiene explicación...

—Sí, señora, repliqué yo, tiene explicación, porque su esposo faltó al ejercicio de fuego del domingo, y ha incurrido en la pena del caso... pero, tranquilícese, pues todo se reduce a que usted le envíe un colchón, una almohada y... algún dinero...

Mientras yo decía esto, la joven se deshacía en ademanes extraños y frases cortadas, que yo interrumpía con el objeto de pintarle las cosas con el mejor color posible.

Al fin, la señora exclamó: ¿Qué está usted diciendo, señor...? Está usted equivocado, mi esposo está en mi casa, y no en la Prevención, como usted dice...

Ya puedes figurarte cuál fué mi sorpresa y confusión, y me preparaba a pedir disculpa y a re-

tirarme avergonzado, pero no estaba yo sino a mitad de la jornada de esa tarde fatal, pues en ese mismo instante aparece don... verdadero y único esposo de la supuesta esposa tuya, y persona de pequeña estatura, piernas insignificantes por su corta extensión y dudosa conformación, trigüeño, bigotudo y de cabellera negra, rizada y abundante al extremo de desfigurar su perfil, por no decir sus cuatro lados, y en jarras y de pie, columpiándose airado en medio de la sala, exclamó con mirada centelleante y estrechándose en el lugar que ocupaba: ¿Qué significa este escándalo en mi casa? ¿la ha tomado usted por juguete, acaso?

—Señor..., le dije, disculpe usted y sírvase oírme... se trata de un error.

—Nada, nada, señor...; gritó de nuevo; salga usted, salga, en esta casa no hay más marido que yo... ¡qué atrevimiento!

—Pero, señor... señora, sírvanse ustedes disculparme... óiganme.

—Retírate tú, B..., agregó G. dirigiéndose a ésta, y también yo me retiro, y con aire de exagerada arrogancia y en actitud de una sota de bastos, desapareció por la puerta del fondo de la sala, arrastrando con él a la pobre joven, que parecía próxima a desmayarse.

Quedé solo en el salón, continuó A., tragando saliva. con el rostro congestionado, el sombrero abollado, no sé cómo, pero creo que lo interpusé entre... y yo, en la primera arremetida cuando re-

cién apareció: además, perdí uno de mis guantes, recién estrenados la víspera.

Comprendí que mi misión había terminado allí, porque si algún auxilio te estaba deparado para no pasar una mala noche en la Prevención, de seguro que no habías de recibirlo de aquella casa, y sacando mi pañuelo del bolsillo para secar el sudor de mi frente, y almacenando rabia, me encaminé a tu encuentro... sabiendo tú lo demás; y riéndose siempre, y riéndome yo también, ambos nos metimos en el café a cuya puerta sostuvimos este diálogo, para tomar un té y fumar un cigarro.

Todavía éramos jóvenes, libres como buenos solteros... y fumábamos de Carrillo y de Cué.

---

## CAPÍTULO IX

### Un deudor escrupuloso

---

**En el cual se demuestra, que ha habido hijos que han pretendido pagar a sus padres el ser que le dieron..., sin conseguirlo.**

#### I

Hace apenas dos y medio meses, en noviembre último, que bajando con mi respetable amigo don D. X. por la calle Ciudadela en dirección al Norte, y al llegar a la de 25 de Mayo, que como es sabido, termina a esta altura para tomar en su continuación el nombre de Uruguay, observamos, que varios obreros clavaban láminas de zinc, en una empalizada que seguía la dirección de una parte del cordón de la acera del Sud, sobre la expresada calle.

Desde luego comprendimos, que la finca, a cuyo frente se construía este cerco o empalizada, iba a ser objeto de obras de más o menos importancia,

y que, según tales preparativos, parecían empezar de inmediato.

Esta casa, dijo Peralta, pertenecía a los sucesores del doctor Martín Aguirre y señora Rosa Antuña, fallecida últimamente, quienes la hubieron por compra a la sucesión de don Juan Ildefonso Blanco, y ésta a su vez a título hereditario, del distinguido ciudadano don Juan Benito Blanco.

Fué este señor, el que la construyó en mil ochocientos treinta y tantos, siendo en esa época, y hasta muchos años después, uno de los cuatro edificios de mayor valor y apariencia externa de toda la calle 25 de Mayo, a partir de la de Guaraní.

Con efecto, el Hospital Maciel, conocido antes por Hospital de Caridad, la casa de don Antonio Montero, hoy de sus sucesores, situada frente al Banco Francés, la de don Francisco Hocquard, en donde se halla hoy ubicada la Botica de don Abelardo Rey Azopardo, con frente al antiguo Fuerte o Casa de Gobierno, siguiendo las dos líneas de la calle 1.º de Mayo, y por último, ésta, y señalé la que teníamos delante; son, o mejor dicho, fueron por mucho tiempo, según dejo insinuado, los edificios más notables de nuestra calle 25.

La casa de Aguirre ha llevado siempre, y lleva hoy mismo, fíjese usted, el número 1, como que, según he dicho, desde esta esquina hasta afuera, la calle 25 recibía nueva denominación, que es la que lleva hasta la actualidad, para indicar el final de la ciudad vieja y el principio de la nueva. Y después de pequeña pausa, agregó: durante mis primeros años de niño, y más tarde, en mi primera

juventud, tuve ocasión de pasar con frecuencia, cuando iba y' volvía de la escuela, por el frente de este edificio, que ahora, en el ocaso de la vida, veré desaparecer para siempre, presentándome el trasunto de lo que debe sucederme, cumpliéndose la ley natural.

Seguro que los nuevos edificios aventajarán al antiguo, pero la desaparición de éste me ocasiona cierta congoja, sólo comparable con la que produce la pérdida de un objeto de afección... Pero dejemos pensamientos tristes a un lado... y, adelante.

## II

Siguiendo nuestro camino hacia el Este, por la calle Uruguay, dijo de pronto don D. X.: vea usted lo que viene a provocar mis recuerdos en este momento, a propósito de la casa del señor Aguirre, o mejor dicho, de su primitivo dueño, el señor don J. B. Blanco, pues tendré que referirme a la época remota de 1838 o 1839.

—¿De qué se trata?

—No se trata de ninguna novedad, de esas que pueden despertar gran interés, pero no deja de tenerlo por la enseñanza y chiste que envuelve.

—El señor Blanco, en la época a que acabo de referirme, tenía antigua relación y amistad con un matrimonio de apellido L., residente en el Departamento de Florida o Durazno, avecindado más tarde en el distrito de la Aguada, parte integrante hoy de esta Capital.

El matrimonio expresado tenía dos hijos, lla-

mados Domingo y Santos, de 28 y 21 años, respectivamente, jóvenes tan modestos y apreciables como sus padres y el resto de la familia, compuesta de los jóvenes nombrados y de otros de menor edad, aunque me parece que eran niñas.

El joven Santos, debido a los buenos oficios del señor Blanco, había sido empleado en su establecimiento de campo, en donde había empezado a trabajar con éxito desde dos años atrás; y lo que es Domingo, mimoso de la madre, aunque era el varoncito mayor, esperaba impaciente la realización de la promesa que el señor Blanco le había hecho, de que más tarde o más temprano, le daría un destino igual al que había merecido su hermano Santos, para que, de este modo, pudiese auxiliar a sus padres, ya viejos y en situación poco holgada.

La realización de esta promesa no se hizo esperar, pues una mañana, Domingo fué llamado urgentemente por el señor Blanco, quien le dió en pocas palabras la grata noticia de que ya estaba empleado. El joven se conmovió profundamente con la noticia, dió las gracias a su protector y salió alborozado y radiante de alegría en dirección a su casa, con el objeto de noticiar a sus padres, regresando dos horas después a casa del señor Blanco.

—¡Cómo! ¿ya estás de vuelta?

—Pues no vine antes, contestó Domingo, porque tuve... que almorzar y después, consultar con mis padres...

—Sin embargo, no había para qué apresurarse tanto; pero, ¿qué diablos tienes? Te noto agitado y con el semblante descompuesto, ¿qué ocurre?...

—Señor don Juan Benito, mis padres y yo estamos muy agradecidos al favor que usted nos dispensa, pero ocurre algo, que nos produce gran pena y disgusto...

—¿Gran pena y disgusto, dices? ¿Pues de qué se trata?

—¡Si usted supiera!...—y Domingo pareció enternecido y dispuesto a llorar.

—Pero, hombre, habla de una vez, ¿no ves que estoy en ascuas? Vamos, habla, ¿qué pasa?

—Lo que pasa, señor don Juan Benito, es que, aún cuando se le agradece a usted...

—Bueno, bueno, ya sé que el agradecimiento no falta... ¿y qué más?

—Que no puedo decidirme a abandonar a mis padres.

—¡Pero hombre!... ir a buscar trabajo para ti y para ellos, no es abandonarlos, por el contrario...

—Sí, señor, replicó Domingo, es abandonarlos, y ya ve usted, que abandonarlos yo, que les debo el sér, el sér nada menos, señor don Juan Benito, es cosa... lamentable, y la cual, ni ellos me la perdonarían, ni yo tampoco.

Don Juan Benito se puso más serio que de costumbre, hizo una mueca mal contenida mirando de fijo a Domingo; dió un paso adelante, y al fin, dió otro paso atrás, y entonando el pecho, porque no sé qué cosa se le atragantó, dijo: mira, Domingo: nadie puede negar que tienes muy buenos sentimientos, y que eres un buen hijo, pero mucho me temo, que no llegues a ser cosa alguna en el resto de tu existencia; y después de una pequeña pausa,

y pensando, tal vez, en que aquel tonto, no iba a servirle en la estancia para nada útil, sino para alguna avería, concluyó con estas palabras, poniéndole la mano derecha sobre el hombro: Domingo, vuelvo a decirte que eres un buen hijo, pero ten bien presente, por si no lo comprendes ahora, para comprenderlo más tarde, que ni tu padre, ni tu madre, ni tus abuelos paternos y maternos, le han pagado hasta la fecha a tus abuelos y bisabuelos el sér de que les eran deudores, habiendo llegado hasta morir-se sin cancelar la cuenta pendiente.

No pude menor de reír con ganas a este párrafo de la relación de don D. X. y éste mismo, no pudo menos de hacerme dúo.

—Y ¿qué dijo el joven a esta advertencia del señor Blanco?, pregunté yo.

—Nada absolutamente, pero aquella advertencia en el tono sentencioso con que fué pronunciada, le hizo a Domingo una impresión desagradable, sin poder descifrar su alcance, ni el sentido con que le fué dirigida. Sin embargo, presintió que tal vez se le había dicho mucho, sin haber comprendido nada, y esto dió mérito a que el pobre joven se retirase, como se retiró de la casa de su protector, mohino y cabizbajo, dándole vueltas a la frase final de éste, pero sin lograr traducirla a satisfacción.

. . . . .

## III

En 1859, habían transecurrido más de treinta años desde los hechos que acabo de relatar, y en la casa de comercio de don F. M., en la Avenida 18 de Julio, entre Arapey y Daymán, tuve ocasión de conocer personalmente a los jóvenes L., en esa fecha ya de edad algo avanzada, don Santos y don Domingo. Estos dos hermanos, trabajaban juntos en campaña, y se surtían en el establecimiento de comercio del señor M., en las dos estaciones principales del año; comían y dormían en la misma casa durante los días necesarios para comprar y embalar las mercaderías.

Uno de esos días, sentados a la mesa el señor M., su hijo, un dependiente de la casa, los hermanos L. y yo, uno de éstos, precisamente don Domingo, aquel buen hijo que treinta y tantos años antes pretendía pagar el sér a sus padres, nos refirió el episodio de que acabo de hacer referencia, agregando a guisa de comentario, estas o parecidas reflexiones:

—¿Qué les parece a ustedes la salida de aquel hombre inteligente y de experiencia, cuando yo me le apeé, con aquello de cancelar cuentas con mis padrès? La verdad, que estuve tan tonto, como avisado éste que está aquí, (e indicó con el gesto a su hermano), tan deudor de mis padres, como yo; y lo más lindo del caso es, que éste está rico como un Creso, gracias a haber aceptado el empleo que le ofreció el finado don Juan Benito, mientras

que yo, rehusando su ofrecimiento, me quedé por puertas, no teniendo hoy sino lo necesario para vivir, muriéndose al fin nuestros padres, sin haber logrado pagarles el sér adeudado. ¡Pobre nuestros padres! y ¡más pobres nuestros abuelos, tan mal pagados como aquéllos! Y con este corto monólogo de don Domingo y de otras ocurrencias, que no faltaron, a propósito de los escrúpulos de éste y de la oportuna ocurrencia del señor Blanco, la sobremesa de esa noche no careció de animación y alegría.

---

## CAPÍTULO X

### «Los Diamantes de la Corona»

---

**Dos tormentas, una derrota y un triunfo en la fiesta inaugural de un Teatro**

#### I

El 25 de Mayo de 1880, y siendo aproximadamente las 8 1/2 de la noche, se notaba un movimiento inusitado, que difería en mucho del habitual, en la bocacalle 1.º de Mayo, confluyente con las de 25 de Mayo y Rincón. Numerosos grupos de señoras, señcritas y caballeros, se dirigían con paso acelerado al Teatro de San Felipe y Santiago, que habiendo sido reconstruído y transformado ventajosamente por un sobrino de su antiguo propietario y fundador, don Juan Figueiras, debía estrenarse esa noche, aprovechándose la fiesta cívica del 25 de Mayo.

Esto dió lugar, como se explica fácilmente, a que se hubiesen agotado las localidades, pues el vetusto teatro, engalanado y de tiros largos esa no-

che, tenía que llamar, como llamó, una numerosa concurrencia.

Es de advertir, que al aliciente de esta función de estreno, se agregaba otro: nada menos que el debut de una compañía de zarzuela seria, que había sido contratada en Europa, precisamente, para el estreno del teatro reformado.

Con este motivo, lo selecto de la concurrencia, y la nueva iluminación interna, aunque a gas todavía, la sala ofrecía un lindo aspecto.

Desde luego se notó que se había dado mayor amplitud a los corredores laterales y al vestíbulo de entrada y crec que al mismo escenario, reduciéndose la sala: sin embargo, los aplausos espontáneos, del numeroso público, fueron signos inequívocos de aprobación, y con razón sobrada, pues hablando con propiedad, el teatro no era San Felipe, sino en el nombre: era un teatro nuevo.

## II

Ya no se trataba de prender las arañas de velas con cañas tacuaras, ni de salir los peones u ordenanzas de servicio a buscar las sillas a las casas particulares, para los palcos que se hubiesen comprado en cada noche de función, debiendo retirarlas al día siguiente a las respectivas casas, todo por cuenta del interesado, a menos que éste no prefiriera mandarlas y recogerlas por sus sirvientes. De esto se deduce, que los palcos de San Felipe, allá por los años 1849 y 50, y mucho antes de estas

fechas, no tenían sillas, correspondiendo munirse de ellas a la persona que hubiese comprado el palco, según dejo dicho.

No se trataba tampoco del tiempo de Mr. Robert, ni de su excelente compañía de pruebas y bailes, ni de Carlos Winter, del joven Eugenio y de la *Petite-Amour* en la maroma y en sus saltos mortales; ni de Quijano, la Petronila, Gutiérrez, Zamborain, Ignacia, Diana y Emilia González, Santiago y Telémaco González Argüelles, a quien me parece oírlo declamar en el drama de Zorrilla "Los dos Virreyes de Nápoles", todo inflado y echado hacia atrás, con la barba hundida en la gola, mirada hosea, gesto airado, y ahuecando la voz para dar más importancia al papel y a la escena; Quijano y González en el "Trapero de Madrid" y en los "Hijos de Eduardo", en "Carlos II, el hechizado" y en la "Huérfana de Bruselas" respectivamente; ni menos se trataba ya de Angelita Tani, la Piacentini, la Cuesta, la Merea, la Pretti, la Casaloni, la Grua, la Ida Edelvira, Sofía Vera Lorini, la Chione, la Olivieri, la Vizecianti, ni de Rossi-Guerra, Joaquín Dordoni, el tenor de medio carácter de voz más dulce y melodiosa que yo he oído, y he oído mucho de lo que no se oye hoy, ni se oirá por mucho tiempo, de Comoli, de Cima, el gran barítono; de Ramonda, Guglielmini, Luisia, Figari, Bacani, el gran bajo bufo, que transitaba por la calle del 25 de zapatillas de marroquí y medias blancas, ni de tantos otros artistas, dramáticos y líricos, que podría mencionar y que frecuentaban

el teatro, en la primera y segunda época de San Felipe, hasta la fecha de que parto con estas referencias.

Igual recuerdo me trae el palco *avant-scène*, a la derecha del espectador, cuya temporada la hacían don Francisco y don José Estévez, los abogados argentinos Eguía y Miguel Cané, redactor del "Comercio del Plata", en sustitución de don Florencio Varela, un señor Alfaro, don Federico Deville, algunas veces, y otros caballeros.

Este cónclave de amigos, propiamente, venía a constituir un tribunal de censura, y era el que preparaba e ilustraba la opinión de los aficionados durante los entreactos de los espectáculos.

Tampoco se trataba ya de aquellos en que, por la escasez de los elementos componentes de la compañía dramática nacional, era necesario recurrir a ciertos aficionados para la representación de obras de gran personal, como el narigón A., tan feo como Picio y con pujos de comediante desde edad temprana. Todo encrespado, empinándose sobre la punta de los pies, tanto más que Argüelles y con sus gesticulaciones e inflexiones de voz, andaba de un lado a otro en su casa, y en la ajena también, declamando con tono enfático y atacado todo su cuerpo de un temblor convulso...

¡Conde de Moncada:

Dejad el somatén,

Que cosas tan bellacas

No pueden parar en bien!

Y aún cuando sus piernas eran cortas, sus trancos, en la escena, eran de gigante.

Me parece ver en los palcos a nuestras primeras familias, por su posición social, como las de don Tomás Tomkinson, Estévez, Posadas, Solsona, Rowley, Duplessis, general Reyes, doctores Antuña y Caravia, Samuel Laffone, Maturana, doctor Herrera y Obes, Juan Miguel Martínez, Durán, Hocguard, Anavitarte, Capurro, Carreras, Francisco Rodríguez, Antonio Montero, Estrázulas, Baudrix, Castro, Quevedo, Rücker, Requena y tantas otras.

### III

Pero... reanudemos nuestra relación comenzada sobre el estreno del nuevo San Felipe.

Me desvié de mi propósito, engolfándome en recuerdos del antiguo teatro de este nombre, precisamente cuando decía, que la sala, palcos y galerías se encontraban ocupados por numerosa concurrencia, gratamente impresionada por esto mismo y por las reformas que se habían operado en la sala con verdadero gusto.

La orquesta, ya reunida, y los profesores afinando sus instrumentos, sólo esperaban la presencia del director, para ejecutar el Himno Nacional, llegando minutos después el Jefe de Policía de la Capital, que ocupó esa noche el palco oficial, pues el Gobierno asistía al espectáculo de gala en Solís. Al fin, el Himno fué cantado por el coro de la compañía, y por la tiple de la misma, de buena presencia, y de voz bien timbrada y agradable, re-

sultando buena la impresión y promesa que esta pequeña prueba dejó en el ánimo del público, para las ulterioridades del debut.

Momentos después, levantóse nuevamente el telón, y empezó el primer acto de la zarzuela titulada "Los Diamantes de la Corona", que se había elegido para la función extraordinaria de esa noche.

En un principio la ejecución fué correcta, aunque se notó algún desequilibrio en el conjunto de voces y en la orquesta misma, de modo que, al iniciarse el tenor con su recitativo de entrada, ya el público había empezado a inquietarse y a presentir malos vientos para la compañía y para él mismo, que se había prometido una fiesta de gratas emociones.

El tenor, o no sabía lo que tenía entre manos, o estaba un tanto turbado o no sabía su parte, porque, después del recitado expresado, dicho pasablemente, empezó a flaquear y a hacer tonterías tales, que los espectadores empezaron a moverse convulsos en sus asientos, produciéndose en seguida las toses secas, los chiiii... chiiii... y por último, los silbidos del paraíso y algunos gritos salvajes acompañados de varios objetos, que procedentes del paraíso y de algún palco alto, vinieron a caer a los pies del desairado tenor.

El pobre hombre, no sabía lo que le pasaba, y lo mismo le sucedería a cualquiera que se encontrase en su lugar, pero la batahola que se había armado a su frente, crecía de tal manera, que la intervención de la policía apenas pudo influir pa-

ra que por grados fuese aplacándose la excitación de los más exigentes, contribuyendo a esto con relativo éxito, la actitud moderada y generosa de los concurrentes de los palcos y platea.

El tenor, de voz dura, pero en el registro bajo y central aceptable, carecía del registro agudo emitiendo notas trabajosas de timbre desagradable y de dudosa afinación.

Después de un corto intervalo, una vez restablecido el silencio, aunque interrumpido por nuevos amagos de protesta, aunque breves, el público fué amainando como amaina el viento después de un ciclón violento, y el tenor que había terminado la romanza tan malparado, entró en el diálogo, e inmediatamente pronunció en mala hora estas palabras ajustándose al libreto: "parece que ha pasado la tormenta".

Terminar la frase y resonar en la sala y en todos los ámbitos del teatro, una nueva silbatina, acompañada de gritos, carcajadas, aplausos y bastoneo sobre los pisos, fué todo uno.

Aquello parecía el juicio final y puso en evidencia la *bonomie* del cantante, que por mostrarse consecuente con el libreto y el consuetu, no se decidió a suprimir una exclamación semejante, que por una rara coincidencia, venía a agregar el ridículo a la ofensiva y deprimente situación en que lo había colocado su romanza.

Esta vez la situación angustiosa del tenor, duró menos que la que experimentó cuando cantó aquella, porque al fin, no se trataba ya de protestas que mereciese aquel artista en el desempeño de su pa-

pel, sino de la coincidencia a que he aludido anteriormente.

#### IV

Después de estos percances del acto primero, que concluyó con un concertante felizmente ejecutado, el espectáculo continuó sin novedad, siendo el héroe de la fiesta y el que lo salvó de un completo fracaso, nuestro viejo y querido Carmona, el actor español de aquellos tiempos, que hoy mismo recorre nuestras calles más pobre que Amán, pero más hombre de bien y más digno que nunca.

Carmona, tenor cómico y con buena voz en aquella época, siendo actor del género chico al principio de su carrera, apechugaba con frecuencia al serio, y por lo general con algún éxito, y muchas veces, iba hasta el éxito completo.

Esto, puede decirse, que ocurrió la noche del estreno del nuevo San Felipe, pues Carmona se excedió a sí mismo, jugando su papel como nunca y cosechando muchos y merecidos aplausos.

La impresión general de los espectadores, resultó conforme con lo que dije al principio, esto es; que fué este excelente y apreciado actor cómico quien salvó, en lo posible, el éxito de la función inaugural del San Felipe reformado.

---

## CAPÍTULO XI

### La «Corina»

---

**Se describen impresiones gratas de la primera juventud, que jamás se olvidan**

#### I

Hacia poco más de cuatro años que había empezado la Guerra Grande, cuando el 30 de agosto de 1847, aniversario de Santa Rosa de Lima, Arturito, que acababa de cumplir diez años, se embarcó en el muelle de don Samuel Lafone, en la Teja, inmediato al lugar que ocuparon últimamente los talleres de la Compañía Constructora del Puerto de Montevideo.

Tres cuartos de hora después, el lanchón de Montes, que hacía la carrera diaria del campo sitiador a la capital sitiada, y viceversa, a pesar de la fuerte marejada que se hacía sentir ese día, como precursora del fuerte temporal, que hasta hoy mismo da en llamarse de Santa Rosa, fondeaba en el muelle de embarque y desembarque, entonces ubi-

cado al extremo de la calle Misiones, y del cual ni restos existen al presente; y' momentos después, Arturito fué conducido a su casa de la calle Paysandú, entre Andes y Convención.

Como el objeto de este viaje a Montevideo, fué colocarle en un buen colegio para aprovechar el tiempo, que en mucha parte había perdido lamentablemente en el campo sitiador, escaso de casas de educación bien organizadas; el 15 de septiembre de ese mismo año, esto es, a los diez y seis días de su llegada, fué colocado en calidad de externo en el Colegio de don Juan Manuel Bonifaz, director del Colegio Oriental, con recomendación expresa de apretarle las clavijas, como efectivamente se le apretaron con regular provecho, pues si el neófito no se distinguió por lo aplicado en aquella época, no dejó de aprovechar el tiempo, aunque distrayéndose del estudio con grande facilidad, pues el diablo quiso, que al establecerse en la calle Paysandú, había de encontrarse de inmediato con una tentación, que no fué capaz de resistir.

## II

Esta tentación, fué el astillero del hoy finado don Juan Bautista Quartino, padre del apreciable rematador público don Pascual, ubicado aquel establecimiento en la manzana de enfrente del domicilio de Arturito, determinada por la expresada calle de Paysandú y las de Andes, Cerro Largo y Convención, y cuando no existían, además de di-

cho establecimiento, sino algunos casuchos de pobre apariencia y de más pobre realidad.

La calle Cerro Largo, no existía en aquella época ni en el nombre, porque esa calle, como las de Orillas del Plata y Miguelete hoy, no era otra cosa que parte integrante de la playa llamada del Norte, en cuya faja de ligeros peñascos, que festoneaban su orilla, depositaban sus ropas los bañistas en la estación veraniega, sucediendo otro tanto en el espacio de terreno firme, orillado por las aguas del río.

Como dejo dicho, Arturito había llegado del Cerrito para entrar en el colegio que empezó a frecuentar desde septiembre del mismo año, y el astillero de Quartino que tanto le sedujo desde el primer momento, fué el mayor atractivo que encontró para emplear sus ratos de ocio y algunos que no lo eran.

En su primera visita al establecimiento se encontró con los principios de un buque en construcción, empezando por su quilla extendida sobre un lecho de gruesas vigas, y algunas de las cuadernas, que apoyadas en su centro de trecho en trecho, debían concluir por formar el armazón de su casco. Cada día, se agregaban dos, tres y hasta cuatro, con sus bulones y pernos de acero, reduciendo así, gradualmente, la extensión de la quilla y dando, en cambio, forma ostensible a la manga y configuración del buque.

## III

Fuera del escaso personal que trabajaba por grupos de varias piezas accesorias, en construcción aparte, el personal principal se ocupaba, como he dicho, de ir reduciendo la extensión baldía de la quilla y de engrosar el casco, hasta que la tarea quedó totalmente terminada después de unos seis meses largos, para iniciarse los primeros trabajos dirigidos a construir la cubierta y los muros con tablones de dos pulgadas de espesor y concluir con el calafateo, el alquitranamiento y el aforrado en láminas de cobre de toda la parte inferior, más arriba de la línea de flotación.

Arturito no dejaba la ida por la venida, como que estaba cerca su casa, de manera que, no bajaba de dos visitas diarias las que hacía al astillero, de mañana, antes de ir al colegio, y de tarde, cuando regresaba y mientras no era la hora de comer.

Muchas veces, y sobre todo de mañana, una de las sirvientas de su casa venía a buscarlo, pues embebido en las novedades que le ofrecían las obras del astillero, se olvidaba de la hora del colegio.

En fin, eso siguió así, hasta que terminado el casco del buque y colocado el palo mesana, el mayor y el bauprés, así como el mascarón de proa, el timón, las vergas y demás accesorios, así como terminados los camarotes de proa y popa, maquinaria para izar el ancla, bancos, dos botes de servicio, etc., etc., empezó la pintura del buque con los primeros anuncios de cuándo, más o menos, se bende-

ciría con grandes fiestas, y entre ellas, con un baile sobre cubierta.

Una tarde, al llegar Arturito al astillero, se encontró con el nombre de "Corina" colocado en letras doradas en el centro de la popa del buque, y desde ese día, creció para él el interés por la fiesta anunciada y la solemne botadura del primer buque, que él había visto construir desde su quilla, que es como si dijéramos, su cimiento o piedra fundamental.

Mil castillos en el aire formó para tal ocasión, y como en el establecimiento era muy conocido, constituyendo una visita diaria que llegaba a extrañarse cuando faltaba algún día, no le costó mucho obtener la promesa, de que para el día de la fiesta, se le permitiría subir a la cubierta.

#### IV

A los pocos días, Arturito oyó decir, que la goleta "Corina" iba a ser bendecida en uno de los próximos domingos, con la fiesta anunciada y, además, con fuegos de artificio, noticia que lo encantó al extremo de que a no ser las exigencias de la persona que lo acompañaba al colegio, se habría ido derecho al astillero a saborear la fiesta de antemano, mediante una espléndida rabona.

No la hizo, pues, pero a las 4, hora que regresaba del colegio, apenas dejó su cartera, se fué en derecha a lo del señor Quartino, obteniendo, alborozado, la completa confirmación de la grata noticia que le dieron por la mañana.

Pasaron dos semanas en preparativos, y ya a principios de la segunda, empezaron a colocarse astas banderas en los palenques y postes del astillero, y cuerdas cruzadas más arriba de la obra muerta de la "Corina".

Empezó también la colocación de lienzos de lona para atajar el viento y el agua, la noche de la fiesta, para el caso de ser necesario; y a la vez, siguieron los trabajos de pintura en porción de detalles de la borda y con especialidad, en la Sirena colocada bajo el bauprés, obra de un señor Favaro, hábil escultor en maderas, padre de don Miguel y de don Alejandro Favaro, nuestros conocidos y amigos de ayer.

## V

En fin, llegó el día de la fiesta después de grandes preparativos, que iban trasformando el astillero en un pabellón ornado con banderas de todas las naciones, con especialidad nacionales e italianas; la "Corina" empavesada desde el palo mayor al palo mesana, y desde éstos, hasta la popa y extremos del bauprés; el piso de cubierta convertido en salón de baile, estaba tapizado de paño punzó; en postes adornados con telas de color, se habían colocado de trecho en trecho los entonces llamados *quinqués*, alumbrado de aceite de oliva, que producía una luz límpida y brillante; colgando en el centro, una araña de arcos, adornada también de telas de color y flores, con gran cantidad de velas de estearina; una fila de sillas de paja, rodeaba

todo el perímetro de la cubierta, ocupando los atriles de una pequeña orquesta el lugar apropiado al pie del palo mesana, y por último, un toldo de lona, cubría el salón improvisado.

De cuatro a cinco de la tarde, concurrieron los padrinos y un gran número de convidados, sin contar los mirones, que por centenares, rodeaban a la pequeña "Corina".

Entre la concurrencia, recuerda Arturito a algunas personas de las familias vecinas de la localidad, como las de don Pedro Recayrte, don Juan Ronra, general San Vicente, don Juan José Aguiar, don Fernando Moratorio, don Domingo González, don Juan Gard, don José Nogués, don Francisco Fourcade, don Federico Deville y otras.

Llegado el momento, y con la concurrencia del sacerdote, que lo fué el padre don Juan Bautista Cuneo, el mismo que, treinta años más tarde, llegó a ser el famoso Padre Cuneo, cura de la Iglesia del Reducto, a quien le dieron nombre sus inolvidables sermones; y en medio de grupos de personas de ambos sexos, ataviadas con relación a su respectiva posición y hábitos ordinarios, la goleta fué bautizada con el nombre de "Corina".

Al oscurecer se empezó a bailar con entusiasmo hasta las doce de la noche, hora en que Arturito, ya hacía dos que dormía a pierna suelta, muerto de cansancio por los viajes que hizo durante el día, de su casa al astillero, y del astillero a su casa, sin contar las ocho primeras horas de la fiesta, desde las cuatro y media de la tarde.

En los días subsiguientes no se hizo sino reco-

ger los adornos y desalojar la cubierta del buque, de todo lo que no tenía destino en ella, y sólo se habló del día en que debía botarse al agua, con una nueva fiesta.

## VI

Pasada la bendición y bautizo de la "Corina", Arturito descuidó por unos días la asistencia al astillero porque estuvo enfermo, aunque de mal pasajero.

En el curso de estos días precisamente, el buque fué botado al agua, pero sin fiesta alguna que tuviese la trascendencia y resonancia de la del último domingo.

Apenas se levantó de la cama el enfermo y pudo salir a la calle, lo primero que hizo una mañana fué dirigirse al astillero. Llegó jadeante y ansioso de ver una vez más a la "Corina", así como todo lo que se hubiese hecho de nuevo a su alrededor para ser botada al agua, pero, no fué chica su sorpresa, cuando se encontró vacío todo el espacio que había ocupado aquélla durante un largo año.

Instintivamente dirigió su vista a la bahía, y allí pudo distinguir a la "Corina" fondeada frente a la Barraca del Mar y distante quinientas varas de la costa más o menos, que era la medida de aquel tiempo.

El manso oleaje de la playa, sobre el cual serpenteaban los primeros rayos del sol de aquella mañana de primavera, envolvía el casco reluciente

de la "Corina", que de proa a la bahía, se mecía perezosa a impulsos de la suave marea.

¡Qué inexplicable interés despertó en Arturito aquel sencillo cuadro, que inopinadamente se ofrecía a su vista!—Pensaba, que en las últimas horas de una de las tardes anteriores, la pequeña nave descansaba, aún inerte, sobre las gruesas vigas cruzadas que le sirvieron de lecho! ¡Qué contraste más resaltante entre la inercia de esta situación material sobre la tierra firme, y la que ostentaba ahora, entregada al elemento del cual iba a recibir toda su vitalidad y todo el matiz de su destino futuro!...

## VII

Muchos días permaneció la "Corina" fondeada en el mismo lugar, esto es: frente a la Barraca del Mar, de don Federico Deville, hoy esquina de Miguelete y Andes.

Arturito no dejó un solo día de visitar los malos peñascos de la playa, que seguían precisamente la dirección de la hoy calle de Cerro Largo, hacia el Este, y aún la barraca antes designada, para gozar de la vista que le ofrecía la nueva nave, siempre meciéndose al compás de la suave brisa y oleaje de aquellas lindas mañanas de octubre.

Con este motivo, tuvo ocasión de observar que, paulatinamente, iba complementándose el velamen y aparejos; pero según le pareció, el buque había perdido algo de la libertad de sus movimientos, de su gallardía y de su esbeltez, y por último, lo en-

contró más bajo de borda, por no decir, más hundido en las aguas.

A fuerza de curiosidad y de las preguntas consiguientes, Arturito vino al fin a descubrir el misterio, porque interrogando a uno de los conocidos obreros del establecimiento *Quartinç*, aquél le dijo: La verdad que eres muy curioso, pero me gusta que lo seas tratándose de nuestra "Corina", que tanto has visitado y por la que tanto te interesas. Oye, pues: lo que tú extrañas en ella, es muy sencillo y explicable, porque después de terminadas todas las obras accesorias que faltaban a bordo para emprender la navegación, el buque acaba de hacer su carga completa consignada a los ríos, para los cuales debe salir de un momento a otro. Por consiguiente, debes comprender, que la pobrecita no puede hamacarse hoy con la facilidad de hace unos días, ni su borda puede destacarse tanto sobre el nivel de las aguas. Conque así, muchacho, ya está satisfecha tu curiosidad, y hasta otro rato; y se alejó con paso cadencioso, canturreando un motivo, que muchas veces tuvo ocasión de oírle, cuando con él amenizaba sus diarias tareas.

El obrero dijo la verdad, pues uno o dos días después, cuando Arturito, desde la azotea de su casa trató de dominar algunos obstáculos, que se ofrecían a su vista, impidiéndole dominar por completo el astillero, y lugar que ocupaba la "Corina", con gran sorpresa no la vió ya, ni jamás debía volver a verla, a pesar de los casi setenta años transcurridos desde entonces.

. . . . .  
. . . . .

## VIII

Hace unos tres o cuatro años, si nuestra memoria nos es fiel, que acompañado de Arturito, que a la fecha es ya un Arturo de ochenta, nos encontramos con el apreciable caballero don Pascual Quartino, hijo del finado don Juan B., constructor de la goleta "Corina", y a mi acompañante se le ocurrió hacer referencias a este buque, en sentido de saber, si aquel señor había oído hablar de él, en el seno de su familia, como era de suponerse, contestando aquél afirmativamente... y luego de algunas frases consagradas por uno y' otro a los tantos recuerdos que despertaban en ellos aquellas referencias, formuló con intención y sonriente, esta pregunta: ¿y si yo le dijese a usted, don Arturo, que la "Corina" que vió usted construir en 1848, y que supone desaparecida después de tantos años, existe a la fecha?

—¡Qué me dice usted!, exclamó emocionado Arturito, es decir, don Arturo... y su admiración subió de punto, cuando el señor Quartino, hablando por monosílabos, como de costumbre y con la calma y seriedad que le es característica, agregó: y no sólo existe, sino que aún hoy, presta servicios útiles en el cabotaje del puerto de la ciudad del Rosario de Santa Fe.

—Lo que quiere decir, observé yo en tono de franca expansión, que después de setenta años transcurridos, existen todavía, la "Corina" y el entu-

siasta Arturito, que la vió construir, aunque ya se trate de un buque viejo y de un Arturo más viejo aún.

---

## CAPÍTULO XII

### Un arma de dos filos

---

**Ejemplo de que a veces, procurando prevenir un peligro, ponemos fuego en nuestra propia casa**

#### I

A fines de diciembre de 1864 y desde antes de esta fecha, pasaba el país por días aciagos, a causa de los acontecimientos políticos que produjo la misión del Consejero Saraiva, cerca del Gobierno Oriental.

La revolución encabezada por el general Flores, después de tres años de peripecias languidecía, cuando errores lamentables dieron lugar a que el arreglo de la reclamación del Brasil, a que respondía la misión a que acabo de referirme, fracasase, como fracasó.

Tal circunstancia, a su vez, vino a constituir un factor importante en el destino futuro del partido dominante en aquella época, y Flores reaccionó, tomando nuevos vuelos.

Con efecto, a la acción del jefe revolucionario, se agregó de inmediato la invasión del país por un ejército brasileño de 9,000 hombres de las tres armas, comandado por el Mariscal de Campo, Mena-Barreto, y el sitio de Paysandú, ciudad que no tardó en ser a la vez bloqueada por la escuadrilla del Imperio, a las órdenes del Barón de Tamandaré.

En este estado la política del país, un acontecimiento, preparado por la acción de la justicia ordinaria, vino a distraer un tanto la atención pública, pues de un día a otro debía tener lugar en Montevideo la ejecución de dos criminales, condenados a la última pena.

Uno de los jóvenes abogados de nuestro Foro, desempeñaba entonces la Defensoría de pobres en lo criminal, y entre las causas en que se le había dado intervención, figuraba la que se siguió de oficio por el Ministerio Fiscal, a los reos a que acabo de referirme.

El móvil del crimen fué el robo, y se ejecutó con premeditación, por lo cual, el Fiscal había pedido contra los procesados la pena ordinaria de muerte, que aún sin aquellas circunstancias agravantes, era la que correspondía con sujeción a la legislación española, vigente todavía en aquella época.

La causa había seguido todos sus trámites hasta verse en juicio público en el expresado año de 1864, fallándose en primera y segunda instancia con imposición a los procesados de la pena pedida por el Ministerio Público.

Como era de práctica, puesto el cúmplase por el

Juez de la causa, ésta pasó al Poder Ejecutivo para que autorizase su ejecución, pero habían trascurrido dos semanas, sin que el Presidente de la República, que a la sazón lo era el ciudadano don Atanasio Aguirre, se hubiese expedido.

## II

Como dejo dicho, el país pasaba por una de sus más dolorosas situaciones: el ejército brasileño, al cual se incorporó el general Flores con mil trescientos hombres que le seguían, verificó el primer asalto, pero fué rechazado por la guarnición, a las órdenes del general don Leandro Gómez.

A la vez el almirante Barón de Tamandaré que con varios buques de guerra de poco calado había subido el Uruguay para bloquear la ciudad, interceptó toda comunicación con el interior y arrojó sobre ella millares de proyectiles, coadyuvando así a la acción del ejército de tierra que ocupaba las alturas al Norte y Este de la ciudad. Así las cosas, en los últimos días del mes de diciembre, se esperaba un segundo asalto a la plaza, después del bombardeo con que se había iniciado el primer ataque, y que ahora se repetía con mayor empeño y violencia.

La ansiedad en Montevideo era inmensa, como debe suponerse, pues por más que la resistencia heroica de la guarnición había rechazado el primer asalto a la plaza, nadie, incluso el Gobierno, se hacía la ilusión de que se pudiese llegar a un resultado igual en el caso de un segundo ataque. Los

elementos acumulados alrededor de la ciudad sitiada, eran formidables, comparados con lo que representaban ochocientos hombres encerrados en aquélla, extenuados de cansancio y con escasos médicos para una larga resistencia.

Las comunicaciones eran entonces lentas y trabajosas, y por consiguiente la ansiedad pública crecía por horas, no existiendo otra preocupación en todas las clases sociales, que tener noticias del grave acontecimiento que constituía el triunfo o la caída de Paysandú en manos del ejército sitiador.

### III

El día 27 o 28 de diciembre, se encontraba en su estudio el abogado defensor de los procesados, que acababan de ser condenados a muerte, y uno de los practicantes entró a anunciarle la presencia del señor don Andrés Vázquez, hermano del finado don Vicente, persona tan respetable como su hermano y de bastante figuración, ocupando altos cargos en la Administración Pública.

El que ejercía en aquella fecha el señor don Andrés, era el de Presidente de la Comisión de Caridad, dependiente de la Junta E. Administrativa de Montevideo, hombre humanitario y de sentimientos tiernos, dedicado desde muchos años atrás a hacer el bien posible en el ejercicio de los cargos de más labor y de mayor peligro; era un rival generoso y un íntimo amigo a la vez, del inolvidable

don Carlos Viana, quien dejó en su pasaje por la vida, recuerdos imperecederos por sus servicios y beneficios a la humanidad doliente, ejercidos con todo desinterés y hasta con desembolsos de su peculio particular, como es notorio para todos los que tuvieron el honor de conocerle.

Ahora bien: el joven practicante que anunció al doctor Vázquez, advirtió al abogado, que aquel señor le había manifestado suma urgencia, recomendándole se lo hiciese presente.

Inmediatamente fué introducido el señor Vázquez, quien al extenderle la mano, le dijo estas palabras: doctor, vengo a pedirle su consejo y su concurso para que salvemos a Rodríguez y al Moro.

El abogado, al oír estas palabras quiso decir algo después de cierta vacilación que se manifestó claramente en el gesto y en su mirada, pero el señor Vázquez, que parecía dominado por cierta excitación y nerviosidad, se lo impidió, agregando con precipitación: los momentos son preciosos para intentar algo en beneficio de esos desgraciados.

—Pero, dijo con calma el abogado, ¿con qué probabilidades cuenta usted para realizar su propósito?

—La situación actual en que nos encontramos, a la espera de los acontecimientos de Paysandú. Es de suponer, que el desastre último, la sangre derramada en estos últimos días, aunque con el triunfo que nos dió la resistencia heroica de la guarnición y el rechazo de los sitiadores, influya en el ánimo del Presidente para hacer uso de su bella prerrogativa, conmutando la pena a aquellos po-

bres y evitando que se derrame más sangre... ¿no piensa usted lo mismo, doctor?...

## IV

Este, estaba de pie lo mismo que el señor Vázquez, pues la precipitación y vehemencia con que inició su entrada, no le ofreció oportunidad al abogado para ofrecerle una silla, ni para él ocupar la suya. Invítóle, pues, a tomar asiento, y después de un momento de meditación, el abogado dijo estas palabras, con mucha pausa y con triste expresión: señor Vázquez, mucho me temo, que no consigamos nada. El noble medio de que usted quiere valerse, es una espada de dos filos, sumamente peligrosa.

—Pero, observó Vázquez, una petición...

—Sí, sí, he comprendido lo que usted desea: una petición al Presidente de la República.

—Que no sólo firmaré yo, sino toda la Comisión, y lo mismo la de Beneficencia, si usted lo considerase necesario, pues todos se ofrecen en competencia para hacer el bien posible a los sentenciados...

—Desgraciadamente, no se trata aquí del número de los firmantes, aunque no deje mucho de influir la respetabilidad de las distinguidas personas que suscriban la petición...

—Pero, ¿de qué se trata o debe tratarse entonces, doctor? —observó contrariado el señor Vázquez.

—Se trata, repitió el abogado con la calma de antes, se trata de aprovechar una oportunidad propicia...

—¿Y bien?...

—Y esta oportunidad, continuó el abogado imperturbable, no se ha presentado por ahora.

—¿Y entonces?... — interrumpió el señor Vázquez.

—Pero, concluyó el doctor, pronto va a presentarse, y entonces redactaremos el escrito que usted desea, y yo también. Le debo a usted una explicación, señor Vázquez, y voy a dársela, porque acaricio la esperanza de que usted va a reconocer el inconveniente de una petición semejante en estos momentos.

—Se lo agradeceré, dijo Vázquez con laconismo y visiblemente contrariado.

—Pues bien, continuó el abogado: usted sabe, como sabemos todos en Montevideo, que las hostilidades sobre la ciudad de Paysandú se han reanudado con más tesón que antes; que el general Súa, no ha llegado aún para prestar la protección que desde hace días reclama la plaza sitiada, y aquí entre nosotros, agregó el doctor confidencialmente, no llegará más tarde, de modo que, por más heroicidad de que blasonen los valientes que defienden las trincheras de defensa, la plaza, día más, día menos, caerá.

—Y bien, interrumpió de pronto el señor Vázquez, ¿qué deduce usted de esto?

—Lo que deduzco, es que la solución del pleito sangriento sobre Paysandú es cuestión, en mi concepto, de 3 o 4 días más, y que entonces, tomada la plaza o rechazados los sitiadores por segunda vez, y quizás llegando Súa a hostilizar por retaguardia

al ejército brasileño, lo que constituiría un doble triunfo sobre el obtenido antes, sería el momento de gestionar el perdón.

—¿Por qué entonces y no ahora?

—Porque al presente, replicó el doctor con un poco de vehemencia, no contamos sino con un solo factor que garantice la probabilidad de conseguir nuestro objeto, mientras en mi caso, concurren dos, es decir: o la caída de la plaza después de una horrible matanza, pues ya es conocido el empeño de los sitiadores y la índole y propósitos de resistencia de los sitiados, mientras cuenten con un cartucho; o bien la plaza resiste, Súa avanza y el sitio se levanta, a lo menos por tierra, y tendremos oportunidad de festejar en Montevideo este gran triunfo.

—Pero, ¿quién asegura este triunfo?

—Esto no hay para qué explicarlo ni discutirlo, replicó el doctor; de lo que se trata aquí, es de esperar, a que una u otra cosa suceda, como no puede menos de ser, y como en uno y otro caso se habrá derramado sangre de orientales a torrentes, tanto de una parte como de la otra, y puede también producirse el triunfo, aunque no sea decisivo, entonces sí, puede suponerse que no se querrá más sangre, ni empañar la satisfacción del triunfo, ni la alegría pública en Montevideo, con el espectáculo repulsivo de la ejecución de dos hombres.

El doctor Vázquez calló por un momento; meditaba.

—En situaciones difíciles como ésta, continuó el abogado, y aunque no lo sean, conviene siempre

acumular el mayor número de elementos, para asegurar el éxito de nuestras pretensiones: la estrategia militar no es la única, pues existe la forense, y la que se emplea en la misma vida ordinaria para defenderse de las asechanzas y vencer al que nos hostiliza.

—¿Y si en este intervalo de espera, observó de pronto el señor Vázquez, el Ejecutivo manda ejecutar la sentencia?

—Indudablemente que esto es posible, pero no es probable, porque al presente, el ánimo del Presidente está demasiado preocupado para acordarse del proceso de Rodríguez y el Moro.

—Pero, doctor, esto no es sino una suposición, y ¡cuán contrariados quedaríamos usted y yo, si mi temor llegara a realizarse!

El doctor se inclinó con mucha seriedad, y dijo:

—Bien, señor Vázquez, usted despierta escrúpulos en mi conciencia, y creo que no debo desentenderme de ellos. Son las 11  $1\frac{1}{2}$ , agregó sacando su reloj: para las 2 de la tarde estará pronto el escrito que deben ustedes presentar.

—Gracias, dijo el señor Vázquez con aire de satisfacción, y si a usted le parece, podré mandar por el borrador.

—Perfectamente, dijo a su vez el doctor.

—Puesto en limpio, se lo enviaré a la firma.

—No, no, observó el abogado, esta es una gestión particular de la Comisión de Caridad. En esta emergencia, yo no he hecho sino contestar a su consulta y emitir una opinión, que no ha podido pre-

valecer, y que yo me reservo: además, mi misión de defensor hace días que ha terminado.

El señor Vázquez se retiró, al parecer algo contrariado, y el abogado quedó solo, y paseándose a pasos lentos a lo largo de su sala de estudio, antes de sentarse de nuevo y volver a sus tareas interrumpidas por la llegada del señor Vázquez.

## V

No recuerdo bien si esta escena del Presidente de la Comisión de Caridad con el defensor de Rodríguez y el Moro fué el 26 o 27 de diciembre, pero estoy seguro, que tuvo lugar en una u otra de estas dos fechas.

Al día siguiente, esto es, el 27 o 28 del mismo, a las 8 de la mañana, salía el joven abogado de su casa, cuando al pisar el umbral de la puerta de calle, se encontró con el señor Vázquez que se dirigió a su encuentro desde la acera de enfrente, con los brazos abiertos y prorrumpiendo en llanto hasta abrazarle estrechamente, y acusándose, aquel hombre bueno, de no haber seguido sus consejos y de ser causa de la muerte de aquellos dos hombres que había deseado salvar.

El Presidente de la República había recibido el escrito de gracia a las 3 1/2 de la tarde, y una hora más tarde, había devuelto los autos del proceso al Juzgado de su procedencia, para que las sentencias se ejecutasen, como se ejecutaron a las 48 horas en el Cuartel de Dragones, ocupando los dos banquillos el muro Norte de un antiguo edificio que li-

mita por ese costado la Plaza de ejercicios físicos establecida hace pocos años en aquella localidad.

## VI

El doctor hizo entrar a su casa al atribulado Presidente de la Comisión de Caridad, haciéndole reflexiones juiciosas en sentido de que ninguna responsabilidad le cabía en el fracaso de su noble gestión ante el Presidente de la República, explicándose su urgencia, y a la vez su resistencia a la espera que le había propuesto, por temor de que esa espera pudiese resultar fatal a los sentenciados, lo que bien habría podido suponer.

El señor Vázquez, fué serenándose por grados, y cuatro días después, cuando se produjo la caída de Paysandú y tuvo ocasión de palpar el efecto desastroso que produjo en todos los ánimos aquella catástrofe, con los fusilamientos y otros detalles impresionantes de la inolvidable tragedia, tuvo la nobleza de reconocer, que la espera aconsejada por el defensor, quizás habría salvado de la muerte a aquellos dos hombres.

## CAPÍTULO XIII

### Dos maneras de apreciar el tiempo

---

**Que enseña con el testimonio de una celebridad, lo que es necesario hacer, entre otras cosas, para dominar un instrumento de cuerdas.**

#### I

Don Leopoldo Sívori, hijo político del señor don P. G., fué solicitado con grande empeño, para que se sirviese favorecer al joven italiano L. S. (más tarde uruguayo de corazón, y el cual estudiaba el violín), con un tarjeta de comendación para el gran concertista Sívori, pariente de aquel señor y que acababa de llegar a Montevideo.

Ocurría esto el año de 1843, poco después de empezar la Guerra Grande, y fecha en que el célebre músico daba sus conciertos en el vetusto, ya entonces, teatro de San Felipe y Santiago, causando gran admiración a nuestro público, y despertando explicable interés y curiosidad entre los aficionados de aquella época.

Entre estos últimos, se encontraba el joven a que me he referido, el mismo que algunos años después, ya en calidad de profesor, entró a figurar en la orquesta de ese mismo teatro y en el de Solís, como primer violín, así como en los conciertos clásicos y en el profesorado. El apreciable joven, deseaba hacerse oír del célebre concertista, conocer su opinión autorizada sobre las condiciones que pudiera reunir y sobre lo que razonablemente podría esperarse de ellas, en el perfeccionamiento de la ejecución del rey de los instrumentos.

Excusado es decir, que la recomendación fué acordada, y el joven S., después de prepararse durante un par de días, repasando algunos estudios, que creía dominar y una romanza de sus simpatías, en cuya ejecución había puesto toda su inspiración y empeño, se presentó de tiros largos en el "Hotel del Vapor", en la calle Misiones, entre Cerrito y Piedras, residencia del maestro.

Fué recibido por éste con suma amabilidad, y luego que el joven aficionado expuso a Sívori sus deseos, esperó la primera palabra de éste con cierta ansiedad, temiendo que pudiera excusarse o poner condiciones fuera de su alcance, lo que felizmente no ocurrió.

Entretanto, Sívori se había apoderado del violín y del arco, que el joven había colocado sobre la silla inmediata a la que ocupaba en la salita en que fué recibido. y empezó a preludiar, acumulando en aquel ejercicio vertiginoso de dedos, todas las dificultades que pueden concebirse entre escalas, arpeggios, acordes, trinos, octavas, décimas, pizzicatos.

estacatos y trémolo simple y doble, al extremo de electrizar al pobre muchacho, quien, poco menos que anonadado, quedó ante aquel portentoso ejecutante.

Conozco este pasaje de la vida del joven violinista, como otros muchos, por referencias de él mismo, a quien empecé a tratar con cierta frecuencia en 1867, llegando después hasta la más estrecha y verdadera amistad, y hasta febrero de 1914, fecha en que falleció a edad avanzada. En la referencia de este suceso de su vida artística, se mostró emocionado bajo el grato ascendiente de los recuerdos por las circunstancias que mediaron con tal motivo, en la primera hora que duró esta conferencia con el maestro, y en la que tuvo lugar al siguiente día.

Apercibiéndose aquél de la turbación del joven, cesó de pronto en sus preludios, y le extendió el violín y el arco diciéndole, de pronto: “*ebbene, giovane, fattemi sentire cualche cosa*”.

Por un momento, nada contestó el aludido, hasta que dominando al fin su emoción y todo trémulo, dijo: *Signor professore, dopo d'averlo sentito preludere a lei, non ho il coraggio di fare una sola nota... dunque, se il signor professore si degna discolparmi, io ritornero domani o in altro momento...*

Sívori, quedó un tanto pensativo, y después de contemplar en silencio el violín y el arco que concluyó por colocar en su caja, lo mismo que los había sacado de ella momentos antes, y mirando al joven con benevolencia, le dijo afectuosamente:

—Bene, sta bene, domani potete venire alla me-  
decima ora, — vi prometo, agregó después, di non  
preludere, y despidió al joven acompañándole has-  
ta la puerta, que conducía a la galería exterior.

## II

Al día siguiente el joven S., de traje nuevo co-  
mo en el anterior, se presentó en el hotel, siendo  
en el acto introducido a presencia del maestro,  
que esperaba su llegada en la salita del día an-  
terior.

Después de saludar atentamente al maestro, el  
joven, a invitación de éste, depositó la caja que con-  
tenía su violín sobre la misma mesa en que lo había  
colocado la víspera, sólo que, el maestro se abstuvo  
esta vez de tomarlo, y ni siquiera pensó en prelu-  
diar. Por el contrario, preguntó al joven si estaba  
dispuesto a empezar la prueba, el que, contestando  
afirmativamente, y con marcada resolución, tomó  
el violín, y seguro de que estaba afinado, después  
de posar suavemente el arco sobre sus cuerdas, eje-  
cutó con calma y seguridad admirable, dos estu-  
dios de Alard, uno tras otro.

Terminado el segundo estudio, Sívori, sin ade-  
lantar signo alguno de aprobación, le manifestó el  
desco de oír una romanza de que le habló el día  
anterior, para lo cual, le indicó otra vez el atril in-  
mediato, en el cual el joven colocó su música em-

pezando a tocar con bastante emoción: el silencio del maestro, le había infundido cierto temor.

Sin embargo, continuó imperturbable, y serenándose gradualmente, pudo con seguridad creciente rematar la dura prueba con el éxito que él deseaba.

Sívori guardó el mismo silencio en este momento, que había guardado anteriormente, ofreciendo él, dudas y verdadera ansiedad, al novel violinista. Según éste decía, cuando me hizo referencia de esta anécdota de su vida íntima, en su concepto, había tocado bien, pues aún cuando al principio hubo algunas vacilaciones en las primeras arcaídas, como efecto de la emoción que le embargaba, en seguida reaccionó y se encontró seguro del éxito, pero a la vez se preguntaba, si pensaría lo mismo el maestro. Muy pronto salí de mis dudas, agregaba el joven, y de la justa ansiedad que esas dudas me causaban, porque en medio de aquel eterno silencio oí estas palabras, que jamás podré olvidar, y que me parece oír aún, a pesar de los años transcurridos; *Giovane; vi ho sentito attentamente, e la mia opinione vi e favorevole: voi avete le due condizione essenziale per giungere nello studio di questo strumento: udito e gusto; ma, disgraziatamente, come ho sentito dire, non potrete andare innanza qui, e dovrete andari in Europa. — Grazie tante ancora una volta, signor professore, contesté, y agradecido y lleno de orgullo por el juicio que le había merecido... me atreví a hacerle la siguiente pregunta, aunque con la salvedad que se verá: ¿Cosa dovreva io fare per sonare el violino, non giá como*

ley, que eso sarebbe arditá prettensione, ma per sonare bene, al meno?

Sívori se sonrió con socarronería... y extendiendo el brazo con lentitud, tomó el violín de manos del joven que esperaba ansioso la contestación del maestro, atribuyéndole, como es natural, gran importancia para su porvenir, dijo: ¿vedete queste due lettere?, y señaló con el índice de la mano derecha las dos S que figuran sobre la tabla armónica del instrumento. El joven quedó perplejo, sin saber qué contestar, y Sívori contestando a su propia pregunta, agregó: Ebbene: vogliamo dire: *studiate sempre*.

### III

Han transcurrido cuarenta y dos años de la estada pasajera de Sívori en Montevideo, y uno de los hijos de aquel joven violinista a quien el famoso maestro favoreció con su opinión, violinista como su padre, que lleva su mismo nombre y que es actualmente maestro director y concertador de orquesta, con actuación brillante entre nosotros, tuvo necesidad de ausentarse para Europa en 1885, con el objeto de perfeccionar sus estudios de violín y completar los de armonía y contrapunto, ya comenzados con el distinguido maestro Strigoli, que sea dicho de paso, acaba de fallecer ciego en la capital vecina.

Fueron maestros del aventajado joven S. el notable violinista Leonard y Teodoro Dubois, ex director del Conservatorio de París. Durante su es-

tada en esa capital, entabló relación con el concertista Sívori, el mismo que su señor padre había conocido en Montevideo, de quien aquél desde ese día, trató de recibir algunas lecciones.

No tardó mucho el joven S. en estrechar relación con Sívori y de tener ocasión de significarle todo el interés que le inspiraban los triunfos de su brillante carrera, ofrecerle el testimonio de su respeto y admiración, hablarle, entre otras cosas, de la América del Sud, y por último, de Buenos Aires y Montevideo.

Sívori se manifestó sumamente complacido por los recuerdos que conservaba de estas capitales del Río de la Plata, aunque un tanto borrados por la acción del largo tiempo transcurrido y por la confusión de ideas que le producían las distintas impresiones recibidas durante su estada en esas ciudades y en otras del continente sudamericano, que había recorrido en su gira artística.

S. aprovechó el momento oportuno, para hablar también de su señor padre, de la entrevista que tuvo con él en Montevideo y del medio eficaz y único de poder llegar a tocar bien el violín: *Studiate sempre*.

Sívori procuró recordar todas las circunstancias de la entrevista que tan grabada quedó en el ánimo y en la memoria del padre de su joven amigo, y después de un momento, se limitó a decir:—No, non lo ricordo, ma sicuramente l'ho data como ad' altri oportunamente.

—¿Dunque vol dire, qui la ricetta resulta infallibile?

—Non solo infallibile, contestó Sívorì sorridente, ma anzi impossibile da rimpiazzare, eterna, al meno, nel mio pensare, caro giovane.

—Maestro, voi parlate al'un convinto.

—I voi parlate con un altro, agregó Sívorì, perche alle mie 79 anni, ancora non ho dimendicato quella regola. Quando voi siete arribato io féniva le miei due ore di studio di ogni mattina, senza parlare dell'altri due ore dopo pranzo qui faccio ogni giorno.

—E dopo di eseguire quella regola fin adesso, ¿non l'avette mai laciata per un'altra, perduta la fede nei suoi effetti?

—Mai...

---

## CAPÍTULO XIV

### Batalla de flores

---

**En donde quedan justificadas hasta la evidencia, las benéficas propiedades de las aguas minerales de Contréxeville.**

#### I

En el año de 1881, hizo su primer viaje a Europa, mi amigo don E. M., encontrándose en París en la primera quincena de junio del mismo año, y como el objeto de su viaje era el de tomar las aguas minerales prescritas por los médicos de Montevideo, esto es, las de Contréxeville y Vibel, el señor M., después de una corta estada en Bruselas, Londres y París, partió el 12 de julio siguiente para los Vosges, instalándose en el Hotel "Providence", sito en el primer establecimiento a que acabo de referirme.

Allí le esperaba su viejo amigo, Julio Buero, quien como él y por igual dolencia, concurría todos los años al expresado establecimiento, aunque

con menores dificultades, pues hacía ya algunos que aquel estimado compatriota se hallaba instalado en París, como comisionista y agente de varias casas de comercio de Montevideo.

El señor M., desde su llegada, empezó a familiarizarse, mediante el auxilio de su amigo, con todos los usos y costumbres del establecimiento y poniéndose en relación, a la vez, con varias personas que le fueron presentadas, las cuales por una cosa u otra, se encontraban en su misma o parecida situación.

Con estas relaciones y nociones preliminares, y sabiendo ya a qué atenerse, por el efecto real que las aguas producían en los pacientes, ofreciéndosele cada día un testimonio de mejorías sorprendentes entre los seiscientos y tantos inscriptos en la lista o registro de concurrentes, llevada por la Dirección; se decidió a visitar al doctor Brognard, residente en la localidad, uno de los médicos a quien el señor M. venía recomendado por el eminente facultativo de París, Mr. Le Dantú, quien había confirmado el diagnóstico de los médicos de Montevideo.

Una vez indicado el tratamiento que debía observar, según prescripción de M. Brognard, desde el siguiente día, el señor M. ingresó en el cuadro de las personas inscriptas para seguir el tratamiento, teniendo que habérselas con madame Boulanger y su ayudante o auxiliar Pauline.

¿Quién es esta madame Boulanger?, preguntará el lector.

Va a saberlo muy pronto, y no sólo va a saber

quién es, sino las condiciones que la distinguieron y le dieron cierto prestigio allá por el año de 1881, fecha en que tuvo su figuración en el establecimiento sanitario de Contréxeville, en los Vosges, la zona en que actualmente, desde tres años atrás, se libra el gran pleito entre alemanes y aliados.

Y bien, después de estos ligeros antecedentes que dejo narrados, tócame cumplir el compromiso contraído con el lector.

## II

Madame Boulanger, era una empleada del establecimiento, según creo haberlo significado, encorvada ya por setenta o más años; vestía con suma sencillez, bien que con extremada limpieza y aliño, como acostumbran a hacerlo todas las francesas.

Esta mujer, con su ayudante o auxiliar, tenía el ingrato encargo de mantener en perfecto estado de aseo los cincuenta y tantos gabinetes que hacía indispensables la calidad diurética de las aguas de Contréxeville, así como otras exigencias que no escaparán a la notoria penetración del lector. Bueno es que se tenga presente para mejor apreciar los hechos, que desde las 4 1/2 de la mañana (estábamos a fines de julio), funcionaban las fuentes, porque desde esa hora empezaban seiscientas personas a concurrir a ellas.

El motivo de esta tan temprana invasión, era tener el tiempo necesario de tomar cada uno de los concurrentes el número de vasos de agua que le

hubiese prescrito su médico, y hacer, además, el ejercicio conveniente e indispensable entre vaso y vaso de agua y poder, en fin, concluir el tratamiento de la mañana, una hora antes de almorzar, y el de tarde, también, con una hora de anticipación a la comida.

Durante las dos o tres primeras horas, el pabellón de la fuente principal ofrecía el aspecto de una romería: todos demandaban a la vez su porción, extendiendo el brazo derecho y presentando el correspondiente vaso de medio litro. Cuatro jóvenes, más o menos bien parecidas, vestidas de celeste y blanco y cofias con cintas, hacían el servicio de llenar los vasos, observando el orden de prelación posible y presentarlos llenos hasta el borde, a las personas que formaban rueda compacta alrededor de la fuente.

### III

Hasta aquí todo iba bien, porque todo el mundo reía y bromeaba con sus camaradas y personas de relación más estrecha: unas caras en aquel tumulto reemplazaban a las otras, sucediendo otro tanto en los demás grupos, que habiendo bebido un momento antes, han ido alejándose del pabellón y de las galerías para pasear el parque en sus varias sendas y caminos, sembrados de sillas y bancos de hierro y madera.

En dos de las avenidas del referido parque, sobre un costado del pabellón y confundidos calculadamente entre porción de arbustos, de enredaderas

frondosas, cubiertas de flores y de un verde y encantador follaje, se veían los gabinetes de que estaba encargada madame Boulanger.

Divididos aquellos pequeños retretes en dos grupos, uno prestaba servicio a los caballeros y el otro a las damas, que no por su sexo, dejaban de verse expuestas, como los varones, a los efectos... benéficos de las aguas, que no impunemente se toman a vasos y más vasos.

Dos sendas misteriosas conducían al lugar que se les había destinado, según su sexo, para pagar tributo a las aguas y a madame Boulanger.

Decía, que todo iba bien, durante las dos o tres primeras horas de servicio, pero, he aquí, que desde las ocho de la mañana en adelante, tanto los bebedores como las bebedoras de la fuente, como los paseantes del parque, empezaban a interrumpir de pronto sus respectivos entretenimientos y a... cortarse solos. Marchaban con paso acelerado, no sin sonreír con intención a algún compañero que se veía forzado a seguir su ejemplo, o a alguna dama, que acompañada de otra, y con sus ramitos de flores en el pecho y' cabeza, iba aproximándose cautelosamente a los arbustos, aunque con aire de indiferencia más o menos bien disimulada, hasta estar próximas al centro de los recursos, pues que en seguida, según las exigencias de la situación, apuraban el paso y desaparecían.

## IV

La confusión y bullicio de la fuente, se reproducía entonces, pero en otro tono, al frente de los gabinetes y de madame Boulanger, que con una garrafa en la mano izquierda, y en la derecha, con algo de más significación, no esperaba sino la salida de un visitante, para entrar a reparar las averías producidas, y salir inmediatamente..... a respirar aire puro, y esto, con presteza, pues de lo contrario, se exponía a ser sacada de un brazo o del polizón por el urgido, que debía reemplazar al saliente. Esta evolución se repetía una tras otra, sin más diferencia, que el interés de los diálogos que se producían entre madame, su ayudante Pauline y el protagonista o actor principal obligado de la escena que se representaba, en medio de diez voces que se oían a la vez de: ¡IcÍ, madame Boulanger, icÍ!...

Todos quieren ser atendidos con igual premura, y siempre en coro, y hasta cierto punto, con razón, porque se trataba de un asunto común y de naturaleza urgente, que en muchos casos puso a prueba la resistencia y *presencia de espíritu* de caballeros y damas, concluyendo al fin con una catástrofe, aunque sin derramamiento de sangre, que sólo así son sobrellevables las... catástrofes.

La excelente madame Boulanger va desolada de un lado para otro, como si se tratase para ella del juicio final; corre dando traspiés, y saliendo con sus utensilios de un gabinete, se precipita

resuelta en otro, hace la misma operación que en el anterior, y siempre al salir, la espera a la puerta el urgido personaje que ha logrado asegurarse la prelación para ocupar el gabinete, a pesar de la formidable competencia, mientras que vuelven a repetirse las voces preventivas de: ¡Icá, madame Boulanger, icá!...

Con sesenta y tantos gabinetes en servicio activo y continuo y 600 bárbaros invasores, no es difícil para el lector, figurarse a qué paso tendría que andar madame y su *ad-latere*, la joven Pauline. Agréguese a esto el ambiente y la atmósfera en que actuaban ambas en los gabinetes y alrededor de ellos durante las dos y media horas que duraba aquella refriega, y dígase con franqueza, si estas dos heroínas no merecen dos pliegos de papel a fin de perpetuar su memoria.

## V

Después de las 8 y' 1|2 ya nadie tomaba agua, y media hora después se notaba perfectamente, que los ataques a los retretes eran menos frecuentes e impetuosos, y cada vez, menos los invasores, de modo que, al dar las 9, sólo se veía uno que otro, que insistía alrededor de los gabinetes, no sé si por simpatía a madame, por flojedad de muelles, o por creerse todavía bajo la influencia sugestiva de las aguas.

Puede verse entonces, a aquella vieja benemérita, sentada al fresco descansando de la *batalla de flores* librada y que supo sostener con denuedo, has-

ta lograr al fin vencer a todo aquel ejército de contagiados.

Durante el curso del día, se ocupaba en cortar diarios viejos y nuevos, *sin leerlos*, en previsión de la tremenda que se le preparaba para la tarde en que se tomaba la segunda dosis de agua de la fuente milagrosa.

Había olvidado decir, que la orquesta tocaba en el centro del Parque, precisamente a las horas de las dos refriegas de cada día, de manera que, nadie puede quejarse en Contréxeville de falta de estímulo, y de accesorios seductores y amenizantes para el desempeño de las altas funciones, de que vengo hablando al lector.

Todo estaba perfectamente combinado y hábilmente dispuesto, para complementar y estimular la acción eficaz de aquellas aguas, que tantos bienes han dispensado a la humanidad desde 1860, en que fueron encontradas sus fuentes, adquiridas éstas por el Estado, y destinadas al servicio público, sin más sacrificios ni erogación para los que necesitan de ellas, que el impuesto de veinte francos por la estación de 21 días, y una pequeña propina a las jóvenes que sirven el agua.

De manera que, en estas condiciones seductoras, y con música por añadidura, dudo que el lector y todos los que no han estado en Contréxeville, y, sin embargo, no pueden desentenderse de una de las altas misiones que le está deparada, — puedan ser tan felices como aquellos seiscientos a que me he referido, pues, seguro y muy seguro estoy, que habrán oído mucha música, y muy buena, pero

no en la especial y seductora actitud en que aquéllos... y sobre todo aquéllas, la oían en Contréxeville.

## VI

Los acordes de la orquesta, que era buena, contribuían también a redoblar la animación en el sentido expresado, y en todos los demás que razonablemente podía tomarse; los ánimos se expandían, las agudezas se repiten, siempre teniendo por tema las peripecias e impresiones consiguientes de las jornadas de la mañana y de la tarde.

El lector sabe, y si no lo supiese, debe saber, que la palabra Boulanger, equivale a panadero.

Ahora bien, con esta útil prevención, comprenderá el alcance del apellido, real o supuesto, que suena en todas las bocas cuando se necesita de la presencia de la heroína de los gabinetes misteriosos.

Alguien me hizo entender, que este apellido aplicado a madame en actos de servicio, era a propósito de las funciones que desempeñaba; y la verdad, que esto parece exacto, pues entre otros llamados y exclamaciones durante los torneos a base diurética y... he oído éstas: "allez vitte, madame Boulanger, la marchandise s'en va", a lo que ésta contestaba: "n'en apoint", concluyendo por un terno... o por dos, que tanto da.

VII

El 2 de agosto terminaron los veintiún días de mi tratamiento, y' dando forma práctica al plan que tenía preparado para mi regreso a París, tomé el tren local que debía conducirme a Nancy, con el objeto de visitar esta ciudad, que me quedaba de paso, siguiendo después para mi destino en el tren nocturno del siguiente día, como así lo hice.

---

## CAPITULO XV

### Donde caben dos, cabe uno

---

**Síntomas precursores de un acontecimiento que, desgraciadamente, nunca llegó a realizarse**

#### I

En 1891 se había corrido la voz en Buenos Aires, de que un caballero de alta posición social, había decidido tomar estado en los primeros días del año siguiente, después de reiteradas vacilaciones en varios de los anteriores, que al fin de cuentas, vinieron a traducirse en años perdidos, es decir, en promesas, en arrepentimiento y en nuevas promesas para el futuro.

El hombre era reacio a *prender mulier*, y aunque animado de los mejores deseos, cuando llegaba el momento de decidirse, teníamos al frente un acérrimo celibatario, que huía de la realidad como Mefistófeles de la cruz y de los salmos religiosos.

Tantas arremetidas hizo el neófito en sentido de invadir el gremio, origen de sus tentaciones, pero

no de sus formales propósitos, como retiradas a tiempo, guardando prudente distancia.

Así se mantuvo, como un deudor de buena fe, pero que alcanzado en sus compromisos, trata de conjurar los peligros que semejante situación le crea y de hacer la mejor figura posible, cuidando de no comprometer el bulto para nada.

Como varias veces, habían corrido rumores semejantes respecto a la persona de que me ocupo, sin llegar a confirmarse, la sociedad de Buenos Aires, poco o ningún crédito daba a los que corrían ahora, inclinándose más bien a pensar, que todo quedaría en nada, como había ocurrido anteriormente.

Sin embargo, esta vez mediaban ciertas circunstancias, que hacían probable la realización del acontecimiento a que respondían aquellos rumores, y hubo personas optimistas, que creyeron a pie juntillas, que al fin se haría la luz en este asunto más tocado y' retocado que aquella cuenta del amable portugués Mesquita, que casi puso a parto a la Contaduría General del Uruguay; y al mismo contador en persona.

## II

Durante un par de meses, no se habló de otra cosa en todos los centros sociales, y en medio de dudas y de esperanzas, en todos ellos hubo elogios para el novio timorato e indeciso de otro tiempo, que al fin se decidía, por más que tantas vueltas y revueltas le daba y había dado al asun-

to, como habría podido dárselas a una moneda boliviana para asegurarse de no ser falluta.

Por otra parte, las condiciones físicas y morales de la prometida, una de las bellezas sudamericanas con sanción general y unánime, apreciables por su origen, sus virtudes, su carácter y su educación, despertaban el mayor interés, gozando todos de antemano por la realización de los sueños de aquella mujer.

El asunto empezó a interesar mayormente, y a desvanecer muchas dudas y desconfianzas, cuando se supo, que en la hermosa casa del presunto casado, se hacían varias obras de refacción y decoración, muy especialmente en el reparto de las habitaciones, y que, para un observador experto, olían a casarse pronto, para comer de lo fino y dormir mejor.

Yo mismo, que jamás desconfío de nadie, haciendo como hago, aparte de los desengaños que por ello he experimentado en mi larga vida, tomé esta vez un tanto a lo serio aquello de ver realizados los sueños de la distinguida y muy apreciable amiga, como premio de su constancia y de su abnegación.

Sin embargo, no faltó quien, haciéndome relación de ciertos detalles, me hizo concebir nuevas sospechas y volver a las desconfianzas viejas, que, diré de paso, fueron confirmadas siempre por las veleidades del novio.

Así es que, me puse en guardia y aplacé la adquisición del objeto que tenía destinado para la

novia hasta ver más claro en aquel nebuloso asunto, asunto al cual podría aplicarse el refrán vulgar de los prestidigitadores de aldea: el que más mira, menos ve.

Entretanto, y a pesar de lo que se me había hecho entender, los preparativos en la casa de la calle... seguían adelante, y' por los muebles que entraban en ella y los que salían, podía colegirse sin violencia de ánimo que, como he dicho antes, allí se trataba del arreglo de una rica y elegante merada en que estarían representados *los dos sexos*.

Y así continuaron las cosas, siendo comidilla de todas las conversaciones hasta los últimos días de 1891, fecha en que estaba ya para terminar la decoración de la casa complementada con la colocación de alfombras, cuadros y' estatuas, y por último, con la distribución de muebles en los distintos departamentos de la misma.

### III

Pasaba yo una tarde por la calle de..., iba en el tranvía que conduce a la Boca y ocupaba en él un estrecho lugar, por encontrarse ocupados todos los asientos, cuando dos señores que iban a mi lado me advirtieron, que de la puerta de calle del señor Z., me llamaban, y al parecer, con gran interés y apremio.

No necesité sino dirigir una rápida mirada a la puerta, pues íbamos trepando la cuadra a paso lento, para reconocer a don Emilio T., mi amigo de

muchos años, pariente de la novia, y que como otras personas, había venido del interior de la República con su señora, para gozar de cerca y con alguna anticipación de fecha, de los preparativos casamenteros, incluso sus preliminares, que él presentía, iban a ser poco menos que regios.

Estaba halagado su amor propio, por no decir su legítima vanidad de pariente, lo sólo por los muchos méritos personales de la novia, sino por la suerte brillante que hacía y trascendentales proporciones que iba a revestir la ceremonia, por esta circunstancia y por la posición y título de su prometido.

Después de un apretón de manos, inmediatamente de bajar del tranvía y a dos pasos de mi amigo, éste me invitó a entrar para que presenciase los trabajos que se hacían en la casa, con motivo del anunciado casamiento.

—Hombre, le observé, no sé si debo aceptar tu invitación, pues no me parece correcto ni prudente iniciarme en el mecanismo de estos arreglos que sólo deben estar al alcance de personas de gran intimidad amistosa, y tú sabes, que yo no la tengo con el señor Z.

—Pero la tienes con su futura: ¿te parece poco?

—No digo lo contrario, contesté.

—Pues entonces, replicó Emilio dirigiéndose a la escalera principal, de frente y' marchemos.—El dueño de casa está ausente; fué a San Isidro a las cuatro de la tarde y no regresará hasta las ocho u ocho y media.

Como mi amigo me notase vacilante todavía des

pués de sus últimas palabras, echando su brazo derecho sobre mis hombros y en tono de marcada satisfacción, agregó: quiero mostrarte todo lo que se está haciendo en esta casa desde hace un mes, y que parece de muy buen agüero.

—Pero, observé, piensa que no puede ser del gusto de tu futuro pariente, el que personas extrañas se enteren de estas cosas: me contraría sólo el pensarlo.

—Déjame hacer y ven conmigo, que al fin voy creyendo que este diablo está bien dispuesto a cumplir su compromiso, y diciendô esto, me obligó casi a trepar a saltos la escalera a que antes me he referido.

Ya en el vestíbulo, y cuando yo creía que entraríamos de lleno al salón y antesala, cuyas puertas abiertas fueron las primeras que se ofrecieron a mi vista, me arrastró, puede decirse, en dirección al fondo de la galería alta, empezando la visita de la casa por las habitaciones y dependencias del servicio, hasta recorrerla toda.

Cuando llegamos de nuevo al vestíbulo me dijo sonriendo, y en tono de satisfacción: querido Peralta: deliberadamente he dejado lo mejor para la última impresión, y si lo que has visto te dice mucho, más aún te dirá lo que vas a ver, y repitiendo su costumbre amable y zalamera de siempre y que empleó para introducirme en la casa, rodeó de nuevo mi cuello con su brazo, y que quieras o no quieras, entramos en el salón. Excuso decir, que éste podía satisfacer las mayores exigencias en lo que se refiere a las condiciones de la decoración, del

mueblaje, estatuas, cuadros de verdadero valor, y en fin, al de todos los elementos de lujo que allí se habían acumulado.

Como no es mi objeto en estas crónicas o simples referencias, detenerme en descripciones minuciosas y brillantes, más propias de un novelista que de un simple y humilde cronista como yo, dejo a la imaginación, facultad creadora del hombre, y por consiguiente, de cada uno de los amables lectores, la propicia oportunidad de forjarse los cuadros más seductores y de más vivo colorido, sobre el contenido de los cuatro muros laterales del salón y de su artesonado, del rico alfombrado que cubría el pavimento, de las arañas y candelabros de bronce y cristal y demás accesorios, que venían a hacer el complemento de todo aquel conjunto brillante acumulado allí con verdadero gusto artístico, según he dicho antes.

Mi amigo, estaba satisfecho de la grata impresión que me causaba todo lo que veía en los distintos departamentos del futuro palacete, y sobre todo, de la que me produjo el salón principal, grata impresión que no procuré disimular por un momento, pues efectivamente, me la produjo, y además, por más que me perseguía un resto de desconfianza, empezaba, sin quererlo, a sentirme sugestionado en el mismo sentido optimista que mi amigo.

Radiante éste, y sin abandonar la significativa sonrisa con que acompañaba sus palabras, desde mi entrada en los distintos departamentos de la casa, pasamos de largo por la antesala, en iguales condiciones de arreglo del salón, y hétenos aquí en

el espléndido comedor con mesa para veinticuatro cubiertos, vajilla de plata completa, decoración, mueblaje y demás accesorios, y por último, que es lo esencial al objeto que me propongo, en el aposento principal a propósito del que mi amigo, sin poder contenerse, girando sobre un talón, con sus ojos fijos (uno de ellos solía desviársele de la visual recta), y sonriendo siempre, pero con más significación que antes, exclamó: lo que es ahora, Peralta, no podrás menos que darte por muerto.

—¿Qué quieres decir?—pregunté.

—¿Cómo, lo que quiero decir?, pues, ¿acaso dice poco el salón y comedor que has visitado, y sobre todo este aposento?

—No lo niego, ni lo negaría jamás.

—Pues entonces, ¿cómo me preguntas lo que quiero decir?, ¿tan poco te dicen todos estos preparativos, como precursores del acontecimiento, que todos esperamos impacientes?

El aposento a que aludía mi amigo, era espacioso, decorado y amueblado con igual rumbosidad y gusto que los tres departamentos visitados antes, pero aún faltaba para arreglar en él, algo de que en esos momentos se ocupaban los tapiceros, buscando colocación a dos hermosas consolas o espejos de pie dorados, que vinieron a ocupar, al fin, un testero entero del hermoso aposento.

En un rincón del mismo, había dos mesas de luz, todavía embaladas, así como una cama matrimonial, cuya corona estaba ya colocada con su rico cortinado, pendiente de un doble y no menos rico dosel.

Ante aquel cuadro, no pude menos de meditar un momento para hacerme cargo del alcance y verdadero pensamiento que dominaba en el ánimo de mi amigo, y en seguida no vacilé en manifestarle, que todo lo que acababa de ver, no podía menos de interpretarse por cualquiera, como preparativos de una próxima boda, pues no parecía tratarse de una casa arreglada para un soltero, sino para una familia entera.

—Es lo que yo digo,—observó don Emilio—¿qué objeto tendrían todos estos aprestos, si el hombre no tuviese el propósito de casarse? Sobre todo, ¿qué significa este aposento?—y después de una breve pausa, de una sonrisa de inteligencia y abriendo y cerrando alternativamente los ojos, agregó: ¿y esas dos mesas de luz, y ese lecho nupcial?... Ya ves, que aquí hay aposento y comodidad para más de una persona.

—Es verdad... pero...

—¡Pero!, ¿pero qué?—exclamó mi amigo con cierta impaciencia,—¿acaso desconfías aún?

—No diré que desconfío, precisamente, pero suspendo mi juicio por ahora, porque, si bien convengo contigo, que en esta habitación hay comodidad para más de una persona, a tu vez no podrás menos de convenir conmigo, que si hay comodidad para dos, con mayor razón la hay para una sola: donde caben dos, *cabe uno*.

## IV

Mi amigo protestó contra el sentido de esta frase, asegurando que yo no era lógico en mis desconfianzas, y' que, desentendiéndome de los hechos manifiestos, venía a concluir en una inducción, o en otros términos, en una suposición arbitraria, en contradicción con lo que estaba a la vista, suposición que no tenía más fundamento que mi eterna desconfianza.

Sin embargo, un mes más tarde, resultó tan claro como la luz, que el titulado candidato a *prender mulier*, había decidido continuar soltero, y que todos aquellos aprestos, con visos de compartirlos con la digna mujer a quien sacrificó tal vez sin quererlo, no fueron para él y para ella, sino para él solo.

Y soío vivió, y solo habitó aquella suntuosa casa, y otras después, hasta doce años más tarde, en que le sorprendió la muerte.

La digna y virtuosa mujer, no llegó a ser su esposa, es cierto, pero su alma grande, su abnegación, la indujo, bajo poderosa influencia, a asistirlo como hermana caritativa en el trance amargo, y como hermana, ya que no como esposa, a cerrar piadosamente sus ojos para siempre!...

---

## CAPITULO XVI

### Locos de verdad y cuerdos artificiales

---

**En el cual se prueba, que sabe más un loco en su casa, que un cuerdo en la ajena**

En uno de mis viajes a Buenos Aires, cuando recién había regresado del Japón, adonde mis padres me condujeron, muy niño todavía, y en donde hice mis estudios preparatorios y definitivos, fui invitado por mi amigo, don A. R., para visitar el Manicomio Nacional.

No conocía este establecimiento público y deseaba conocerlo, así es que, acepté gustoso la invitación, y dos días después era presentado a su Director en Jefe, por mi referido amigo, quien, a su vez, lo era de aquel señor.

Después de las presentaciones y cumplimientos de costumbre en estos casos, y de conversar ligeramente sobre cosas insignificantes, no sólo con el Director, sino con dos empleados auxiliares del mismo, que le rodeaban desde nuestra llegada, salimos de la sala en que habíamos sido recibidos, y

atravesamos el gran patio del Asilo, al cual tenían libre acceso las habitaciones ocupadas por muchos de los desgraciados, que allí vegetaban, y en cuyos rostros y miradas parecía retratarse la ausencia de la razón y del pensamiento.

Después de habernos aproximado, con el Director y el señor R., a un pequeño grupo de cinco individuos de regular aspecto, que hablaban afanosamente sobre el tema del espiritismo, en boga entonces, el Director nos indicó, que aquellos cinco hombres, privados de la razón y discernimiento regular para coordinar sus ideas, estaban de perfecto acuerdo sobre el tema favorito, de ser posible hablar y entenderse con los espíritus para llegar por este medio a la verdad. Uno llevaba la batuta de director de este cónclave original, y fué precisamente el que nos instruyó de lo que él y sus colegas pensaban sobre los secretos y milagros sorprendentes del trípode.

Uno de los acompañantes del Director, que se me había aparejado en la marcha por el patio, y que no se había separado de mí en todo el trayecto, me dijo, en tono confidencial en el momento que el señor R. y' el Director se dirigían a otro grupo de alienados, próximos a la noria que ocupaba uno de los extremos del expresado patio: ¿el señor ve a aquel individuo de barba blanca, que se pasea a grandes pasos?

—Sí, señor, contesté.

—Es un loco muy original, y estoy seguro que le interesará a usted conocer su historia: ¿quiere

usted que nos aproximemos y lo examinemos de cerca?

—No tengo inconveniente, pues, precisamente, a eso he venido.

Y echamos a andar, desviándonos del grupo del Director, del señor R. y de los ayudantes que acompañaban al primero de aquéllos.

—Bien pronto, estuvimos a cuatro pasos del hombre de la barba gris, que no por eso interrumpió su paseo marcial de un pilar a otro del corredor o galería, al frente, de las celdas ocupadas por los reclusos del Asilo. Mi acompañante le dirigió la palabra en tono amable, preguntándole, si ya había obtenido ser dado de alta en el establecimiento, a lo que contestó que no, puesto que sus hermanos se oponían, so pretexto de que aún no se encontraba restablecido por completo, considerando peligroso que volviese al seno de la familia, pero que al presente, era tan evidente su completo restablecimiento y tan concluyente el informe de los facultativos, que estaba seguro de triunfar del capricho de sus hermanos al resistir su regreso al hogar.

Este desgraciado, me dijo en voz baja mi acompañante, es el doctor S., hombre que ha tenido su figuración en Tucumán, y allí se manifestaron en él los primeros síntomas de enajenación mental, su manía especial, de la cual puede deducirse la causa que ha determinado la locura.

Mientras se me referían estos antecedentes, el hombre de la barba tenía su mirada fija alternativamente en mi acompañante y en mí.

—De manera, doctor S., — dije yo al fin — que usted se encuentra en este asilo por decisión caprichosa de su familia.

—No, señor; de mis hermanos, simplemente,— interrumpió el loco,— porque los demás parientes en nada se han entrometido.

—Pero, me llama la atención, — repliqué — que sin causa justificada, se le admita en este establecimiento.

Es precisamente lo que yo digo, y entretanto, nadie contesta a mi argumento, ni los bellacos de mis hermanos, ni el Director, ni sus adeptos o adulones, como este que le acompaña, el mismo que no hace otra cosa que llevarle cuentos a su jefe, cuando tanto tiene de qué arrepentirse...

—Vaya, doctor, se apresuró a decir mi acompañante en tono cariñoso, no sea así conmigo, que soy el mejor amigo que tiene usted en este asilo.

—Así lo creo yo también,— agregué de mi parte, para cortar el incidente que se iniciaba, — pues el señor...

—Batista... su servidor,— se apresuró a decir el acompañante.

—Pues, el señor Batista, me ha hecho muy buenas ausencias de usted, de su posición brillante en Tucumán, y del encierro que le han impuesto sus hermanos...

—Y el Director... pero, dígame usted, señor, que parece interesarse por mí, ¿no podría usted hacer algunas gestiones en mi favor, para que me abran inmediatamente las puertas de esta cárcel odiosa?

—Se lo prometo, doctor.

El rostro del infeliz demente se iluminó, sus ojos brillaron con el fuego y la luz de la esperanza, y en su arrobamiento, el desgraciado anciano trató de besarme las manos.

Un escrúpulo de conciencia me acometió después de semejante manifestación de gratitud, pues como debe suponerse, sabiendo, como sabía, a qué atenerme respecto al estado mental de aquel pobre viejo, en lo que menos pensé, fué en cumplir la promesa que acababa de hacerle, y extendiéndole mi mano, le dije: repito a usted mi promesa: dentro de un momento hablaré con el señor Director.

El loco estrechó mi mano con visible fruición y nerviosidad, y en seguida volvió al paseo acompañado en que fué interrumpido por mi acompañante y por mí, momentos antes.

## II

Continuamos nuestro paseo de observación por el frente de los varios departamentos ocupados, haciéndome, mi *cicerone*, la historia de cada alienado, con detalles más o menos interesantes.

—He aquí uno con la manía de las persecuciones, otro, más que loco, víctima de alucinaciones sistemáticas, el tipo del verdadero monomaniaco, que cisma día y noche alrededor de una idea, ya dándole el valor de una gran verdad, por más que no pase de una quimera vulgar, ya reaccionando en momentos de fugaz lucidez, y arguyéndose él mismo, en sentido de que aquella idea persistente,

no tiene otra base que una suposición arbitraria de su parte, para volver a caer momentos después en el mismo ensimismamiento de antes; allí, un hombre joven aún, pálido, de abundante cabello y barba, víctima de la ambición de toda su vida, empezando desde temprana edad por rendir culto al becerro de oro y a darle tantas vueltas y revueltas a su ambición por las riquezas, que apenas frisaba en los treinta y cinco años, cuando ya empezaron a notarse en él, signos infalibles de desequilibrio mental, entrando en este establecimiento hace dos años.

—¿Y no se ha conseguido ninguna mejoría?— pregunté.

—La manía de las riquezas, contestó mi guía, no es la más fácil de curar; después, el temperamento de este hombre, no es para mejorías: muchas veces hay que encerrarlo... y hasta enchalecarlo... porque, suele acometer a sus compañeros y, con más frecuencia, a los guardianes y sirvientes del Asilo.

Pasamos de largo, dejando al pobre loco sumido en el abismo de su pensamiento turbado, acariciando sus sueños de oro y' de riquezas.

Al llegar casi al ángulo extremo de la extensa galería, distinguí la silueta de dos individuos de estatura alta, cabezas pequeñas, desproporcionadas, frentes deprimidas, barbi-lampiños, regularmente ataviados y' con unas gorras de visera y de paño encasquetadas hasta las orejas; eran dos verdaderas alimañas con lineamientos poco favorecedores, a juzgar por la arrevesada silueta.

—Estos individuos son hermanos, dijo mi guía.

—Lo había adivinado: pues tomándolos como maniqués, podría decirse que han sido tallados y pulidos por una misma mano.

—Además, agregó, no son locos.

—¡Vaya!... ¿pues qué son, entonces?

—Tontos, tan tontos, que no se les toma en cuenta, sino para darles de comer: no se les lleva el apunte.

—¿Quiénes son? ¿puede saberse?

—Aquí no hay ni puede haber secretos, señor, contestó el guía: estos mozos son de... e hijos de una respetable familia, altamente colocada en la sociedad de aquella capital, no sólo por su gran fortuna, sino por su esclarecido origen.

—Y, ¿cómo se explica entonces, observé, que estos pobres-ricos, vegeten en una casa de locos, y sobre todo, no siéndolo ellos, según usted lo ha dicho hace un momento?

—La falta de un establecimiento a propósito en su país: el Hospital, llamado de..., es el que suple, deficientemente, la falta de aquel establecimiento, que se proyecta hacer, pero que no se ha hecho hasta ahora; y en cuanto a la gazapera existente en la antigua quinta de..., no llena el objeto deseado, sino a medias.

—Está bien, observé, pero usted no satisface sino una parte de mi curiosidad, pues nada me dice de cómo están esos mozos en este asilo de dementes, no siéndolo ellos, según usted.

—Por un acto de complacencia de la Municipa-

lidad, en consideración a pretensiones de la familia de aquellos individuos.

Continuamos de nuevo nuestro camino, y al empezar la otra galería, un individuo de buena presencia que salió de una pequeña habitación, se dirigió a mi acompañante, y después de saludarme con una inclinación de cabeza, le dijo: todo está pronto, Nicanor, y sólo se espera por ti.

—Va usted a disculparme, señor, pero necesito dejarlo muy a mi pesar, pero va usted a quedar en buenas manos.

En seguida, dirigiéndose al recién llegado que había quedado a regular distancia, agregó: aproxímate, Nicolás, que quiero presentarte al señor... y me dirigió una mirada interrogadora.

—Licenciado Peralta — dije.

El guía repitió mi nombre y' mi título académico, y después agregó, dirigiéndose a mí e indicando a su amigo: el practicante de la Sala de autopsias, Nicolás Pujatus, — y aprovecho esta oportunidad, para darle a usted mi nombre y dirección, y entregándome una tarjeta, que guardé en mi cartera, saludó y se alejó en dirección del departamento que acababa de abandonar el señor Pujatus.

### III

De las manos de mi guía, pasé a las del practicante de la Sala de Autopsias del Asilo, atento, simpático, y bien pronto me convencí, que era tam-

bién muy locuaz y festivo, aunque esta última condición hiciera contraste con las funciones propias de su cargo. A las primeras de cambio, me sometió a un interrogatorio, en que salieron a relucir, mi nombre, mi nacionalidad y edad, mi estado, mis opiniones políticas, religiosas y sociales, mis inclinaciones al juego, a las bebidas y al amor, mis gustos en el vestir y calzar, pretendiendo, por último, suponerme fuerte en la esgrima, con predilección a la espada y al palo, que según él era su arma predilecta, como buen descendiente vizcaíno.

El hombre después de esto, que me tocaba de cerca, no me habló sino de él; de sus tareas diarias, de sus insomnios y de sus frecuentes dolores de cabeza, interrogándome con empeño para que le dijese, si padecía o había padecido de estos dolores.

Contesté negativamente, y por ello, me felicitó de la manera más expresiva, calificándome de hombre dichoso.

Le pregunté, a mi vez, si él padecía desde muchos años atrás, o si se trataba de época reciente.

—Si le he hablado de mis grandes dolores de cabeza entre otras cosas, contestó Pujatus, ha sido refiriéndome a época pasada, aunque no muy remota, pues que, en cuanto al presente, me encuentro libre de semejante sufrimiento, gracias a una resolución heroica.

Me llamaron la atención estas últimas palabras, y no pude menos de pedirle al practicante de la Sala de Autopsias, que se explicase, y' así lo hizo, en estos términos: hace tres años que me encontraba de arribada en la isla de Madagascar, con

motivo de un viaje que emprendí con el objeto de encontrar en el cambio de aires, un lenitivo a mis dolores. Como después de pasear por el Atlántico y el Mediterráneo, hasta visitar el Oriente, se me ocurrió hacer otro viaje a Estados Unidos y de allí pasando a Méjico, fuí ampliando mi programa hasta bajar de California al Ecuador y después al Perú.

—Mi país, exclamé sin poder contenerme.

—¡Ah!, dijo mi interlocutor, ¿es usted limeño, acaso?

—Sí, señor, propiamente nacido en la capital, pero educado en el Japón.

—Celebro tanto saberlo, porque en Lima fué en donde consulté un médico afamado: él me sugirió una idea, o mejor dicho, una doctrina algo compleja, si se quiere, para curar mi dolencia de una manera radical, pero que con profesores hábiles y experimentados, podía convertirse la doctrina, en un hecho elocuente que admiraría al mundo.

—A la verdad, señor Pujatus, que usted despierta mi curiosidad, y mucho le agradeceré las explicaciones que pueda usted darme sobre el particular.

—Tal vez debí empezar, señor Peralta, continuó el practicante, por decir a usted, que mis padres eran y son inmensamente ricos, y que soy yo el único hijo con que cuentan. Sólo mi vocación por la cirugía y' anatomía, es la que me retiene en este establecimiento, más por afición, que porque abrigue el propósito de hacerme cirujano; pero, agregó

de pronto, no anticipemos la relación de los hechos, y sírvase usted oírme.

#### IV

Decía a usted, que precisamente en Lima, se verificó el feliz prelude de mi curación radical, y bajo esta impresión, fué que me dirigí a la China para visitar los hospitales de su capital, que tanto me había recomendado el profesor Cáuker.

Debido a esta intentona, y navegando en línea paralela a la costa de Cafrería, me vi obligado a arribar a Madagascar, eludiendo así un tremendo temporal; por fin, y después de un mes de residencia en la isla, entramos en la ciudad, capital de la China, que miré con poca simpatía, pero que quince días después, fué entonces, como es hoy, mi simpática y sin rival Pekín.

—Pero, observé, permítame decirle, que me extraña un viaje tan largo y laborioso para realizar su cura, y tan luego en la China.

—Señor Peralta, observó a su vez Pujatus, usted lo dice, era preciso realizar mi cura a todo trance, y esto tenía que ser en Pekín, residencia del profesor de cuyas operaciones me había hablado su compatriota, refiriéndose a la trepanación, que apenas era entonces una revelación, sin casos prácticos todavía en las regiones de nuestra América latina.

No me satisfizo la respuesta, pero, a la distancia, veía a don A. R. y al Director, que se dirigían a nosotros, después de una gira detenida por las

distintas secciones del establecimiento, como la que yo había practicado, y dejé la palabra a mi verboso interlocutor.

—Y bien, señor Pujatus, ya usted en Pekín, ¿qué paso dió acerca del profesor?

—Operarme, contestó riendo nerviosamente, atribuyéndolo yo a la satisfacción que le producía el recuerdo del éxito obtenido.

—¿Cómo, exclamé, la trepanación?

—No, señor..., contestó con seriedad y entonación lúgubre: la *amputación* de mi cabeza enferma, y sustitución por la que hoy ostento...

Y me dirigió una mirada radiante de triunfo.

Quedé estupefacto al oír estas palabras: me encontraba en presencia de un loco, explicándome entonces a satisfacción, lo que no me expliqué durante el rato de conversación que mantuve con él.

## V

En esto, llegó el Director y el señor R., habiéndose retirado el practicante, como para eludir su encuentro con el expresado Director, quien me dijo: estoy seguro, señor Peralta, que ha viajado usted por el Oriente, por Lima, por Estados Unidos y por Madagascar.

—Y por Pekín, sobre todo, contesté, en donde le amputaron la cabeza a su practicante, sustituyéndosela por la que ahora lleva consigo.

Después de esto, referí al Director y a R. los detalles de mi entrevista con Pujatus, y algunos relativos a mi largo paseo con el adjunto o emplea-

do superior que me puso en relación con aquél, y el cual me había iniciado en las manías de cada uno de los incapaces que habíamos visitado.

—Sí, señor, ya tuve ocasión de verlo a usted en coloquio con don Nicanor.

Al oír estas palabras, saqué la tarjeta que este señor me había dado al despedirse, y vi en ella consignado el nombre de Nicanor Batista.—Manicomio Nacional.

—Y dígame usted, señor Peralta, ¿este señor no le refirió nada a propósito de la manía que a su vez le domina?

—¿Cómo?... ese caballero tan correcto...—exclamé con estupor....

—Es tan loco como Pujatus, y con tendencias peligrosas...

—¿En qué sentido?... — pregunté con interés.

—En sentido de estrangular por método abreviado, al primero con quien tropieza.

—¡Demonio! ¡y qué cerca lo he tenido! ¿Y cómo es que anda suelto?

—Porque tiene períodos largos de lucidez, en que no ofrece peligro alguno.

—Sin embargo...

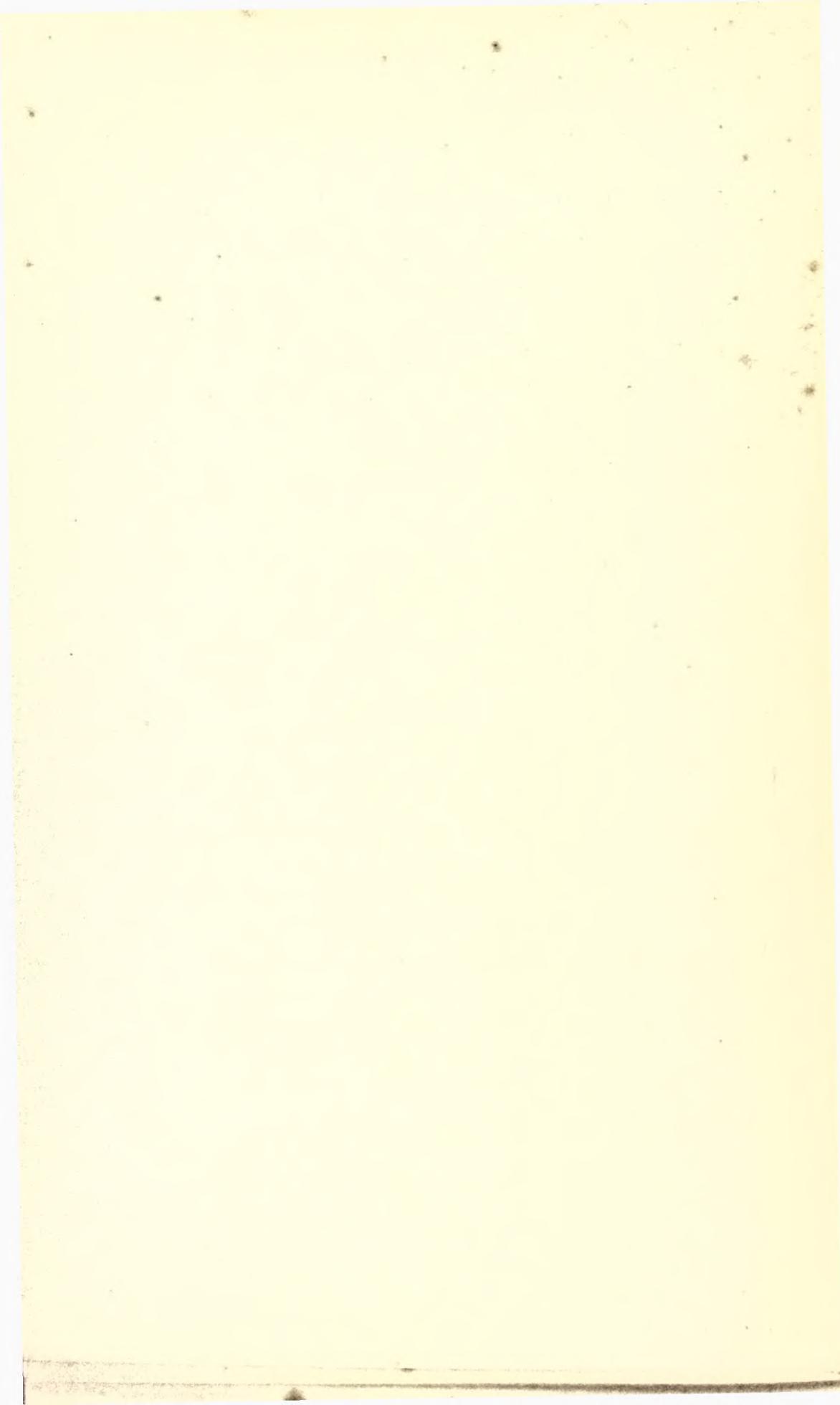
—Y, además, agregó el Director, las crisis en este alienado se inician con síntomas muy anticipados a ellas, así es que, hay tiempo de evitar las *estrangulaciones* que pudiera proyectar.

Y el Director rió después de estas palabras, como al fin rió R. y yo mismo, saliendo de la muda abstracción en que nos dejaban las referencias de aquel hombre familiarizado de años atrás, con to-

das estas tristes miserias de la humana existencia.

Al fin, nos despedimos del Director, después de agradecer sus atenciones; y con el ánimo contristado, abandonamos el Manicomium.

FIN DEL TOMO PRIMERO



# ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO . . . . .	5
CAPÍTULO I	
<b>En la línea de fuego</b>	
De cómo la casa de una apreciable señora, confiada y recomendada por otra dama de gran posición social al cuidado y vigilancia de un militar en acción de guerra, fué teatro de una sorpresa que el lector va a tener ocasión de apreciar y calificar en lo que valga . . . . .	19
CAPÍTULO II	
<b>Un émulo de Moratin</b>	
Gestiones de un candidato y de un secretario <i>ad-hoc</i> , para organizar un ministerio . . . . .	34
CAPÍTULO III	
<b>El gato en capilla</b>	
Se hace la graciosa historieta de un negocio malogrado, y de recuerdo eterno para dos buenos amigos . . . . .	47

## CAPÍTULO IV

**Responsos y Chocolate**

- Cómo cambian las costumbres con el andar del tiempo . . . . . 55

## CAPÍTULO V

**La mano negra**

- De lo que puede originar una teoría proclamada y comentada por un alto funcionario público . . . . . 70

## CAPÍTULO VI

**Receta infalible**

- Que conduce a la suma previsión en un huésped que se empeña, real o aparentemente, en pasar a mejor vida . . . . . 78

## CAPÍTULO VII

**Un hombre de mar**

- En el que se describen con mano maestra, los encantos y placeres de la lucha a cara descubierta con el agua, el viento y el fuego . . . . . 92

## CAPÍTULO VIII

**Percances de un nombre y un apellido**

- Cómo por sugestión o erróneo concepto, se habla a una joven casada de un supuesto marido suyo, en presencia de quien lo es verdadero . . . . . 104

CAPÍTULO IX

**Un deudor escrupuloso**

En el cual se demuestra, que ha habido hijos que han pretendido pagar a sus padres el ser que le dieron..., sin conseguirlo. . . . 119

CAPÍTULO X

**Los «Diamantes de la Corona»**

Dos tormentas, una derrota y un triunfo en la fiesta inaugural de un Teatro . . . . . 127

CAPÍTULO XI

**La «Corina»**

Se describen impresiones gratas de la primera juventud, que jamás se olvidan . . . . . 135

CAPÍTULO XII

**Un arma de dos filos**

Ejemplo de que a veces, procurando prevenir un peligro, ponemos fuego en nuestra propia casa . . . . . 147

CAPÍTULO XIII

**Dos maneras de apreciar el tiempo**

Que enseña con el testimonio de una celebridad, lo que es necesario hacer, entre otras cosas, para dominar un instrumento de cuerdas. . . . . 158

## CAPÍTULO XIV

**Batalla de flores**

En donde quedan justificadas hasta la evidencia, las benéficas propiedades de las aguas minerales de Contréxeville. . . . .	166
---	-----

## CAPÍTULO XV

**Donde caben dos, cabe uno**

Síntomas precursores de un acontecimiento que, desgraciadamente, nunca llegó a realizarse. . . . .	176
--	-----

## CAPÍTULO XVI

**Locos de verdad y cuerdos artificiales**

En el cual se prueba, que sabe más un loco en su casa, que un cuerdo en la ajena . . . . .	186
--	-----

---

## Capítulos que contendrá el Tomo II

---

### CAPÍTULO I

#### El Grajo

Se verá que, con poca diferencia, dos grajos pesan lo mismo en la balanza.

### CAPÍTULO II

#### Galería de contemporáneos

Que describe la silueta de ciertos personajes, que han transitado por nuestras calles, en fecha remota.

### CAPÍTULO III

#### Dos hijos de Marte

De cómo hicieron pruebas arriesgadas y produjeron sucesos lamentables, sin beneficio para ellos, y con perjuicio para muchos.

## CAPÍTULO IV

### El jubileo del Papa Pío X

En él se demuestra, que si se perdieron dos cómodos asientos de veinte liras cada uno, se hizo conocimiento forzoso a la par de agradable, con un distinguido personaje.

## CAPÍTULO V

### ¿Son Galgos o son Podencos?

Se refieren escenas tocantes de una fecha memorable, y otras de grato y alegre recuerdo.

## CAPÍTULO VI

### Torear a la chinesca

Cómo el propagandista de este nuevo sistema, que a todos los aficionados al toreo sorprendió por la novedad, en vez de hacerle honor en la primera prueba, protestó tontamente contra sus lógicas consecuencias.

## CAPÍTULO VII

### Tir Aux Pigeons

En el que se trata de un pleito, que fué fallado en última instancia por una de las partes, con prescindencia del Juez que de él conocía.

## CAPÍTULO VIII

### El último mono

Cómo no siempre resultan exactos los refranes.

## CAPÍTULO IX

### **La comparación es la base de los juicios**

Parecidos y diferencias en el carácter, en la industria y en las costumbres de dos excéntricos.

## CAPÍTULO X

### **Estudio psicológico sugerido por un monomaniaco**

De cómo un criminal o uno que no lo sea, puede llegar al convencimiento de ser el brazo vengador de la Providencia.

## CAPÍTULO XI

### **Una incógnita despejada**

Efectos de la experiencia, en el estudio del carácter y del criterio humano.

## CAPÍTULO XII

### **Un Capellán de honor, de S. M. Alfonso XII**

Cuentos tártaros y misterios de Palacio.

## CAPÍTULO XIII

### **Una cita singular en el atrio de un templo**

Demostración elocuente, de que una deformidad, en competencia con otras, puede producir un conflicto, muchos palos... y algo más.

CAPÍTULO XIV

**De San Sebastián a Madrid... y a otras partes**

Toreros, Toros, Botijos, Trabucos y Puñales.

CAPÍTULO XV

**Signos de Civilización y Progreso**

De lo que puede importar la actividad y la velocidad llevadas al extremo.

CAPÍTULO XVI

**¡El 3876 con 16,000 patacones!**

Un detalle de la historia de un estudiante pobre.

EPÍLOGO

Peroración y recapitulación de la obra.

---

## FE DE ERRATAS

---

- Pág. 45—Léase: «a su vez», en lugar de «a mi vez».
- » 120— » «hacia afuera», en vez de «hasta afuera».
  - » 120— » «lo que tenían», en lugar de «lo que teníamos».
  - » 121— » «Seguro estoy que», en vez de «Seguro que».
  - » 124—Póngase la palabra «*respectivamente*», después de la frase: «ni tus abuelos paternos y maternos».
  - » 127—Léase: «con las de 25 y Rincón», en lugar de: «con las de 25 de Mayo y Rincón».
  - » 156— » «una hora después», en lugar de «una hora más tarde».
  - » 163— » «Strigeli» en vez de «Strigoli».
  - » 166— » «Vitel», en vez de «Vibel».
  - » 167— » «maravillosas», en vez de «sorprendentes».
  - » 179— » «llevaba», en vez de «ocupaba».

---

---

**En prensa el Tomo Segundo**

---

---